
La Dama Perdida
CORAZONES EN LAS TIERRAS ALTAS
Ángela Palacios

Ángela Palacios

La Dama Perdida

Corazones en las Tierras Altas

Copyright © 2025 Ángela Palacios

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2501310771355

Contents

1. Una niña perdida en el convento
2. Creciendo entre muros
3. La búsqueda de Duncan
4. El asalto al convento
5. Un regreso amargo
6. Un mundo que no comprende
7. El encuentro con Aidan
8. Un peligro inesperado
9. Una amistad que crece
10. Un beso prohibido
11. La lucha interna de Isabel
12. El momento en que todo cambia
13. La furia de Duncan
14. La despedida
15. La decisión de Isabel
16. Duncan abre los ojos
17. La interrupción en la iglesia
18. El reencuentro con Aidan
19. Un nuevo comienzo
20. La pasión y el conflicto

1

Una niña perdida en el convento

El viento gélido de las Tierras Altas soplaba con fuerza aquella mañana, arrastrando consigo la humedad del invierno y el crujido de las hojas secas bajo los cascos de los caballos. Isabel temblaba, aunque no estaba segura de si era por el frío o por el miedo que le oprimía el pecho. Sus pequeños dedos, entumecidos, se aferraban al borde de la manta gruesa que la envolvía, pero el abrigo no bastaba para calmar el temblor en su interior.

Delante de ella, la silueta imponente de un hombre de armadura oscura desmontó de su caballo. **El capitán inglés.** Su rostro era un muro impenetrable, sus ojos oscuros apenas reflejaban nada. Isabel no lo entendía, no entendía nada desde aquella noche en que todo su mundo se había desmoronado. Solo recordaba el fuego, los gritos, la sangre. Y luego, el silencio.

Un golpe en la puerta de madera maciza resonó en la quietud de la mañana. La abadía de piedra se alzaba ante ellos, fría y severa, con muros tan altos que parecían atrapar el cielo entre sus grietas. La puerta se abrió con un chirrido y una monja vestida de negro apareció en el umbral. Tenía un rostro severo, con arrugas que hablaban de años de servicio y

disciplina. Sus ojos grises se posaron en Isabel y luego en el hombre que la acompañaba.

—Os traigo a una niña. Su familia ha perecido. Su futuro es servir a Dios —dijo el capitán con voz firme, sin emoción.

La monja lo miró con detenimiento, como si pudiera ver más allá de sus palabras, como si supiera que detrás de esa entrega había algo más que caridad.

—¿Cómo se llama?

—Isabel MacGregor —respondió el hombre con voz grave, y aunque su tono era impasible, Isabel percibió un matiz extraño en su voz. Como si aquel nombre no le perteneciera del todo.

La monja asintió y se giró para llamar a otra hermana. Isabel miró hacia atrás, a los caballos, a los soldados ingleses que esperaban en silencio. Ninguno de ellos parecía dispuesto a evitar lo que estaba a punto de suceder.

Entonces, el capitán se inclinó y habló por primera vez directamente con ella.

—No hagas preguntas. No mires atrás —su voz no tenía dulzura, pero tampoco crueldad. Era una orden, una sentencia. **"Sobrevive."**

Antes de que Isabel pudiera responder, la monja tomó su mano y la arrastró al interior del convento. La puerta se cerró con un sonido final, y con ello, cualquier rastro de la vida que Isabel había conocido se desvaneció.

El olor a cera y humedad la envolvió de inmediato. La piedra del suelo estaba helada bajo sus pies, y la penumbra de los pasillos la hacía sentirse aún más pequeña. Su mano seguía en la de la monja, un agarre firme, sin ternura ni crueldad, solo determinación.

Isabel se giró instintivamente, esperando ver si el capitán aún estaba allí. Pero cuando la puerta se cerró, lo único que quedó fue el eco de sus pasos alejándose en la distancia.

Nunca antes se había sentido tan sola.

* * *

Las noches en el convento eran distintas a cualquier otra que Isabel hubiera conocido. No había el murmullo de la vida en el castillo, ni el calor de una chimenea crepitante en la sala común. Solo silencio. Un silencio tan denso que la envolvía como una segunda piel, oprimiéndole el pecho.

El primer día, una de las monjas la llevó a una pequeña celda con un camastro de paja, una manta áspera y una mesa de madera gastada. No había juguetes, ni colores, ni nada que recordara la calidez de un hogar. Isabel permaneció sentada en la cama, abrazando sus rodillas, incapaz de llorar.

"Las lágrimas son inútiles."

Era lo que siempre decía su madre cuando intentaba reprimir el llanto de sus hijos después de un castigo o un mal día. Pero Isabel había aprendido que las lágrimas sí servían. Servían para aliviar el peso en el pecho, para hacer menos denso el nudo en la garganta. Sin embargo, ahora no podía llorar. Todo en su interior se sentía hueco.

La rutina en el convento era rígida. Se despertaban antes del amanecer, con el tañido de la campana llamando a la oración. Isabel, aún medio dormida, se arrastró hasta la capilla con el resto de las niñas huérfanas. Algunas parecían más acostumbradas a la disciplina; otras, como ella, estaban perdidas, con los ojos hinchados y ropas que no les pertenecían.

Durante el día, las monjas las guiaban entre rezos, tareas y enseñanzas. Isabel aprendió a coser con dedos torpes, a fregar suelos de piedra hasta que sus manos dolían, a mantener la vista baja cuando una de las monjas pasaba. Pero lo que más le costaba era el silencio. **Un convento no es lugar para el ruido.**

Las otras niñas hablaban en susurros cuando podían. Isabel, en cambio, se mantenía apartada, observando sin atreverse a acercarse. Sentía que era diferente. No solo porque había sido llevada allí de la nada, sino porque aún recordaba.

Recordaba el sonido de las espadas chocando en los entrenamientos de su clan.

Recordaba la voz profunda de su hermano Duncan llamándola "ratoncillo".

Recordaba la calidez de los brazos de su madre…

Y ahora no tenía nada.

La primera vez que una monja la reprendió, Isabel no reaccionó. Ni siquiera al sentir la vara de madera golpear su palma abierta por haber derramado agua en el suelo de piedra. No lloró, no tembló. Simplemente **soportó el dolor**.

—Eres fuerte para ser tan pequeña —murmuró una niña más mayor después de que la monja se marchara.

Pero Isabel no respondió. No se sentía fuerte. **Se sentía sola.**

Las noches se hicieron más largas. En la oscuridad de su celda, con la manta áspera cubriéndole hasta la barbilla, Isabel apretaba los ojos y se obligaba a imaginar que estaba en otro lugar. Que si abría los ojos, su madre estaría allí para arroparla, que si se levantaba de la cama y corría hacia la puerta, su hermano la estaría esperando con una sonrisa.

Pero al abrirlos, solo encontraba la misma celda fría.

Con el paso de los días, las niñas dejaron de mirarla con curiosidad y las monjas dejaron de intentar hacerla hablar. Era como si Isabel no existiera.

Y tal vez, en cierto modo, así era. **Tal vez la Isabel MacGregor había muerto aquella noche, junto con su familia.**

* * *

El convento no era un lugar de ternura. Las monjas eran mujeres severas, curtidas por la disciplina y la fe, con rostros

marcados por la devoción y el sacrificio. Para Isabel, parecían más estatuas que personas, moviéndose con precisión entre los pasillos de piedra, sus hábitos negros ondeando como sombras silenciosas.

Desde el primer día, comprendió que no debía esperar dulzura de ellas. Ninguna le acariciaría el cabello ni le cantaría canciones antes de dormir. Ninguna llenaría el vacío que sentía en el pecho.

Pero había una que era distinta.

La madre superiora, **sor Beatrice**, era una mujer de edad indefinida, con cabello gris recogido bajo su toca y unos ojos oscuros que lo veían todo. A diferencia de las otras monjas, no levantaba la voz ni usaba la vara para castigar. Su autoridad estaba en su mirada, en la forma en que su presencia hacía que el resto inclinara la cabeza con respeto.

Isabel la observaba desde lejos al principio, con la misma desconfianza con la que miraba todo en aquel lugar. Pero pronto comprendió que la madre superiora no era como las demás. **Ella no la ignoraba.**

—Eres demasiado callada para una niña de tu edad —le dijo una tarde, tras encontrarla fregando los escalones de la capilla.

Isabel no respondió. La mujer se arrodilló frente a ella y tomó la cubeta con agua helada.

—No hay nada de malo en el silencio —continuó sor Beatrice, metiendo las manos en el agua y tomando un paño —. Pero hay un momento para hablar y un momento para escuchar. ¿Tú qué crees?

Isabel bajó la vista y continuó frotando la piedra.

La madre superiora suspiró, pero no insistió. En vez de eso, se puso a limpiar junto a ella.

Fue la primera vez que alguien en el convento la trató como algo más que una carga o una sombra.

A partir de entonces, sor Beatrice empezó a llamarla con más frecuencia. No con amabilidad excesiva, pero sí con paciencia. Le daba libros para leer, le pedía ayuda en la cocina

o le asignaba tareas en la biblioteca en lugar de en las zonas comunes. Las demás monjas parecían aceptarlo sin cuestionar, aunque algunas murmuraban que **la pequeña Isabel tenía un trato especial**.

No lo era. Isabel lo sabía.

No había ternura en la madre superiora, pero había algo más importante: **comprensión**.

Tal vez era la única persona que entendía que Isabel no era como las otras niñas del convento. Que había crecido entre risas y espadas, entre montañas y batallas. Que la fe no la había traído allí, sino la guerra.

—Las pruebas que enfrentamos nos preparan para lo que vendrá —le dijo una vez, mientras le enseñaba a bordar—. A veces no vemos el propósito en el momento, pero Dios lo revela cuando estamos listos.

Isabel no contestó.

No estaba segura de si Dios la había traído hasta allí para un propósito mayor o simplemente para castigarla.

Aun así, encontró en la madre superiora una figura que no la forzaba a ser alguien que no era. Con el tiempo, Isabel dejó de esconderse cuando la llamaban. Sus manos se volvieron más firmes en el trabajo, su postura más recta en las oraciones. Y aunque aún sentía el peso del miedo y la soledad, empezó a encontrar consuelo en la rutina.

El convento no era un hogar. Pero **tal vez** podía ser un refugio.

Los recuerdos de su vida antes del convento eran como trozos de vidrio roto: dispersos, confusos, reflejando imágenes que a veces no sabía si eran reales o producto de su imaginación. Algunas noches, cuando el viento soplaba con más fuerza contra los muros de piedra de la abadía, Isabel cerraba los ojos y trataba de reconstruir lo que había perdido.

El sonido del río bajando impetuoso entre las montañas…

Las risas de los hombres alzando sus jarras en la gran sala del castillo…

El calor de una chimenea en invierno…

A veces recordaba un rostro. **Su madre.**

Era hermoso y fuerte al mismo tiempo. **Ojos azules como los de Duncan**, pero llenos de dulzura, con un brillo que Isabel no lograba encontrar en las monjas que la rodeaban. Su voz resonaba en su mente en fragmentos sueltos.

—Eres fuerte, pequeña. No dejes que te quiebren.

Se despertaba con esas palabras aferradas a su pecho, sintiendo por unos segundos que su madre estaba allí, cerca, susurrándole desde la oscuridad. Pero cuando abría los ojos, lo único que veía eran las sombras de la celda fría.

Duncan… Él era un recuerdo más nítido, aunque igualmente lejano. **Duncan llamándola ratoncillo mientras la levantaba en el aire. Duncan con su espada en la mano, practicando golpes en el patio del castillo. Duncan diciéndole que algún día podría montar un caballo tan rápido como él.**

Duncan con la cara cubierta de sangre…

Ese era el recuerdo más aterrador. Uno que aparecía en sus pesadillas, en los días en que su mente le traicionaba y le devolvía imágenes de fuego, gritos y el choque de las espadas.

En esas noches, Isabel se despertaba jadeando, sintiendo el latido acelerado de su corazón golpeándole el pecho. Se apretaba la manta contra el cuerpo, tratando de olvidar, tratando de convencerse de que era solo un sueño.

Pero sabía que no lo era.

Sabía que aquellos recuerdos eran reales. Que en algún momento, había tenido una familia. Que había habido un castillo, un hogar, unas manos cálidas que la sujetaban. Y que todo eso se había desvanecido en el humo y la ceniza.

Cuando las otras niñas del convento hablaban en susurros sobre sus vidas antes de llegar allí, Isabel las escuchaba en silencio. Algunas recordaban vagamente a sus madres o a sus padres. Otras no tenían ningún recuerdo de su vida antes del convento.

Isabel tenía demasiado.

Demasiado dolor. Demasiada ausencia. Demasiada certeza de que lo que había perdido nunca volvería.

Pero cuanto más pasaba el tiempo, más difíciles se volvían los recuerdos. Se escapaban como arena entre los dedos, volviéndose imágenes borrosas, nombres que se desdibujaban. A veces se preguntaba si algún día olvidaría todo por completo, si su madre sería solo una sombra sin rostro, si Duncan se convertiría en un nombre sin significado.

La idea le aterraba.

Así que cada noche, antes de dormir, **repetía sus nombres en su cabeza, una y otra vez, como un rezo silencioso.**

No los olvidaré.

No los olvidaré.

No los olvidaré.

Porque si lo hacía, entonces sí que estaría realmente perdida.

* * *

El viento rugía contra las piedras de la abadía aquella noche, arrastrando el eco de las oraciones que resonaban en la capilla. Isabel se encontraba de rodillas en el banco de madera, las manos entrelazadas sobre su regazo, los labios sellados en un silencio reverente. **No oraba. No sabía cómo hacerlo.**

Las demás niñas recitaban los salmos con devoción, repitiendo las palabras de las monjas con la misma precisión con la que tejían los tapices o limpiaban el suelo. Isabel cerró los ojos y escuchó el murmullo a su alrededor, tratando de encontrar algo en aquellas plegarias que la hiciera sentir menos vacía.

Pero dentro de ella solo había un espacio hueco que nadie podía llenar.

Desde su llegada al convento, las monjas le habían dicho que **Dios tenía un propósito para cada alma.** Que cada prueba

era un camino hacia la redención, una oportunidad para entregarse a Su voluntad y encontrar paz en el sacrificio. Isabel había querido creerlo.

Había querido pensar que su dolor tenía un significado, que si soportaba el frío, la disciplina, la soledad, **algún día entendería por qué había sido la única de su familia que sobrevivió.**

En su primer año en la abadía, escuchó muchas historias sobre niñas que llegaban allí y encontraban consuelo en la fe. Algunas de ellas habían perdido a sus padres en guerras o enfermedades, pero al cabo de un tiempo, sus rostros ya no reflejaban tristeza. Aceptaban la vida del convento, dejaban atrás su pasado y encontraban en Dios un padre al que servir.

¿Por qué ella no podía hacer lo mismo?

Se obligó a intentarlo. Aprendió los salmos. Memorizó las oraciones. Ayunó cuando era necesario y cumplió cada tarea con precisión. **Si Dios la había salvado de la muerte aquella noche, debía ser por algo.**

Y si su destino era ser monja, entonces debía aceptarlo.

Un día, sor Beatrice la llevó al huerto, lejos de las demás. Le ofreció una pala y le indicó que cavara en la tierra endurecida por el frío. Isabel no entendió el propósito de la tarea, pero obedeció sin quejarse.

—Cada semilla que plantas aquí es una promesa —dijo la madre superiora, observándola con aquella mirada insondable—. Una fe ciega en que lo que siembras dará fruto.

Isabel hundió las manos en la tierra y dejó caer las semillas en los surcos que había abierto. **Semillas de mostaza.**

—¿Y si nunca crecen? —preguntó en voz baja.

Sor Beatrice esbozó una leve sonrisa.

—Entonces sabrás que no era su destino florecer aquí.

Isabel miró la tierra removida y sintió un escalofrío recorrerle la espalda. **¿Y si ella tampoco estaba destinada a crecer allí?**

Pero no dijo nada. **Se prometió a sí misma que lo intentaría.**

Intentaría olvidar el pasado.

Intentaría encontrar paz en la fe.

Intentaría ser lo que las monjas esperaban de ella.

Y así lo hizo.

Se levantaba al alba. Rezaba cuando debía. Aprendió a bordar con precisión y a seguir las normas sin cuestionarlas. Con el paso de los años, **el dolor no desapareció, pero se hizo soportable.**

Si repetía lo suficiente aquellas oraciones, si seguía cada regla sin fallar, tal vez un día el vacío dentro de ella se llenaría.

Tal vez un día ya no sería Isabel MacGregor, la niña perdida.

Tal vez un día sería solo **sor Isabel.**

2

Creciendo entre muros

Los años en el convento habían moldeado a Isabel en algo distinto a la niña temblorosa que una vez fue. A sus quince años, su andar era seguro, sus gestos medidos y su voz baja pero firme en las oraciones diarias. Había aprendido a vivir dentro de los muros de la abadía, a moverse entre las sombras de los pasillos sin hacer ruido, a mantener la compostura incluso cuando su interior se agitaba con pensamientos que no debería albergar.

Había aprendido a **obedecer**.

La disciplina del convento le ofrecía la estabilidad que la incertidumbre le había negado en su infancia. Se había convertido en una de las novicias más aplicadas, cumpliendo cada tarea con diligencia y sin quejarse. Era una joven callada y reflexiva, con una paciencia que muchas de sus compañeras no tenían. Las monjas la miraban con aprobación, y algunas hablaban en susurros sobre cómo, en unos años, **se convertiría en una de ellas**.

"La vida en el mundo exterior es caos y sufrimiento."

"Dios nos protege dentro de estos muros."

"Aquí encontramos paz."

Isabel quería creerlo.

Las oraciones matutinas le traían consuelo, y el trabajo físico la mantenía ocupada, evitando que su mente se desviara hacia recuerdos que amenazaban con romper la calma que había construido. Cuando se arrodillaba en la capilla, con las velas ardiendo suavemente a su alrededor y el eco de los salmos llenando la bóveda de piedra, sentía que estaba donde debía estar.

En el convento, había encontrado algo parecido a la paz. O, al menos, había aprendido a **vivir sin dolor**.

Pero a veces, en los momentos de quietud, cuando el murmullo de las otras novicias desaparecía y la noche envolvía los muros de la abadía, algo dentro de ella se agitaba.

Eran destellos de una vida que no debía añorar.

El sonido del viento en las montañas.

Las carcajadas de un niño que apenas recordaba.

El eco de una voz que le decía que era fuerte.

No. No debía pensar en ello. **Eso ya no existía.**

Había repetido tanto las oraciones, tantas veces había dicho que su vida estaba en manos de Dios, que parte de ella había empezado a creerlo. Si Él la había traído hasta allí, debía ser por un propósito. Tal vez su destino nunca fue pertenecer a un clan, ni vivir entre guerreros. Tal vez su misión era distinta.

Tal vez debía aceptar la vocación que le habían ofrecido.

Cerró los ojos y respiró hondo, intentando aferrarse a esa certeza. No al pasado, no a lo que había perdido.

A lo que estaba construyendo.

Se ajustó el velo blanco sobre los hombros y salió de la capilla con la cabeza erguida, como lo haría una verdadera sierva de Dios.

Estaba convencida. O al menos, intentaba estarlo.

Los días en el convento se deslizaban en una rutina meticulosa, como los engranajes de un reloj bien calibrado. Isabel se despertaba con el primer tañido de la campana, antes del amanecer, cuando el frío aún calaba los huesos y el

cielo permanecía oscuro. Se levantaba de su duro camastro sin rechistar, con la rapidez de alguien que había memorizado cada uno de sus movimientos.

Oración. Trabajo. Aprendizaje. Silencio.

Así transcurría su vida, con la certeza de que cada día sería igual al anterior.

La capilla era el primer destino de la jornada. Aún con los ojos entrecerrados por el sueño, Isabel se arrodillaba en los bancos de madera gastada, sintiendo el frío de la piedra en sus rodillas. La voz de la madre superiora resonaba en la penumbra, marcando el ritmo de las plegarias. Las novicias repetían las palabras con devoción, algunas con fervor auténtico, otras por simple costumbre.

Isabel movía los labios, pero a veces no pronunciaba las palabras.

No porque dudara—porque no debía dudar—sino porque, en ocasiones, el sonido de las oraciones le parecía lejano, ajeno.

Después de la oración matutina, las monjas distribuían las tareas. Isabel pasaba la mayor parte de su tiempo en la cocina o en la huerta, cultivando las hortalizas que alimentaban a la abadía. Sus manos, que un día fueron pequeñas y delicadas, se habían vuelto firmes y resistentes, acostumbradas al trabajo físico.

Había aprendido a **moler el grano hasta que sus brazos dolieran**, a **amasar pan sin quejarse por el calor del horno**, a **tejer con precisión**, dejando nudos invisibles en los tapices bordados para los altares. Todo debía hacerse en silencio, con disciplina, con devoción.

El mundo exterior no existía dentro de esos muros.

Por las tardes, las novicias recibían instrucción en lectura y escritura. Isabel había demostrado una habilidad natural con las letras, lo que llevó a sor Beatrice a asignarle la tarea de copiar manuscritos. La primera vez que tocó un pergamino con tinta fresca, sintió un extraño placer en la forma en que

las palabras se deslizaban sobre el papel, como si trazar cada línea fuera un acto de creación.

Copiaba salmos, tratados religiosos, crónicas de santos que habían renunciado al mundo para abrazar la fe. Historias de mártires que habían muerto por su devoción.

A veces, al leer aquellas vidas de sacrificio, se preguntaba si ella misma estaba destinada a algo parecido. **Si su lugar estaba, de verdad, en esos muros.**

Pero la rutina no dejaba espacio para cuestionamientos.

Cuando caía la noche, tras la última oración del día, Isabel se retiraba a su celda. **Cada día terminaba igual que el anterior. Cada día la acercaba más a lo que debía ser.**

Y, sin embargo, había noches en las que el sueño no llegaba.

Se quedaba despierta, con la mirada clavada en el techo de piedra, escuchando la respiración pausada de las demás novicias en las celdas vecinas. **Había aprendido a silenciar sus pensamientos durante el día, pero en la oscuridad, estos volvían a filtrarse entre sus defensas.**

No entendía por qué, si había aceptado su destino, si se había esforzado tanto en olvidar, **seguía sintiendo que algo faltaba.**

Pero no tenía tiempo para esas dudas.

Mañana sería otro día. Otro rezo. Otra tarea. Otra página copiada con precisión.

El convento le había dado orden y estabilidad. Si seguía su rutina, si se mantenía firme en su fe, **eventualmente su mente dejaría de cuestionar.**

Al menos, eso se decía a sí misma.

* * *

Sor Beatrice no era una mujer dada a las demostraciones de afecto. No ofrecía caricias ni palabras dulces, ni sus labios esbozaban sonrisas con facilidad. Sin embargo, tenía una

forma silenciosa de hacer sentir su presencia, de transmitir seguridad sin necesidad de tocar ni de hablar más de lo necesario.

En los primeros años de Isabel en el convento, sor Beatrice había sido su guía más firme, la que le enseñó que no debía llorar por lo perdido, sino encontrar propósito en lo que le quedaba. A medida que Isabel crecía, la relación entre ambas cambió. **Ya no era la niña asustada que se escondía en los rincones oscuros de la abadía.** Se había convertido en una joven disciplinada, respetuosa y diligente, y si bien las monjas la veían como una novicia ejemplar, solo sor Beatrice parecía verla más allá de su obediencia.

No le daba un trato especial. Isabel lo sabía. **La madre superiora no favorecía a nadie.** Pero había momentos en los que la dureza en su expresión se suavizaba cuando la observaba.

—Es tarde, Isabel —dijo una noche, encontrándola aún en la biblioteca, inclinada sobre un manuscrito que debía copiar.

Isabel levantó la vista.

—Aún me falta un poco, madre.

Sor Beatrice no la reprendió por no haberse retirado a su celda, como lo haría con cualquier otra novicia. En su lugar, tomó asiento a su lado y deslizó la mirada sobre el pergamino.

—Te esfuerzas más que las demás.

Isabel bajó la mirada.

—Es mi deber.

—Sí —asintió la monja—. Pero no lo haces por Dios.

Isabel sintió que el aire se volvía más pesado.

—Sí lo hago.

Sor Beatrice no replicó de inmediato. En su lugar, tomó la pluma de Isabel y la giró entre sus dedos.

—Tal vez. O tal vez intentas convencerte a ti misma.

La tinta aún fresca tembló sobre el pergamino cuando Isabel cerró los puños sobre la mesa. **¿Era tan transparente?**

La madre superiora suspiró, como si estuviera cansada.

—La fe no es una jaula, Isabel. No es algo que debas cargar como castigo. Si la sientes en tu corazón, entonces Dios te guiará. Si no... —deslizó la pluma de vuelta a su lugar—, entonces tal vez tu camino no es este.

Isabel sintió que un abismo se abría bajo sus pies.

No.

Ese pensamiento era peligroso.

Ella pertenecía allí. Había hecho todo lo que debía. Se había sometido a la disciplina del convento, había enterrado su pasado, había dedicado su tiempo y esfuerzo a servir.

Sor Beatrice se puso de pie, con la expresión serena, pero sin rastro de juicio.

—Termina tu trabajo —dijo simplemente—. Y luego, descansa.

Se alejó con el mismo andar tranquilo de siempre, dejándola sola con el pergamino y con las dudas que, hasta ese momento, había mantenido a raya.

La tinta de su última palabra aún no se había secado cuando sintió que el mundo a su alrededor empezaba a tambalearse.

* * *

Isabel no recordaba cuándo había comenzado a temer el mundo más allá de los muros del convento. Tal vez fue un miedo que nació con ella la noche en que perdió todo. O tal vez fue algo que creció con los años, alimentado por las advertencias de las monjas, por los susurros sobre lo que aguardaba más allá de la abadía.

El exterior era peligroso.

Así lo decían en las enseñanzas. **Allí afuera reinaba la guerra, la brutalidad, el pecado.** En el convento, en cambio, había orden. Había reglas claras, una estructura firme que no dejaba espacio para la incertidumbre.

Las otras novicias hablaban del mundo con distintos tonos. Algunas soñaban con lo que habían dejado atrás: familias, hogares cálidos, incluso promesas de matrimonio frustradas. Isabel, en cambio, no hablaba. No soñaba con un hogar que ya no existía. **Soñar con lo perdido era condenarse al sufrimiento.**

El mundo exterior no le interesaba. **La aterraba.**

Lo notó especialmente en las pocas ocasiones en que extraños se acercaban a la abadía. Viajeros buscando refugio, mercaderes que traían provisiones, incluso peregrinos que acudían con intención de rezar. Cuando los veía, su pulso se aceleraba, como si su sola presencia amenazara con derribar el frágil equilibrio que había construido.

Pero el miedo más profundo lo reservaba para los hombres.

Desde la pequeña ventana de la sala de costura, había visto en más de una ocasión a soldados descansando en las afueras del convento. Algunos eran simples guardias que protegían la abadía de los bandidos, otros eran mercenarios que pedían agua y descanso en su viaje. Isabel nunca se acercaba.

Sabía que no todos los hombres eran crueles. **Pero también sabía que algunos lo eran.**

Los recuerdos de su infancia estaban llenos de imágenes de guerreros con espadas, de cuerpos cubiertos de sangre, de voces de hombres discutiendo estrategias de batalla. Y en el rincón más oscuro de su mente, siempre regresaba la imagen del **capitán inglés** que la había llevado hasta allí.

No recordaba su rostro con claridad, pero recordaba su voz. **Fría. Impasible.**

Recordaba la manera en que la miró antes de entregarla a las monjas, como si ella no fuera más que un objeto que debía ser depositado en un lugar seguro.

Cada vez que veía a un hombre con armadura, sentía un escalofrío recorrerle la espalda. **¿Eran todos así? ¿Todos los hombres llevaban el peligro en la mirada?**

Las monjas decían que el pecado entraba en el corazón de las mujeres a través de los hombres. Que el deseo era una debilidad, una prueba de la carne. Isabel no pensaba en ello. No tenía espacio en su mente para tentaciones ni pensamientos impuros. **Para ella, los hombres no eran una tentación. Eran un peligro.**

Por eso, cuando los veía desde la distancia, se aseguraba de mantenerse lejos. Y cuando alguien preguntaba si alguna vez extrañaba el mundo que había dejado atrás, siempre respondía lo mismo:

—No.

Y si lo decía suficiente veces, tal vez algún día sería cierto.

* * *

La rutina del convento rara vez se veía alterada. Cada día transcurría con la misma precisión, como los engranajes de un reloj. Isabel había llegado a aceptar esa vida, donde la disciplina, las oraciones y la quietud llenaban sus días. A lo largo de los años, se había acostumbrado al sonido de las campanas, al murmullo de las monjas trabajando en sus tareas, a las voces suaves de las novicias. El convento había sido su refugio, un lugar donde había buscado consuelo, donde había aprendido a rendirse ante la fe, pero también un lugar donde se sentía atrapada en la encrucijada de su vida.

Sin embargo, aquella tarde, algo cambió. El sonido de cascos retumbó en el patio exterior, un eco metálico que se filtró a través de los pasillos de piedra. Isabel, que estaba sentada en la biblioteca, inclinada sobre el pergamino que copiaba, se tensó al oírlo. El murmullo usualmente tranquilo del convento se interrumpió, y los pasos apresurados de las monjas comenzaron a oírse. La tensión era palpable. **Visitantes no eran comunes en la abadía**, y cuando llegaban, normalmente eran peregrinos o mensajeros con noticias de la

Iglesia. Pero el sonido de los caballos indicaba otra cosa. **Alguien importante había llegado.**

Isabel intentó ignorarlo, como si eso pudiera aliviar el peso de la intriga que se formaba en su pecho. Permaneció concentrada, tratando de que su escritura fuera clara y elegante, de trazar cada letra con la misma precisión que siempre había tratado de perfeccionar. Pero el murmullo se hizo más fuerte, más intrusivo. Una de las novicias pasó corriendo frente a la puerta de la biblioteca, su rostro encendido de emoción. Isabel levantó la mirada, sabiendo que algo se estaba desbordando.

—Un hombre ha llegado —susurró la joven, aunque su voz vibraba con un nerviosismo evidente—. Dicen que es un aliado de Duncan MacGregor.

Isabel sintió que el mundo a su alrededor se desvanecía. **Duncan MacGregor.** La palabra resonó en su mente, y un escalofrío recorrió su espalda. **Duncan.** Isabel no podía creer lo que acababa de oír. Su mente empezó a dar vueltas, confundida. **Duncan estaba muerto.** Lo había creído durante tantos años. Había sido parte del dolor que había dejado atrás, la imagen de su hermano desaparecido, junto con su familia. **Nunca había esperado oír su nombre de nuevo, especialmente no en este convento, tan alejado del castillo y del pasado.**

Su respiración se aceleró, y los recuerdos de aquella noche, de la tragedia que le había arrebatado todo, comenzaron a surgir con fuerza. El fuego, la sangre, el ruido del metal chocando, **todo parecía haber ocurrido en otro tiempo, en otra vida.** Pero el simple hecho de que su nombre estuviera siendo mencionado en este convento le hizo pensar que su pasado nunca la dejaría en paz.

Isabel trató de calmarse, pero el nudo en su estómago se apretó más fuerte. **¿Un aliado de Duncan MacGregor?** ¿Qué significaba eso? Había estado tan segura de que su familia había sido destruida, de que Duncan había muerto junto a sus hermanos, y ahora alguien que decía ser su aliado había

llegado a buscarla. **¿Por qué? ¿Qué quería este hombre de ella?**

Antes de que pudiera procesar más, la puerta de la biblioteca se abrió, y la figura familiar de sor Beatrice apareció en el umbral. La madre superiora nunca levantaba la voz, nunca hablaba más de lo necesario. Su autoridad era silenciosa, pero poderosa. Isabel la miró, sabiendo que esa presencia anunciaba algo importante, algo que cambiaría el curso de su día.

—Isabel —dijo sor Beatrice, su voz grave, cargada de un tono que nunca se había oído antes—. Ven conmigo.

Isabel sintió el aire volverse más pesado. Sabía que no podía ignorar la orden de sor Beatrice. Dejó la pluma con cuidado sobre el escritorio y se levantó sin cuestionar, aunque su cuerpo entero le pedía quedarse en el refugio silencioso de la biblioteca. Algo le decía que la respuesta a la pregunta que tanto temía estaba a punto de llegar, y no sabía si estaría preparada para enfrentarla.

Siguió a sor Beatrice por los pasillos del convento, el sonido de sus pasos resonando por las paredes de piedra, mientras el bullicio del exterior se hacía más fuerte. Cuando cruzaron el arco de piedra que daba al patio, Isabel sintió que su corazón latía con más fuerza, su respiración se aceleraba. Y entonces, **lo vio.**

La figura de un hombre montado sobre un caballo negro, su porte erguido y su capa ondeando con el viento, irrumpió en su campo de visión. **No era un mercader ni un peregrino.** Su ropa hablaba de nobleza, y su expresión era decidida, llena de autoridad. Isabel bajó la mirada de inmediato, sin querer enfrentarse a lo que ese encuentro podría significar. No quería saber quién era, no quería que el pasado volviera a atraparla, pero algo dentro de ella, algo oscuro y antiguo, la empujaba a mirar.

—Milord —saludó sor Beatrice, inclinando la cabeza con la solemnidad que requería el cargo. El hombre desmontó con

movimientos calculados, cada gesto suyo reflejando una presencia imponente.

Isabel no quería mirarlo. No quería saber nada de él. Pero entonces, cuando él se acercó, sus palabras llegaron con la fuerza de un golpe inesperado.

—He venido a preguntar por una niña que fue entregada a este convento hace años.

El latido en su pecho se convirtió en un tambor sordo. **No.**

—Su nombre es Isabel MacGregor —continuó el hombre, y entonces su mirada cayó directamente sobre ella.

El viento pareció cesar. El murmullo de las monjas se apagó, y las sombras del pasado invadieron cada rincón del convento. Isabel sintió que todo lo que había sido, todo lo que había hecho, se desmoronaba de golpe. **Su pasado había regresado a buscarla.**

3

La búsqueda de Duncan

El viento azotaba con fuerza las montañas, levantando torbellinos de nieve y polvo en los riscos que rodeaban el castillo MacGregor. Duncan se encontraba en la gran sala, con el ceño fruncido y los puños apoyados en la mesa de madera maciza, observando el fuego que danzaba en la chimenea. Dos años. **Dos años de búsquedas, de rumores infundados, de caminos sin salida.** Y ahora, por fin, tenía algo concreto.

La puerta se abrió con un golpe sordo y uno de sus hombres entró, aún con la capa empapada por la nieve.

—Señor, el mensajero ha llegado.

Duncan alzó la vista y con un solo movimiento de la mano ordenó que lo hicieran pasar. Un hombre de mediana edad, con el rostro curtido por el viento y la piel oscurecida por la intemperie, entró con pasos firmes, sacudiéndose la nieve de los hombros.

—Laird MacGregor —saludó con una inclinación breve, sin atreverse a sostenerle la mirada demasiado tiempo.

Duncan no tenía paciencia para formalidades.

—Habla —ordenó, su voz grave, cortante como el filo de un puñal.

El mensajero se aclaró la garganta.

—Vuestro espía en el sur ha enviado noticias. Dice que encontró rastro de la niña que fue llevada de vuestro hogar la noche de la masacre.

El corazón de Duncan latió con un golpe sordo. Su hermana. **Isabel.**

Por un instante, no pudo hablar. No porque dudara, sino porque la información era como un golpe físico, un peso que se le instalaba en el pecho. Durante dos años, había seguido rumores, había interrogado a mercenarios, había enviado hombres a buscar entre aldeas y conventos, había ofrecido oro y favores para obtener respuestas. **Y todas las pistas habían sido falsas.**

Pero esta vez, algo en la postura del mensajero le dijo que no era otra pista vacía.

—¿Dónde? —preguntó Duncan, con la voz más baja, más afilada.

—En una abadía al sur. Un convento de monjas. Según el informante, fue llevada allí siendo una niña y nunca ha salido.

Duncan cerró los ojos por un instante. **Un convento.**

La sangre le hirvió de inmediato. Su hermana, **su sangre**, creciendo entre muros fríos, rezando a un Dios que nunca había venido en su ayuda. Le resultaba insoportable pensar en Isabel sola, sin familia, sin un hogar verdadero.

Cuando abrió los ojos, su expresión ya era la de un hombre que había tomado una decisión.

—Envía a Callum—ordenó.

No había dudas. No había más esperas.

Fuera quien fuera quien la hubiera llevado allí, lo pagarían.

Duncan MacGregor iba a recuperar a su hermana.

* * *

Los días pasaron como si el viento se llevara todo lo que tocaba. Duncan se mantenía en constante actividad, como si el ajetreo de su vida pudiera disipar la tensión que lo

consumía. Había mandado a Callum, uno de sus hombres más confiables, al convento donde su hermana Isabel, según los últimos rumores, aún estaba viva. Cada día que pasaba sin noticias lo desquiciaba un poco más, y la frustración lo calaba hasta los huesos. **Dos años de búsquedas infructuosas, de falsas promesas, de una vida llena de dudas, todo se reducía a este momento.** Su hermana, la única familia que le quedaba, estaba viva.

Pero las horas y los días se arrastraban, y no podía quitarse la sensación de que algo se le escapaba entre los dedos. **¿Qué encontraría Callum? ¿Estaría su hermana realmente allí, o había sido otra pista falsa?**

Fue dos semanas después de su partida cuando finalmente llegó. La puerta de la gran sala se abrió con el crujir habitual, y Callum entró, cubierto por la nieve, con la mirada que Duncan conocía bien: firme, pero oculta tras un velo de incomodidad. Aún con el aire helado de la tormenta en su capa, Callum se acercó rápidamente, no perdiendo el tiempo en formalidades.

—Señor —dijo Callum, con la voz grave pero contenida—, tenemos noticias.

Duncan alzó la vista, sus ojos cargados de una mezcla de impaciencia y algo más: una ira contenida que amenazaba con estallar. Callum no necesitaba ser invitado a hablar.

—Habla —ordenó Duncan, su voz cargada de un peligro latente.

Callum hizo una pausa, como si estuviera reuniendo las palabras que necesitaba. Finalmente, respiró hondo y habló, cada palabra saliendo con la solemnidad de una sentencia.

—Isabel está viva —dijo Callum, y esas palabras cayeron como un golpe de martillo sobre Duncan. El peso de la noticia le sacudió el alma. Isabel estaba viva, **pero las siguientes palabras de Callum lo desbordaron.**

—Pero no quiere regresar, señor. No desea dejar el convento.

Duncan no pudo evitarlo. Se levantó de la mesa con tal fuerza que la silla cayó hacia atrás, haciendo ruido en la

habitación vacía. **La rabia lo invadió de inmediato**, cada músculo de su cuerpo tenso, cada pensamiento oscurecido por la furia que se alzaba en su interior. Isabel, su hermana, había estado viva todo este tiempo, y ahora... no quería regresar.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Duncan, su voz temblando de ira, apenas capaz de contenerla. **No lo podía creer.**

Callum lo miró con seriedad, sabiendo que las palabras que acababa de pronunciar no eran fáciles de escuchar.

—Lo he intentado, Laird —continuó Callum—. Había hablado con las monjas, había hablado con el prior. **Isabel está allí, sana y salva, pero se ha hecho la vida en el convento.** La madre superiora le ha dado un lugar, una posición en la abadía. Ella... ha encontrado paz allí. No quiere regresar al castillo, no quiere regresar a lo que dejó atrás. Se siente en paz donde está, y... —Callum vaciló— ...se niega a volver con nosotros.

Duncan sintió como si el suelo bajo sus pies se desvaneciera. **¿Por qué?** La pregunta se repetía en su cabeza como un eco, retumbando en sus oídos. ¿Cómo podía Isabel preferir esa vida de reclusión, esa vida de sacrificio, en lugar de regresar con su propio hermano, con su propia familia? **Había sido muy joven cuando la había perdido, y ahora que la encontraba de nuevo, ella no quería regresar a él.**

Duncan caminó de un lado a otro, incapaz de controlar la furia que lo invadía. **¿Qué le había hecho el convento?** Durante años, él había creído que la había perdido para siempre, y ahora que había tenido la oportunidad de encontrarla, **Isabel no quería regresar.**

—¿Y qué más? —preguntó Duncan con voz tensa, apretando los dientes, intentando calmarse para escuchar el resto de la información. **¿Cómo podía Isabel rechazar lo que él había hecho por ella?** ¿Era posible que ella estuviera tan perdida en su fe que no quisiera volver a su familia, al clan que había jurado protegerla?

—La madre superiora dice que Isabel ha encontrado un propósito allí, que su vida ha tomado otro rumbo —dijo Callum, mirando a Duncan, sin poder evitar el tono de pesar en su voz. **Sabía que la frustración de Duncan sería aún mayor después de escuchar esto.** —Es como si hubiera encontrado paz en su corazón. No quiere regresar a lo que conoció, no a la vida en el castillo, no a la lucha constante, a los recuerdos.

Duncan cerró los ojos, respirando profundamente para calmarse. **La rabia lo quemaba por dentro.** Isabel, su hermana, a la que había buscado por tanto tiempo, estaba allí, **y ella prefería quedarse en un convento, rodeada de monjas, alejada de la vida que ella misma había conocido.** La traición que sentía era más profunda de lo que había anticipado. **¿Qué derecho tenía ella de rechazarlo?**

—¿Y qué se supone que debo hacer con esto, Callum? —dijo Duncan, su voz cortante como el filo de una espada. **¿Qué se supone que debía hacer cuando su hermana no deseaba regresar?**

Callum se acercó un paso más, su mirada llena de respeto pero también de tristeza.

—Se lo que sientes, Laird. Pero no puedo forzarla a venir. **Ella misma tiene que tomar esa decisión.** Yo hice lo que pude para convencerla. No lo tomes a mal, pero la decisión es de ella, no de nosotros.

Duncan lo miró, sin poder contener la furia que lo invadía. **Todo lo que había hecho, todo el esfuerzo, los años de búsqueda, no servían de nada. Isabel estaba allí, viva, y no deseaba regresar.**

—No puedo aceptarlo —gruñó Duncan, sus puños apretados con tal fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. **¿Cómo podía Isabel rechazarlo? ¿Cómo podía alguien rechazar su familia después de todo lo que habían sufrido?**

Duncan miró a Callum, los ojos llenos de rabia y dolor.

—¿Cómo la dejamos ir? —dijo con voz quebrada, el dolor evidente en su tono. **¿Cómo permitir que su hermana se**

quedara allí, lejos de él, lejos de todo lo que ella realmente era?

Sin esperar respuesta, Duncan giró sobre sus talones y salió de la sala, su mente completamente nublada por la furia. **Isabel MacGregor no volvería tan fácilmente.** Pero él iba a luchar por ella, **a toda costa**.

* * *

Duncan salió de la gran sala con pasos firmes, pero su mente era un torbellino. **Por fin había encontrado a Isabel.** La noticia le quemaba en la sangre. El instinto de hermano, ese laird que siempre había puesto a su clan por encima de todo, ahora se mezclaba con un impulso incontenible: debía partir de inmediato. **No podía esperar más.**

La rabia seguía ardiendo en su pecho, como una llama descontrolada. ¿Cómo se atrevía Isabel a rechazarlo? ¿Cómo podía ella rechazar su ayuda, su amor, después de todo lo que había pasado? Todo lo que había sufrido. **Todo lo que él había sufrido por encontrarla.**

Pero no podía ignorar el otro peso que cargaba sobre sus hombros. Kate. Su esposa. En el último mes de embarazo, cada día la veía más cansada, más pesada, su vientre creciendo con la promesa de una nueva vida, un hijo que ya estaba por llegar. Había sido fuerte, como siempre lo era, sin quejarse ni un solo día. Pero Duncan sabía que el parto se acercaba. **Y cuando llegara, él debería estar a su lado.**

Al mismo tiempo, sentía que tenía que ir tras Isabel, que no podía esperar ni un día más. **¿Cómo podría volver a dormir sabiendo que su hermana estaba allí, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo?**

Duncan respiró profundamente, tratando de despejarse mientras caminaba hacia las escaleras. Cuando entró en la habitación, la encontró sentada en un amplio sillón cerca del fuego. La luz cálida iluminaba su rostro, pero no había

consuelo en su mirada. Tenía una manta sobre las piernas y una taza de infusión entre las manos, su largo cabello castaño cayendo sobre sus hombros con esa elegancia que siempre la acompañaba, incluso en los momentos más difíciles.

Al ver la expresión en su rostro, Kate no necesitó preguntar.

—La has encontrado —dijo con voz tranquila, como si ya supiera la respuesta.

Duncan asintió, cerrando la puerta detrás de él, con el corazón aún agitado.

—Un convento —respondió en voz baja, como si la palabra en sí misma fuera venenosa. La idea de ver a Isabel allí, encerrada entre esas paredes, siendo sometida a una vida de silencio y devoción, **lo enfurecía.**

Kate esbozó una leve sonrisa, pero su mirada se tornó inmediatamente más seria, con ese matiz de preocupación que solo ella era capaz de mostrar. **La conocía demasiado bien, lo sabía.**

—Entonces irás por ella —dijo Kate, y su tono no admitía dudas. Era una afirmación, no una pregunta.

Duncan se acercó, apoyando las manos en los brazos del sillón, inclinándose sobre ella. Miró sus ojos, buscando algo que aún no entendía en su interior.

—Kate... —empezó, y su voz se quebró ligeramente, como si ya tuviera la respuesta, pero no pudiera aceptarla. **La decisión era difícil.**

No necesitaba decirlo. Kate era su esposa, la mujer que lo conocía mejor que nadie, que veía más allá de sus palabras, que comprendía sus temores, sus luchas internas.

Ella dejó la taza sobre la mesa y llevó una mano a su mejilla, su contacto cálido y suave, como un bálsamo que intentaba calmar la tormenta que hervía dentro de él.

—Debes ir —susurró, y Duncan sintió que su garganta se tensaba. No quería ir, no podía dejarla, pero las palabras de Kate resonaban en su mente como un eco. **Sabía lo que tenía que hacer.**

Quería quedarse. Quería estar con ella cuando su hijo llegara al mundo, sostener su mano, ver su rostro por primera vez mientras él sostenía a su primogénito. Pero también sabía que debía **traer a Isabel de vuelta. No podía dejarla en ese convento.**

Kate lo miró con dulzura y firmeza, como solo ella sabía hacerlo.

—Escúchame, Duncan MacGregor —dijo, usando su nombre completo, lo que siempre hacía cuando quería que entendiera algo sin discusión—. Isabel ha estado sola demasiado tiempo. Tú has pasado dos años buscando, dudando, esperando. Si no vas ahora, ¿cuándo lo harás?

Duncan apretó los dientes, odiando la verdad en sus palabras. **Lo sabía, pero el miedo a dejar a Kate en este momento tan crucial lo desgarraba.**

—No quiero dejarte —respondió, su voz llena de frustración, sin poder ocultar el dolor que le causaba tener que tomar esa decisión. **No quería irse, no quería perderse el nacimiento de su hijo.**

Kate sonrió suavemente y acarició su mejilla con el pulgar.

—Volverás. Y cuando lo hagas, nuestra familia estará completa —dijo con una seguridad que, aunque no la compartía completamente, le dio una sensación de calma.

Duncan la besó con intensidad, con el peso de todo lo que no podía decir en palabras, con la angustia de dejarla ir en ese momento, aunque supiera que tenía que hacerlo. Cuando se separaron, sus ojos se encontraron en un entendimiento silencioso. **Kate lo entendía.**

—Lo haré —dijo Duncan, su voz firme aunque temblorosa, y antes de que ella pudiera decir más, dio un paso atrás y se dirigió hacia la puerta.

* * *

El fuego de la chimenea crepitaba en la gran sala, lanzando sombras en las paredes de piedra. Duncan se mantenía de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mandíbula tensa y la mirada fija en el mapa desplegado sobre la mesa. Su mente ya estaba en el camino, en los pasos que debía seguir, en los peligros que podrían interponerse entre él y su hermana.

Había pasado demasiado tiempo buscándola.

Demasiado tiempo dudando, siguiendo rumores falsos, perdiendo días en pistas que no llevaban a ninguna parte. **Ahora que finalmente sabía dónde estaba, no podía permitirse otro retraso.**

Se volvió hacia uno de sus hombres más leales, Callum, un guerrero de confianza que lo había acompañado en innumerables batallas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a la abadía? —preguntó con voz grave.

Callum se inclinó sobre el mapa, trazando con el dedo la ruta desde las Tierras Altas hasta el sur.

—Cinco días, si el clima es favorable y los caballos aguantan el ritmo.

Cinco días. **Cinco días en los que cualquier cosa podría suceder.**

Duncan no tenía certezas de lo que encontraría en ese convento. **¿Isabel querría volver con él?** No podía imaginar a su hermana siendo feliz en un lugar como ese. No cuando había nacido en las Tierras Altas, entre guerreros y montañas. **No cuando era una MacGregor.**

Pero los años habían pasado. Tal vez su hermana ya no era la niña que recordaba. Tal vez él solo estaba persiguiendo un

fantasma del pasado.

Apretó los puños, desechando esas dudas. **No importaba cuánto tiempo hubiera pasado. No importaba en qué se hubiera convertido Isabel.**

Ella **seguía siendo su hermana.**

Y él había jurado que la protegería.

Levantó la vista hacia sus hombres, que lo observaban con expectación.

—Salimos al amanecer —ordenó, su tono no dejando espacio para objeciones.

Los guerreros asintieron y comenzaron los preparativos sin demora. Afuera, el viento ululaba con fuerza, presagiando tormenta, pero Duncan apenas lo notaba.

Se giró una última vez, su mirada encontrándose con la de Kate, quien lo observaba desde la entrada de la gran sala. No dijo nada, pero el mensaje estaba claro en sus ojos.

Ve. Encuéntrala. Tráela a casa.

Duncan inclinó la cabeza en un gesto silencioso y salió de la sala, su capa ondeando tras él.

Al día siguiente, cuando los primeros rayos del sol tiñeron de rojo el horizonte, los guerreros MacGregor cabalgaron hacia el sur, con su laird al frente.

La búsqueda había terminado.

Ahora era momento de traer de vuelta a **la Dama Perdida.**

* * *

El sonido de los cascos resonaba en la tierra húmeda mientras el grupo avanzaba con paso firme a través del valle. El aire matutino era frío, pero Duncan apenas lo notaba. **Su mente estaba en el camino por delante, en los posibles obstáculos, en lo que encontraría al llegar a la abadía.**

Había trazado la ruta con precisión. Viajarían al sur lo más rápido posible, evitando caminos transitados para no llamar la atención. El invierno estaba cerca, y las lluvias habían

convertido algunos senderos en lodazales, lo que podría retrasarlos. Aun así, **no podían permitirse detenerse.**

—Nos dirigimos a territorio bajo control inglés —dijo Callum, cabalgando a su lado—. ¿Crees que tendremos problemas?

Duncan apretó la mandíbula.

—Si los tenemos, los enfrentaremos.

Nunca había sido un hombre que evitara el conflicto, pero en esta ocasión **no quería levantar sospechas innecesarias**. Un grupo de guerreros escoceses acercándose a un convento podría atraer preguntas. **Preguntas que no tenían tiempo de responder.**

—Cuando lleguemos a la abadía, no entraremos de inmediato —continuó Duncan—. Quiero saber cuántas monjas hay, cuántos guardias vigilan el lugar.

—¿Guardias? —Callum arqueó una ceja.

Duncan sabía que su amigo pensaba lo mismo que él. **¿Por qué un convento necesitaría vigilancia?** Pero no quería arriesgarse. No después de tanto tiempo buscando a Isabel.

—Si alguien la llevó allí, no permitirán que se marche sin más —dijo, con tono duro.

El silencio entre los hombres lo confirmó: todos sabían lo que eso significaba.

Duncan no planeaba pedir permiso para llevarse a su hermana.

Las horas transcurrieron con rapidez, el grupo reduciendo las paradas al mínimo. Duncan no se permitía el cansancio. **No ahora. No cuando estaba tan cerca.**

Al caer la tarde, se detuvieron en un claro escondido entre los árboles, lo suficientemente lejos del camino principal para no ser vistos. Duncan desmontó y se acercó al fuego improvisado que habían encendido.

—Mañana al amanecer seguiremos hasta el convento —informó, su tono firme—. Necesitamos evaluar el lugar antes de actuar.

—Si Isabel no quiere venir con nosotros —dijo Callum con cautela—, ¿qué harás?

Duncan lo miró sin pestañear.

—Vendrá.

No había otra opción. **No permitiría que su hermana pasara su vida encerrada en ese lugar.**

El grupo cayó en silencio. Nadie lo cuestionó.

Duncan se apoyó contra un árbol, observando las llamas danzar. **En unas horas, volvería a ver a Isabel.**

Y estaba listo para hacer lo que fuera necesario para traerla de vuelta a casa.

* * *

El fuego crepitaba suavemente en el campamento, arrojando sombras en los rostros de los guerreros mientras comían en silencio. Duncan observaba las llamas, su mente dividida entre la impaciencia por llegar al convento y la estrategia que necesitarían para sacar a Isabel de allí. **El deseo de encontrarla lo consumía, y la tensión de no saber si conseguiría rescatarla a tiempo lo mantenía al borde del agotamiento.**

—Cinco días de camino —murmuró Callum, sacudiendo la cabeza—. Probablemente la abadía esté bien protegida. Las monjas habrán avisado a los ingleses de mi visita. Si el hombre que la llevó allí sigue con vida, puede que no nos la entregue con facilidad.

El peso de esas palabras cayó sobre Duncan como una piedra. **El capitán inglés.** El malnacido que había dejado que su madre y sus hermanos murieran, que había tomado a Isabel como si fuera un objeto y la había entregado a un convento sin contemplaciones. Duncan apretó los puños con tal fuerza que los nudillos se pusieron blancos. **Si ese hombre aún respiraba…**

Una furia contenida lo recorrió, pero antes de que pudiera articular palabra, otra voz se unió a la conversación.

—Si se trata de un inglés, tal vez debamos reforzar nuestro grupo. Necesitamos más hombres que conozcan cómo moverse sin llamar la atención.

Duncan giró la cabeza hacia Graham, uno de sus guerreros más veteranos. El hombre mordía un trozo de carne seca, pero su mirada era seria, implacable.

—¿Qué sugieres? —preguntó Duncan, con la voz tensa, ansioso por encontrar la mejor solución y continuar con su misión sin perder más tiempo.

Graham levantó una ceja y dejó caer el trozo de carne sobre la mesa antes de responder, con la mirada fija en Duncan.

—En ese tipo de misiones, siempre es mejor contar con un hombre que sepa cómo trabajar bajo las sombras. Alguien con experiencia, que sepa manejar la situación sin alertar a nadie.

Duncan lo miró sin decir nada, su expresión implacable. Sabía perfectamente a qué se refería. En situaciones como esta, la discreción era la clave. No podía arriesgarse a que la misión se viera comprometida por imprudencias.

El silencio que se instaló entre los tres hombres fue pesado. Duncan sintió el peso de la decisión que debía tomar. Sabía que el convento podría estar bien resguardado, y que la sorpresa de su llegada podría ser lo que necesitaban para sacar a Isabel de allí sin demasiados problemas. Pero ¿y si el convento estaba rodeado por fuerzas inglesas? ¿Y si el hombre que la había entregado no estaba dispuesto a ceder?

—Entonces nos aseguraremos de que el convento no nos vea venir —dijo Duncan finalmente, su voz grave y firme. **Nada lo haría retroceder ahora.** Ya había esperado demasiado.

Callum asintió, claramente dispuesto a seguir cualquier orden que Duncan diera. El guerrero había estado con él desde los primeros días de lucha por la independencia, y su lealtad era inquebrantable.

Graham, por su parte, se limitó a hacer una leve inclinación de cabeza, aceptando la decisión de su líder. Sabía

que Duncan no era hombre de dudas. **Cuando Duncan tomaba una decisión, todo el clan lo seguía.**

Duncan respiró profundamente, su mirada fija en las llamas. **Isabel debía ser suya nuevamente.** El tiempo se había acabado. Ya no podía permitirse esperar más.

La conversación se desvió hacia otros detalles logísticos, pero la mente de Duncan permaneció fija en un único objetivo: llegar al convento lo antes posible, sacar a Isabel, y asegurarse de que estuviera a salvo.

El viaje sería largo y peligroso, pero **nada lo haría detenerse.** En cuanto los hombres comenzaran a moverse, él también lo haría. **Y, aunque el mundo entero se opusiera a su decisión, Duncan MacGregor iría hasta donde fuera necesario para recuperar a su hermana.**

4

El asalto al convento

El amanecer aún no había teñido el horizonte cuando los hombres de Duncan llegaron a la abadía. El viento aullaba entre los muros de piedra, y el aire estaba impregnado con el frío húmedo de la madrugada. Desde lo alto de la colina, Duncan observó el convento, una estructura austera y silenciosa que parecía impenetrable. Pero **nada era impenetrable** si se tenía la determinación suficiente.

—Las puertas principales estarán cerradas —susurró Callum, desmontando de su caballo y evaluando el edificio con el ceño fruncido—. Pero hay otra forma de entrar.

Duncan ya había memorizado el plano del convento gracias a la información de su espía. **El muro exterior rodeaba la abadía casi por completo**, pero en la parte trasera había un pequeño huerto, y más allá, una puerta de servicio que las monjas utilizaban para recibir provisiones. **Era su mejor oportunidad.**

—Nos dividiremos —ordenó Duncan en voz baja—. Callum, tú y dos hombres vigilad la entrada principal. Si alguien intenta salir, impídanlo. Los demás, conmigo.

Sin esperar respuesta, desmontó de un salto y avanzó con pasos firmes entre la bruma matinal. Los hombres lo siguieron en silencio, moviéndose con la precisión de

guerreros entrenados. El sonido de sus pisadas era amortiguado por la hierba húmeda. **Habían asaltado fortalezas antes. Un convento no les supondría un reto.**

Cuando llegaron a la puerta de servicio, Duncan se adelantó y probó el picaporte. Cerrado, como era de esperar. Hizo un gesto a Graham, que llevaba consigo un pequeño martillo de hierro.

—Rápido —susurró Duncan.

El golpe fue certero y sordo. La madera cedió con un chasquido seco, y la puerta se abrió unos centímetros. Duncan la empujó sin vacilar y se deslizó al interior, su espada desenvainada, los sentidos alerta.

Dentro, el aire olía a incienso y cera derretida. El convento estaba en silencio, pero no por mucho tiempo.

—Muévanse —susurró, avanzando por los pasillos de piedra.

Sabía exactamente dónde debía ir. **La celda de Isabel estaba en el ala este, cerca de la capilla.**

El tiempo era crucial. **Si las monjas daban la alarma, tendrían que lidiar con más resistencia de la esperada.**

Sus hombres lo seguían en fila, sus sombras alargadas por la luz de los candiles dispersos en la pared. Cada paso resonaba en el eco del convento vacío, un recordatorio de que estaban violando un santuario.

Duncan no se detuvo. No podía permitirse dudar. **Había venido a buscar a su hermana, y no se marcharía sin ella.**

El eco de los pasos de los guerreros se expandía por los pasillos de piedra, rompiendo la quietud de la abadía. Duncan avanzaba con la certeza de un depredador que ha encontrado a su presa. **Cada segundo que pasaba era un riesgo.** Las monjas podían reaccionar en cualquier momento, y si Isabel despertaba antes de tiempo, podría intentar huir o alertar a las demás.

Pero no habían contado con que **ellas ya lo estaban esperando.**

Cuando doblaron la esquina del pasillo que llevaba al ala este, tres figuras vestidas de negro se alzaron en la penumbra. **Monjas.** Inmóviles, con sus manos cruzadas frente a ellas, bloqueaban la entrada a la celda de Isabel.

Duncan detuvo su avance, con el ceño fruncido.

—Apartaos —dijo, su voz firme, inquebrantable.

La madre superiora, **sor Beatrice**, lo observó con la misma calma que usaba para impartir disciplina en el convento. Su porte no mostraba miedo, sino determinación.

—No sois bienvenidos aquí, laird MacGregor —su tono no tembló—. Esta es una casa de Dios. Vuestra presencia profana estos muros.

Duncan apretó los dientes. **No tenía tiempo para sermones.**

—No he venido a discutir con vos, madre —dijo, con la paciencia apenas contenida—. He venido por mi hermana.

Los ojos de sor Beatrice no mostraron sorpresa. **Sabía quién era él.** Sabía que este momento llegaría tarde o temprano.

—Isabel está bajo nuestra protección. Ha crecido aquí, ha encontrado su propósito. No podéis obligarla a marcharse.

Duncan dio un paso adelante, su figura imponente ensombreciendo a las monjas.

—No permitiré que se quede encerrada en este lugar —espetó—. Su familia la ha estado buscando por años. Su sitio está con nosotros.

La madre superiora no se inmutó.

—¿Su sitio? —repitió—. ¿En medio de guerras, entre sangre y violencia? Isabel ha encontrado la paz aquí. No pertenece a vuestro mundo.

Las palabras encendieron la furia en Duncan.

—¡No sois vos quien decide eso!

El sonido de su voz resonó en las paredes de piedra, haciendo que las otras monjas se estremecieran. **Sor Beatrice, en cambio, permaneció firme.**

—Y tampoco vos.

Duncan sintió que la paciencia se le agotaba. No era un hombre acostumbrado a que lo desafiaran. Si se tratara de guerreros en una batalla, ya habría tomado su espada y acabado con la conversación de inmediato. Pero estas no eran guerreras. **Eran mujeres convencidas de que estaban protegiendo a Isabel.**

Pero **él no venía a negociar.**

—Quiero verla —dijo, con la voz contenida—. Ahora.

Sor Beatrice lo miró largamente. Finalmente, suspiró.

—Si habláis con ella y os dice que no desea marcharse, ¿la dejaréis en paz?

Duncan no respondió de inmediato. **Porque no tenía intención de darle opción a Isabel.**

Sor Beatrice entendió su silencio.

—Lo sabía —murmuró—. Estáis aquí para llevaros lo que creéis que os pertenece.

Duncan apretó la mandíbula. **No era cuestión de propiedad. Era cuestión de sangre.**

Isabel era su hermana. Y él no iba a dejarla aquí.

Hizo una señal a Callum y Graham.

—Apartadlas.

Las monjas retrocedieron un paso, pero sor Beatrice no se movió.

—Os arrepentiréis de esto, laird MacGregor.

Pero Duncan ya no la escuchaba. **Su único pensamiento estaba en la puerta que se alzaba frente a él.**

En su interior, dormía su hermana.

Y ella no sabía que su mundo estaba a punto de cambiar para siempre.

* * *

El chirrido de la puerta al abrirse hizo que Isabel se removiera en su camastro. El frío de la madrugada se filtró en su

pequeña celda, pero no fue eso lo que la despertó, sino la presencia de alguien en la entrada.

Parpadeó, desorientada, incorporándose sobre los codos. **El fuego de la vela parpadeante iluminó la silueta de un hombre alto, de hombros anchos, de mirada gélida.**

Tardó unos segundos en reconocerlo. **Duncan.**

El aire se le atascó en la garganta. **No podía ser.**

Pero sí lo era.

—No… —su voz salió temblorosa, apenas un susurro.

Duncan cruzó la habitación con paso firme y se detuvo frente a ella. **Era más grande de lo que recordaba, más imponente, más duro.** La última vez que lo había visto, era un muchacho que la levantaba en el aire y la llamaba "ratoncillo" con una sonrisa en los labios.

Ese Duncan había desaparecido.

El hombre que estaba ahora frente a ella no sonreía. **Solo la observaba con una intensidad que la hizo sentir pequeña.**

—Nos vamos —dijo él, sin preámbulos.

Isabel sintió una oleada de confusión y miedo. **Nos vamos.** Dos palabras que amenazaban con arrancarla de todo lo que conocía.

—No —logró decir, aunque su voz no sonó tan firme como le hubiera gustado.

El ceño de Duncan se frunció.

—Isabel, no hay nada que discutir. He venido por ti.

Ella se levantó, sujetando la manta contra su pecho como si eso pudiera protegerla.

—Este es mi hogar —dijo con más seguridad esta vez—. No puedes venir aquí y dar órdenes como si aún fueras mi hermano.

Duncan entrecerró los ojos.

—¿Aún fuera tu hermano? —repitió en un tono peligroso —. ¿Qué demonios crees que soy, entonces?

Isabel tragó saliva.

—Eres un extraño.

Las palabras salieron sin pensar, pero en cuanto las dijo, supo que **había golpeado un nervio en él.** Duncan endureció aún más la expresión, su mandíbula tensándose.

—Yo soy el único que vino por ti —espetó, dando un paso más hacia ella—. ¿Dónde está Dios en todo esto, Isabel? ¿Dónde estuvo cuando te dejaron aquí, cuando tu familia murió, cuando pasaste años sin saber que tenías un hogar al que regresar?

Isabel sintió que la habitación se hacía más pequeña. **No. No podía dejar que la confundiera.**

—Mi lugar está aquí —dijo con firmeza, más para convencerse a sí misma que a él—. He encontrado paz, Duncan.

Duncan soltó una risa amarga, sin rastro de humor.

—¿Paz? —repitió, con los ojos brillando de furia contenida —. ¿Encerrada entre estas paredes de piedra? ¿Rezando a un Dios que nunca te respondió?

—¡No lo entiendes! —gritó Isabel, su control derrumbándose—. No quiero irme.

Pero Duncan no era un hombre que aceptara un no como respuesta.

Sus ojos se clavaron en ella como dagas de hielo.

—No tienes opción.

Isabel sintió el terror treparle por la espalda. **Duncan no iba a ceder.**

Y en su interior, una parte de ella lo sabía. **Nunca había tenido elección.**

El silencio entre ellos era como una cuerda tensada al límite, lista para romperse. Isabel sintió su respiración acelerarse, su corazón golpeándole el pecho con fuerza. **Duncan no se movió, pero su mera presencia era como una tormenta a punto de desatarse.**

—No puedes decidir eso por mí.

Pero Duncan ya no estaba escuchando. Caminó lentamente por la celda, sus pasos pesados resonando sobre la piedra. **Cada movimiento suyo estaba cargado de furia contenida.**

—¿Sabes cuántos años he pasado buscándote? —preguntó, su voz baja pero peligrosa—. ¿Cuántos caminos hemos recorrido Callum y yo siguiendo pistas falsas?

Isabel tragó saliva, pero no bajó la mirada.

—Yo nunca te pedí que lo hicieras.

Duncan se detuvo en seco. El aire en la habitación pareció cargarse de tensión. **Isabel supo, en ese instante, que había ido demasiado lejos.**

El hombre frente a ella no era el hermano que recordaba. No era el muchacho que la levantaba en el aire y la protegía de la lluvia. **Este Duncan era un guerrero, un líder, un hombre que no aceptaba perder.**

—No lo entiendes —dijo finalmente, con la voz más baja, pero más dura—. **Eres una MacGregor. No una monja.**

La frase golpeó a Isabel con más fuerza de lo que esperaba.

Eres una MacGregor.

Esa identidad que había tratado de borrar, de olvidar. Las monjas le habían dicho que podía renunciar a su pasado, que Dios no pedía linajes ni nombres, sino almas dispuestas a entregarse a Él.

Pero Duncan no lo veía así. **Él nunca dejaría de verla como su hermana. Como la niña que fue arrebatada de su hogar.**

—Me da igual lo que te hayan dicho aquí —continuó, con los ojos ardiendo de determinación—. No voy a permitir que pases tu vida escondida en este lugar.

Isabel sintió que su mundo temblaba. **No quería irse. No podía.**

—Duncan, por favor…

—No —la interrumpió él, y esta vez su voz sonó inquebrantable, como si con esa única palabra sellara su destino—. Se acabó la discusión. Te vienes conmigo.

Las lágrimas amenazaron con subirle a los ojos, pero se obligó a contenerlas. **Las lágrimas no cambiarían nada.**

—No puedes obligarme —susurró.

Pero Duncan solo la miró, con la expresión de alguien que **ya ha tomado una decisión y no piensa retroceder.**

—Observa bien este lugar, Isabel —dijo con frialdad—. **Es la última vez que lo verás.**

Isabel sintió que el pánico se apoderaba de su pecho. **No. No podía ser así.**

Pero cuando Duncan extendió la mano y le hizo un gesto con la cabeza, supo que no había forma de escapar.

Su decisión ya no importaba.

* * *

Las monjas miraban en silencio, algunas con el rostro endurecido por la impotencia, otras con un velo de tristeza en los ojos. **Sor Beatrice permanecía inmóvil, su expresión severa, pero resignada.**

Isabel sentía el suelo moverse bajo sus pies.

—No puedes hacer esto —susurró, aunque en su interior ya sabía que sí podía.

Duncan no respondió. **No tenía intención de discutir más.**

La tomó del brazo, su agarre firme pero sin brutalidad, como si temiera que se desmoronara al tocarla. Isabel intentó resistirse, tirar de su brazo, pero era como pelear contra una montaña. **Duncan no la soltaría.**

El miedo se convirtió en rabia.

—¡Duncan, suéltame! —gritó, forcejeando, su voz temblorosa por la frustración y la desesperación—. ¡No quiero ir contigo!

Él no reaccionó. **Solo la arrastró fuera de la celda con pasos decididos.**

Las monjas intentaron intervenir, pero los hombres de Duncan bloquearon su avance. **No tenían armas desenvainadas, pero su sola presencia bastaba para que nadie intentara detenerlos.**

—¡No podéis llevarla contra su voluntad! —exclamó una de las monjas, con la voz temblorosa.

Duncan se giró un instante, su mirada helada.

—No os pertenece a vosotras.

Isabel sintió un nudo en la garganta. **No le pertenecía a nadie.**

Se revolvió una vez más, intentando soltarse. **Todo su cuerpo temblaba.**

—Duncan, por favor... —Su voz se quebró en un hilo desesperado.

Él no se detuvo. **No podía.**

Atravesaron los pasillos del convento, cada paso alejándola más de la vida que había construido. Con cada puerta que cruzaban, con cada sombra que dejaban atrás, **sentía que su mundo se desmoronaba.**

Cuando salieron al patio, el aire frío le golpeó el rostro. El cielo aún estaba oscuro, con el amanecer apenas asomando en el horizonte. **Los caballos esperaban.**

Isabel sintió que el terror le subía por la garganta.

—No, no... por favor...

Duncan la levantó con facilidad y la subió al lomo de su caballo. Isabel forcejeó, pero las manos de su hermano la sujetaron con firmeza, asegurándola frente a él. **No tenía escapatoria.**

Miró hacia la entrada del convento, donde las monjas habían salido, algunas con las manos unidas en oración, otras simplemente observando en silencio. **Sor Beatrice estaba al frente, con el rostro inescrutable.**

Isabel sintió que algo se rompía dentro de ella.

Este era su hogar. **Este era el único lugar donde se había sentido segura.**

—¡Por favor! —gritó, pero su voz fue ahogada por el sonido de los cascos cuando Duncan espoleó el caballo.

El viento le azotó el rostro, la tela de su vestido ondeando con violencia. **El convento quedó atrás.**

Y con cada galope del caballo, **Isabel se alejaba más de la vida que había conocido.**

5

Un regreso amargo

El viaje de regreso fue un tormento silencioso.

El viento azotaba el rostro de Isabel mientras el grupo cabalgaba a través de los valles. La brisa traía consigo el aroma de la hierba mojada y la corteza de los pinos, pero ella apenas lo notaba. Sus manos se aferraban con fuerza a la montura, aunque no por temor a caerse, sino por la rabia y la impotencia que se arremolinaban en su pecho.

Duncan no había vuelto a dirigirle la palabra desde que abandonaron el convento. **No lo necesitaba.** Su agarre sobre las riendas y la firmeza de su cuerpo tras ella hablaban más que cualquier palabra. **Ella era su responsabilidad. Un deber, no una hermana.**

Los hombres cabalgaban en formación cerrada, en un silencio respetuoso. Isabel se preguntó si alguno de ellos creía que lo que Duncan había hecho estaba mal, si acaso había alguien en este grupo que viera que **no era una prisionera a la que se debía escoltar como un objeto robado.**

El traqueteo del caballo era constante, una monotonía que hacía que el tiempo se sintiera difuso. No sabía cuántas horas llevaban cabalgando, solo que su cuerpo ya sentía el dolor de la inactividad, que su piel ardía donde la brisa fría no podía atravesar la capa que le habían echado encima.

Nadie le habló. **Nadie la miró.**

Y en su interior, una pregunta que no se atrevía a formular en voz alta latía con insistencia.

¿Qué soy para ellos?

Duncan podía llamarla su hermana, podía decir que la había traído de vuelta con su familia, pero Isabel no se sentía parte de esto. No conocía a estos hombres. **No conocía a Duncan.**

Las pocas veces que su mirada se desviaba hacia él, encontraba solo una expresión pétrea, la misma que había visto cuando irrumpió en su celda y arruinó todo lo que ella había construido.

Duncan había cambiado. **Y ella también.**

El convento se había quedado atrás. Su hogar. **Su refugio.**

Ahora avanzaba hacia un destino que no había elegido, hacia una familia que le resultaba ajena, entre hombres que no la consideraban más que un nombre perdido en el tiempo.

Isabel MacGregor.

Sonaba vacío.

El viaje continuó sin descanso. Nadie se detuvo a preguntar si ella estaba bien, si tenía frío, si necesitaba agua. **Porque no importaba.** Porque, para ellos, **ella ya pertenecía a este lugar.**

Pero en su interior, Isabel lo supo con una certeza que la golpeó como un puñal.

Nunca se había sentido más sola.

* * *

El traqueteo del caballo seguía un ritmo constante, y aunque el paisaje a su alrededor cambiaba, Isabel apenas lo notaba. **Sus pensamientos la tenían atrapada en una jaula invisible, más sofocante que las paredes del convento.**

La pregunta se repetía en su mente con la insistencia de una plegaria:

¿Cómo encajará en una familia que no conoce?

La sangre que corría por sus venas era MacGregor, eso no lo podía negar. Pero **¿qué significaba eso ahora?**

Recordaba a Duncan, pero no a este hombre que cabalgaba junto a ella. Su hermano mayor había sido su héroe cuando era niña, un refugio cálido en medio de los juegos y la seguridad de su hogar. **Pero ese hogar ya no existía.** El Duncan de su infancia se había convertido en alguien endurecido por la guerra, por la responsabilidad, por la pérdida. **¿Podía él siquiera verla como su hermana?**

Y no era solo Duncan. **El clan.**

Había pasado diez años lejos de ellos, creciendo en un mundo donde la guerra no existía, donde el acero no determinaba el destino de un hombre, donde la vida se regía por normas diferentes. Las monjas le habían enseñado sobre la paciencia, la sumisión, la fe. **¿Cómo iba a encajar en un lugar donde la fuerza y el honor lo eran todo?**

¿Esperaban que se convirtiera en una esposa para algún guerrero? ¿Que cumpliera con un deber que jamás había elegido?

Una oleada de pánico la recorrió.

No quería esto. **No lo había elegido.**

Pero no tenía escapatoria. **Duncan la había traído de vuelta porque creía que era lo correcto.** Porque para él, su familia estaba incompleta sin ella.

El problema era que **ella no sentía que formara parte de esa familia.**

Cerró los ojos con fuerza, queriendo alejar esos pensamientos, pero la verdad seguía golpeando en su pecho como un tambor implacable.

Nunca volvería a sentirse en casa.

Y lo peor de todo era que, tal vez, **nunca lo había estado en ningún sitio.**

* * *

El sonido de los cascos se convirtió en un eco hueco cuando el grupo cruzó las murallas del castillo MacGregor. **Habían llegado.**

Isabel levantó la cabeza y observó el imponente edificio de piedra, con sus torres recortadas contra el cielo gris. No recordaba nada de este lugar. No sentía nada al verlo. **Era solo otra prisión.**

Pero el castillo no estaba en silencio.

Desde la entrada, Isabel escuchó **risas, voces elevadas, el murmullo de una celebración.** La tensión que había reinado durante el viaje se disipó de inmediato cuando algunos de los hombres del clan se acercaron, sus rostros iluminados con emoción.

—¡Ha nacido! —gritó un joven, apenas un muchacho con la alegría reflejada en sus ojos.

Duncan desmontó de un salto, su capa ondeando con el movimiento.

—¿Kate? —preguntó con urgencia.

El joven asintió.

—Una niña. Llegaste tarde, laird, pero vuestra esposa está bien.

Un destello de alivio cruzó el rostro de Duncan, el más humano que Isabel le había visto desde que irrumpió en el convento. **Por un instante, ya no era el guerrero inflexible, sino un hombre que corría hacia su esposa y su hija recién nacida.**

Los hombres celebraban. Había gritos de alegría, abrazos, risas, jarras de cerveza alzadas en brindis improvisados. Isabel se sintió más pequeña que nunca.

Bajó con torpeza del caballo, su cuerpo aún resentido por el viaje, y observó a su alrededor. **Nadie la miraba. Nadie parecía notar su presencia.**

Porque **no era parte de esta celebración.**

Mientras Duncan desaparecía en el interior del castillo, rodeado de su gente, Isabel se quedó inmóvil en el patio, envuelta en el bullicio ajeno.

Un niño pequeño pasó corriendo a su lado, riendo, y su madre lo llamó con dulzura para que entrara. Un grupo de guerreros bebía y bromeaba sobre la hija del laird, apostando quién de ellos acabaría enseñándole a montar a caballo primero. Una anciana pasaba con un cesto de pan caliente, su sonrisa reflejando el orgullo de una abuela ante la nueva generación del clan.

Era una familia. Un hogar.

Y ella no pertenecía a él.

El peso en su pecho se volvió insoportable.

Apretó los puños. **Debía alejarse de allí.**

Sin mirar atrás, se giró y se perdió entre las sombras de los pasillos del castillo.

* * *

Duncan cruzó el umbral del castillo con rapidez, su corazón aún acelerado por la noticia de que su hija había nacido. **Una niña.** El alivio que sintió fue inmediato, pero también lo acompañó una creciente ansiedad. **Había llegado tarde, pero Kate estaba bien.** Eso era lo único que importaba en ese momento. La idea de que la vida de su hija, de su pequeña, ya hubiera comenzado sin él allí lo desbordaba, pero al menos, podía verlas ahora. **Podía conocer a su hija y abrazar a su esposa.**

Subió las escaleras rápidamente, ignorando las voces y las miradas de los hombres que celebraban en el patio. Se dirigió hacia la habitación donde había nacido su hija. **Kate estaba**

allí. No quería perder ni un minuto más. A medida que avanzaba por los pasillos, su mente solo podía centrarse en una cosa: Kate. **Había esperado con ansias este momento.**

Cuando llegó a la puerta de la habitación, la abrió lentamente, y allí estaba Kate. **Su esposa, agotada pero radiante, estaba recostada en la cama, rodeada por un cúmulo de mantas y almohadas, una pequeña criatura en sus brazos.** La habitación estaba cálida, con la luz tenue de las velas iluminando suavemente los contornos de la figura de Kate y la pequeña niña que descansaba en su pecho.

Duncan se detuvo en el umbral, sintiendo que el mundo se detenía por un momento. **Kate, su amor, la mujer que había compartido todo con él, estaba allí, sosteniendo a su hija.** Un nudo se formó en su garganta, pero lo apretó con fuerza. **Ella estaba bien. Su hija estaba bien.** El dolor y la incertidumbre de los últimos días se disolvieron en el aire cálido de la habitación.

—Kate... —dijo Duncan con una voz profunda, cargada de emoción. Su tono temblaba ligeramente, como si la magnitud del momento lo abrumara.

Kate levantó la vista lentamente, su rostro aún marcado por la fatiga del parto, pero su sonrisa era genuina y llena de amor. **Era la sonrisa que Duncan había estado esperando ver.**

—Duncan... —murmuró ella, tendiéndole la mano, con un gesto suave que lo invitaba a acercarse. **Era un gesto que solo Kate podía hacer, tan lleno de calma y amor.**

Duncan caminó hasta su lado con paso firme, pero su corazón latía con la fuerza de un torrente. **¿Cómo podía existir una fuerza tan grande en algo tan pequeño?** Miró a su hija, que apenas se movía, su pequeño rostro dormido y sereno. **Era su hija.** La niña que había esperado ver nacer, la niña que ahora era parte de su vida. La niña que marcaría su futuro.

Duncan se inclinó hacia ella y suavemente, sin querer asustarla, tocó su mejilla, sintiendo la suavidad de su piel.

—Es tan pequeña —dijo Duncan, su voz rota, apenas un susurro. **No podía dejar de mirarla, no podía creer que algo tan hermoso fuera suyo.**

Kate sonrió y levantó a la niña con delicadeza, colocándola en los brazos de Duncan. **La pequeña se movió levemente, y Duncan sintió el peso de su hija en sus brazos como una bendición.**

—Es tuya, Duncan. Todo lo que querías está aquí. Ella es tu hija. —Kate lo miró, sus ojos brillando con emoción, pero también con la serenidad de una madre que acaba de dar a luz, que ya conocía el amor incondicional de una madre.

Duncan sostuvo a la niña con manos firmes, temerosas al principio, como si la fragilidad de su hija pudiera romperse con solo mirarla. **Era tan pequeña, tan perfecta.** Cada parte de ella, desde sus delicados dedos hasta sus pequeñas mejillas sonrosadas, parecía ser el reflejo de un futuro que ya no podía ignorar.

—No sé si lo merezco —dijo Duncan, su voz rasgada por la emoción. **Él había luchado por todo, pero ahora se encontraba frente a la vida que había creado.**

Kate se inclinó hacia él y acarició su mejilla con ternura.

—Lo mereces. Y yo también. Juntos, construimos esto. Todo esto es nuestro. —Sus palabras eran un bálsamo para el alma de Duncan, que sentía que el peso de su pasado, de sus decisiones, se desvanecía cuando sostenía a su hija en los brazos. **Por fin, todo tenía sentido.**

Duncan miró a Kate, su esposa, y se dio cuenta de lo que le había costado llegar hasta aquí. **Las batallas, las pérdidas, la incertidumbre. Todo había valido la pena.**

—¿Cómo la llamaremos? —preguntó Duncan, con una ligera sonrisa, intentando aliviar la seriedad del momento. **Quería que ese momento fuera eterno.**

Kate lo miró con una sonrisa tranquila, llena de amor. **Ella sabía lo que quería.**

—La llamaremos **Ailsa**, como tu madre.

Duncan asintió, emocionado por el nombre que ella había elegido. **Ailsa.** Su hija, su pequeña niña, que traía luz a su vida de una manera que nunca había imaginado. **El amor de Kate y su hija lo completaba de una forma indescriptible.**

Duncan inclinó la cabeza y besó la frente de Kate con una suavidad que jamás había mostrado. Luego, acercó la pequeña a su pecho y la abrazó. **Sentía que no había mayor fuerza en el mundo que ese pequeño ser que acababa de nacer.**

—Te protegeré siempre —prometió Duncan en voz baja, como un juramento silencioso para su hija. **Esa era su misión ahora.**

Kate le sonrió y descansó la cabeza en su hombro, mientras la pequeña Ailsa dormía tranquilamente en los brazos de su padre. **Duncan había encontrado lo que tanto había buscado.**

Era su familia. Su hogar. Y, por primera vez en mucho tiempo, **Duncan MacGregor sentía que todo estaba en su lugar.**

* * *

Las voces alegres seguían resonando en los pasillos, pero cada paso que Isabel daba la alejaba más de ellas. **No pertenecía a esta celebración.** No pertenecía a este castillo.

Recorrió los corredores en penumbra con la sensación de que estaba **invadiendo un espacio ajeno.** Las piedras bajo sus pies eran frías, las antorchas iluminaban las paredes con una calidez que no sentía en su interior.

¿Dónde encajaba en todo esto?

Cuando había llegado al convento, había sentido miedo. Desconcierto. Pero **con el tiempo había aprendido a moverse entre sus muros, a encontrar seguridad en la rutina.** Aquí, en cambio, solo sentía vacío.

Cruzó un pasillo donde dos mujeres conversaban en voz baja. Isabel intentó ignorarlas, pero no pudo evitar escuchar

su conversación.

—Dicen que es la hermana del laird...

—¿La del convento? Pobrecilla. ¿Cuánto tiempo ha pasado allí?

—Dicen que toda su vida. ¿Crees que podrá acostumbrarse a esto?

Isabel apretó los labios y siguió caminando antes de escuchar más. **No quería saber lo que pensaban de ella.**

Ya conocía la respuesta. **Era una extraña.**

Cuando llegó a una gran sala vacía, se detuvo y respiró hondo.

¿Por qué Duncan había hecho esto?

Él creía que estaba rescatándola. **Pero la había condenado a un mundo que ya no era suyo.**

Las mujeres en el convento le habían enseñado a rezar, a coser, a obedecer. **Pero no a ser la hermana de un laird.** No a ser la mujer que todos esperaban que fuera.

Se abrazó a sí misma.

No tenía un hogar.

No en el convento.

No en este castillo.

Las risas lejanas seguían llenando el aire, recordándole que en este lugar **todos tenían un sitio.**

Todos menos ella.

* * *

Las semanas pasaban y el aire dentro del castillo se volvía insoportable. **El bullicio, la gente, las miradas curiosas.** Cada piedra, cada rincón parecía observarla como un testigo silencioso de lo que debía ser y no era.

Isabel necesitaba salir. **Ahora.**

Caminó con pasos rápidos por los pasillos, sin detenerse, sin importarle si alguien la veía. **Nadie le prestaba atención.** Nadie la detenía porque nadie esperaba que hiciera algo

inesperado. **Era solo la hermana perdida del laird, la muchacha del convento, la desconocida.**

Las puertas del patio se abrieron con facilidad, el aire frío de la noche golpeándole el rostro. **Fue un alivio.**

No se detuvo ahí.

Atravesó el patio de piedra, dejando atrás la seguridad de las murallas, su vestido ondeando a cada paso. **Los sonidos del castillo se volvieron un eco lejano.**

Cuando sus pies tocaron la hierba húmeda más allá de la fortaleza, sintió que por fin podía respirar. **El bosque la llamaba.**

El sendero era oscuro, pero Isabel no tuvo miedo. **La penumbra era su aliada.** En el convento había aprendido a moverse en silencio, a ser invisible cuando lo necesitaba. Esta vez, no se escondía por temor al castigo de una monja, sino por la necesidad urgente de estar sola.

El bosque era diferente a lo que recordaba. **Más inmenso. Más salvaje.**

El sonido de las hojas bajo sus botas le resultaba más reconfortante que las voces en el castillo. El susurro del viento entre los árboles era un canto más dulce que cualquier himno religioso. **Aquí no tenía que fingir.**

Cuando llegó a un claro, se dejó caer junto a un árbol, cerrando los ojos.

Por fin. **Silencio.**

El frío de la tierra se filtró a través de su vestido, pero no le importó. **Era preferible a la calidez forzada del castillo.**

Aquí, nadie la miraba con curiosidad.

Aquí, nadie la trataba como un enigma por resolver.

Aquí, no tenía que ser la hermana de Duncan MacGregor.

Aquí solo era Isabel.

Su mente comenzó a llenarse de pensamientos que había estado reprimiendo.

¿Cómo podría adaptarse a esta vida?

¿Esperaban que se convirtiera en una dama del clan, en la hermana dócil de un laird?

¿Duncan la casaría con alguien de su confianza?

La idea le revolvió el estómago.

No tenía opciones. No había elecciones.

Cuando estaba en el convento, podía fingir que su destino estaba en sus manos. **Había creído que, si se esforzaba lo suficiente, si rezaba lo suficiente, si obedecía lo suficiente, encontraría paz.**

Pero ahora veía la verdad.

Duncan había decidido por ella. Como lo habían hecho las monjas. Como lo había hecho el capitán inglés cuando la dejó en la abadía. **Siempre alguien más tomaba las decisiones en su vida.**

Nunca había sido libre.

El viento sopló con fuerza, agitándole el cabello, enfriándole las mejillas. **No era la primera vez que se sentía atrapada.**

Pero sí era la primera vez que entendía que **no lo soportaría.**

No podía vivir así.

No podía quedarse encerrada en un castillo, rodeada de extraños que la miraban con lástima o curiosidad. No podía pasar sus días entre muros de piedra que no le ofrecían más libertad que los del convento.

Necesitaba espacio.

Necesitaba esto.

Miró a su alrededor, observando la inmensidad del bosque, el cielo despejado, el susurro de las hojas.

No sabía cuánto tiempo pasó allí. Podían haber sido minutos u horas. Pero cuando finalmente se puso de pie y emprendió el camino de regreso, **supo una cosa con certeza.**

Volvería a escaparse.

Porque el bosque era lo único que le recordaba que aún existía una parte de ella que no estaba rota.

Que aún había algo dentro de ella que le pertenecía solo a ella.

6

Un mundo que no comprende

Los días en el castillo MacGregor pasaban con la lentitud de un reloj estropeado. Isabel intentaba encajar, intentaba adaptarse, pero cuanto más lo hacía, más extraña se sentía. **Este mundo no era el suyo.**

Desde que había llegado, su vida había cambiado por completo. En el convento, sus días estaban marcados por las campanas, por la repetición de tareas, por la estructura rígida de la disciplina y la oración. **Aquí, todo era un caos controlado.**

El castillo nunca dormía. Desde el amanecer, los herreros trabajaban en las fraguas, los hombres entrenaban en el patio, las mujeres se movían con cestas repletas de pan y telas, los niños corrían entre las piernas de los guerreros. **Siempre había ruido.**

Los gritos de los entrenamientos, el sonido de las espadas chocando, las carcajadas estridentes de los hombres bebiendo en la gran sala.

Era un mundo que no entendía.

Por las mañanas intentaba seguir la rutina que había aprendido en la abadía, despertándose al alba, buscando algún sentido de orden en medio del bullicio. Pero en el convento, cada tarea tenía su propósito, cada acto estaba

ligado a la fe y la obediencia. **Aquí, nadie esperaba que ella obedeciera.**

Intentó ayudar en la cocina, pero las mujeres ya tenían su propio ritmo, y aunque no la rechazaban directamente, sus miradas dejaban claro que **no necesitaban a una novicia entre ellas.**

—No te preocupes, muchacha —le dijo una anciana con amabilidad, pero con un dejo de condescendencia—. No hace falta que trabajes aquí. Tienes manos delicadas, no como las nuestras.

Como si su vida en el convento la hubiera convertido en algo frágil. Como si la dureza de los rezos y el trabajo silencioso no fueran suficientes para probar su resistencia.

Intentó observar los entrenamientos en el patio, recordando vagamente las veces en que de niña se había escondido tras los barriles para espiar a Duncan practicando con la espada. Pero al acercarse, las miradas de los guerreros la hicieron sentir incómoda. No con malicia, pero sí con una mezcla de curiosidad y cautela.

La hermana perdida del laird.

La muchacha del convento.

La desconocida.

No encajaba en ninguna parte.

Hasta en la gran sala, durante las comidas, se sentía fuera de lugar. No entendía las bromas, no reconocía los rostros, no sabía qué decir cuando alguien intentaba conversar con ella. **El convento le había enseñado a escuchar, a bajar la mirada, a no llamar la atención.**

Pero aquí, el silencio era extraño.

Aquí, las mujeres eran fuertes, hablaban con firmeza, discutían con los hombres sin miedo. **Aquí no había necesidad de ser sumisa.**

Y sin embargo, Isabel **no sabía cómo ser otra cosa.**

Cada día se despertaba con la esperanza de que ese sería el día en que encontraría su sitio. Que algo haría clic en su interior y sentiría que pertenecía a este lugar.

Pero cada noche se acostaba con la misma sensación de vacío.

Este no era su hogar. **No aún.**

Y quizás... **nunca lo sería.**

* * *

Si había algo más frustrante que sentirse fuera de lugar, era que **Duncan pareciera empeñado en recordárselo a cada momento.**

Desde su llegada, su hermano había asumido un papel protector, **demasiado protector.** Al principio, Isabel pensó que se trataba de un instinto natural, una manera de asegurarse de que estaba bien después de tantos años separados. Pero con cada día que pasaba, **se hacía evidente que Duncan no la veía como una mujer.**

La trataba como una niña. Como si aún tuviera ocho años.

Como si el tiempo no hubiera pasado.

—No quiero que salgas sola del castillo —le dijo una mañana, mientras ella intentaba desayunar en la gran sala.

Isabel levantó la vista del plato.

—No voy a ir muy lejos.

Duncan negó con la cabeza, con la firmeza de alguien que no dejaba espacio a la discusión.

—No importa. No quiero que te alejes de las murallas. No es seguro.

—Duncan... —Intentó mantener la calma, pero su paciencia se desgastaba—. ¿Por qué habría de ser peligroso?

Él dejó su jarra de madera sobre la mesa con un golpe seco.

—Porque no creciste aquí. No conoces estas tierras ni a la gente. Y, sobre todo, porque eres mi hermana.

Esa última parte la molestó más de lo que esperaba.

—¿Y qué tiene eso que ver?

Duncan la miró con incredulidad.

—Lo tiene todo que ver. Eres una MacGregor, Isabel. Y hay gente ahí fuera que lo sabe. No todos los clanes son amigos.

Isabel apretó los labios.

—Entonces mantienes a todas las mujeres del castillo encerradas.

Duncan suspiró, pasándose una mano por el rostro.

—No seas testaruda. **Ellas saben defenderse.**

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. **Ellas saben defenderse.**

El mensaje era claro: **ella no.**

Isabel sintió una punzada de humillación. **Él la veía como una carga.** Como algo que debía proteger, que debía mantenerse a salvo. Como si fuera **débil.**

Se levantó sin decir más, su apetito completamente desaparecido.

—¿A dónde vas? —preguntó Duncan.

Isabel se volvió hacia él con una mirada fría.

—A donde tú me dejes, hermano.

Y salió de la gran sala, con los pasos rígidos, con la respiración contenida.

Porque **si se quedaba un segundo más, habría gritado.**

* * *

Isabel caminaba por el patio del castillo, sintiendo las miradas sobre ella como alfileres invisibles. **No eran hostiles, pero tampoco eran cálidas.** Eran miradas de evaluación, de juicio silencioso.

Las mujeres del clan la observaban con una mezcla de curiosidad y expectativa. **Era la hermana del laird.** La hermana que había estado perdida durante años. **La extraña que había crecido entre monjas y plegarias.**

Y, sobre todo, **la mujer que no encajaba.**

Las mujeres MacGregor no eran sumisas. Eran fuertes, independientes. Las veía cargar cestas pesadas, hilar lana con

manos curtidas, manejar cuchillos de cocina con la misma destreza con la que los hombres blandían espadas. Algunas incluso se entrenaban con los guerreros, aprendiendo a defenderse. **Eran tan diferentes de las mujeres con las que Isabel había crecido en el convento.**

Aquí, ninguna bajaba la cabeza. **Ninguna hablaba en susurros.**

Ella sí.

Lo notó en la forma en que la miraban cuando pasaba, en los gestos rápidos de complicidad que intercambiaban entre ellas. **Era una novedad.** Un enigma.

Las mujeres hablaban entre ellas en la plaza del castillo, mientras lavaban telas o preparaban comida. Isabel podía escuchar los murmullos cuando pasaba, aunque rara vez le dirigían la palabra directamente.

—Dicen que no sabe nada del mundo.

—¿Crees que podrá adaptarse?

—¿Y si Duncan la casa con algún guerrero?

—¿Podría siquiera llevar una casa?

Las palabras eran suaves, pero no lo suficiente como para que Isabel no las escuchara.

Un día, mientras ayudaba a recoger leña en el patio, una mujer mayor se le acercó. Tenía el cabello gris trenzado y las manos fuertes de alguien que había trabajado toda su vida.

—Nunca has cortado madera antes, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa condescendiente.

Isabel se tensó, pero se obligó a responder con cortesía.

—No.

—No pasa nada, muchacha. **Con el tiempo, aprenderás.**

Con el tiempo.

Como si fuera una niña a la que había que enseñar desde el principio.

Como si fuera un animal ajeno que debía ser domesticado.

Esa noche, mientras se acostaba en su habitación en el castillo, Isabel sintió que su cuerpo estaba allí, pero su alma

no. **El convento no había sido un hogar, pero al menos allí tenía un sitio.**

Aquí, **era solo una sombra en un mundo que no la reconocía.**

* * *

El crepitar del fuego llenaba la habitación con su calor suave, pero Isabel seguía sintiendo el frío en su interior. Se encontraba sentada en el borde de una silla, con la espalda rígida, las manos apretadas sobre su regazo.

Frente a ella, Kate la observaba con paciencia. **La esposa de Duncan tenía una presencia tranquila, como si siempre supiera qué decir y cuándo decirlo.** Pero en ese momento, Isabel no quería palabras de consuelo.

No quería estar allí.

—Duncan se preocupa por ti —dijo Kate finalmente, rompiendo el silencio.

Isabel dejó escapar una risa amarga.

—¿Preocuparse? Me trata como si tuviera ocho años. Como si fuera una carga.

Kate ladeó la cabeza, evaluándola.

—Tal vez porque en su mente sigues siendo la niña que perdió aquella noche.

Las palabras hicieron que Isabel apretara los dientes. **Sabía que Duncan la veía así.** Sabía que para él, su imagen se había congelado en el tiempo, en la pequeña que una vez protegió. Pero eso no lo hacía menos frustrante.

—Yo no elegí volver —murmuró Isabel, bajando la mirada.

Kate suspiró y se levantó, caminando lentamente hacia la ventana.

—Lo sé —respondió con sinceridad—. Y tampoco lo hicimos fácil para ti.

Isabel levantó la vista. **No esperaba que lo admitiera.**

Kate se giró hacia ella y apoyó una mano sobre el respaldo de la silla.

—Pero estás aquí. Y ahora tienes que decidir qué hacer con eso.

Isabel frunció el ceño.

—No tengo opciones.

Kate esbozó una sonrisa leve.

—Siempre hay opciones. Lo que ocurre es que a veces no nos gustan.

Las llamas de la chimenea chisporroteaban en el silencio que siguió. Isabel no tenía respuesta para eso. **Porque en el fondo, tenía razón.**

Podía seguir resistiéndose. Podía pasar sus días en el castillo sintiéndose ajena a todo, negándose a formar parte de este mundo.

O podía intentar... intentar encontrar algo en él que la hiciera sentir menos perdida.

Pero no estaba lista. **No aún.**

Kate pareció notar la lucha interna en su rostro, porque su voz se suavizó cuando habló de nuevo.

—Eres más fuerte de lo que crees, Isabel. Y si te tomas el tiempo para verlo, quizás te des cuenta de que aquí hay más para ti de lo que piensas.

Isabel tragó saliva y bajó la mirada.

No estaba segura de querer verlo.

Pero sí sabía una cosa.

Necesitaba alejarse.

El aire dentro del castillo era asfixiante. **Demasiadas expectativas, demasiadas miradas que la analizaban, demasiados silencios que la hacían sentir como una extraña.**

Cuando Kate la dejó sola en la habitación, Isabel permaneció sentada junto al fuego por un momento, observando las llamas danzar. **Las palabras de su cuñada resonaban en su mente.**

"Siempre hay opciones."

Pero Isabel no veía ninguna.

No podía seguir atrapada en este castillo, no podía fingir que este era su hogar, no podía continuar soportando la mirada protectora de Duncan ni la curiosidad de las mujeres del clan.

Lo único que podía hacer era respirar. Y solo podía hacerlo lejos de aquí.

Se levantó con decisión, sintiendo que su cuerpo actuaba antes de que su mente pudiera detenerla. **No pensó en lo que pasaría si la descubrían.** No pensó en lo que diría Duncan. **Solo sabía que si se quedaba allí una noche más, perdería la poca cordura que le quedaba.**

El castillo estaba en calma. Isabel se movió con la ligereza que había aprendido en el convento, con pasos controlados y silenciosos. **Sabía cómo desaparecer cuando lo necesitaba.**

Atravesó el pasillo de piedra con el corazón latiendo con fuerza. Cada sombra parecía alargarse y moverse, cada ruido era un aviso de que alguien podría descubrirla. Se pegó a la pared cuando escuchó pasos, conteniendo la respiración hasta que la figura de un sirviente pasó sin notar su presencia.

Nadie debía oírla.

Cuando alcanzó la puerta lateral que daba al patio, se detuvo por un instante. **El aire fresco de la noche entró de golpe, y con él, la sensación de libertad.**

Dio un paso afuera y se quedó inmóvil por un momento, disfrutando de la sensación del viento en su rostro. **No se había dado cuenta de cuánto había anhelado esto.**

Pero no se detuvo mucho. **El bosque la llamaba.**

Las sombras de los árboles se extendían frente a ella, la espesura oscura y silenciosa, invitándola a perderse entre sus ramas. No miró atrás. **No quería mirar atrás.**

Sus pies tocaron la hierba húmeda, y con cada paso se sentía más ligera, como si el peso de las expectativas se disipara con la distancia. Se adentró en el bosque con la familiaridad de alguien que había caminado esos senderos muchas veces en su mente.

Aquí, entre los árboles, **era la única parte del mundo que aún se sentía suya.**

Se apoyó contra el tronco de un roble y cerró los ojos, dejando que el sonido del viento entre las hojas la envolviera. **Aquí no tenía que fingir.**

Aquí, por primera vez en días, **podía respirar.**

El bosque no le pedía que hablara, que sonriera, que fingiera encajar. **El bosque solo la acogía.**

7

El encuentro con Aidan

El bosque era su refugio.

Desde que había llegado al castillo MacGregor, Isabel había aprendido a moverse en las sombras, a caminar con la cabeza baja para evitar miradas curiosas, a fingir que no escuchaba los murmullos que la rodeaban. Pero **allí, entre los árboles, no necesitaba fingir.**

La noche era densa, y el cielo, apenas visible entre las copas de los árboles, estaba teñido de un azul profundo. Isabel respiró hondo, dejando que el aire frío le despejara la mente. **Allí dentro, en el castillo, todo se sentía opresivo.** Aquí, en cambio, sentía que podía ser simplemente… Isabel.

Caminó con paso ligero, sin un rumbo claro, dejándose guiar solo por la necesidad de alejarse de todo. **No pensaba en cuánto tiempo pasaría fuera ni en lo que diría Duncan si descubría su ausencia.** Solo necesitaba estar sola.

Las hojas crujían bajo sus pies mientras avanzaba por el sendero estrecho. El bosque tenía un aroma húmedo, a tierra y a musgo, mezclado con el perfume suave de las flores silvestres. **Era un contraste con el olor a humo y cuero del castillo, un aire distinto que le recordaba que existía algo más allá de aquellas murallas.**

A medida que se adentraba en la espesura, su mente comenzó a relajarse. **Este lugar no la juzgaba, no la presionaba, no esperaba nada de ella.**

Era extraño cómo, en el convento, había sentido lo mismo durante los primeros años. Allí, también se había sentido protegida, envuelta en un mundo donde todo tenía un propósito claro, donde no había que cuestionar ni elegir. Pero con el tiempo, había entendido que **esa seguridad era una ilusión.**

¿Y si lo mismo ocurría aquí?

¿Y si nunca encontraría un lugar donde realmente encajara?

La idea la inquietó. **Tal vez estaba condenada a ser siempre una extraña, sin pertenecer a ningún lado.**

Suspiró y se apoyó contra un tronco grueso, cerrando los ojos por un momento. **No debía pensar en eso ahora.** Solo debía aprovechar esta pequeña libertad antes de que alguien notara su ausencia.

Pero entonces, **un sonido rompió el silencio.**

Un crujido en la maleza.

Isabel se tensó de inmediato, su cuerpo poniéndose alerta. **No estaba sola.**

Abrió los ojos y escudriñó la oscuridad entre los árboles. Su primer instinto fue retroceder, pero algo la detuvo. **No parecía un animal.**

El sonido volvió, más cerca esta vez. **Pasos.**

Isabel contuvo la respiración. Su mente comenzó a evaluar posibilidades. **¿Podía ser alguien del castillo? ¿Uno de los guerreros de Duncan buscándola?**

No estaba sola.

Y entonces, entre la penumbra de los árboles, una silueta emergió.

Un hombre.

Alto, de hombros anchos, con una postura relajada pero alerta. **Un cazador.**

La luna, que apenas lograba filtrarse entre las ramas, iluminó su rostro lo suficiente para que Isabel pudiera distinguirlo. **Cabello oscuro y enmarañado, barba incipiente, mirada afilada.** Su ropa era sencilla pero resistente, y una daga colgaba de su cinturón. En su mano derecha, sujetaba un arco, y a su espalda, un carcaj con flechas.

No era un soldado. No era un noble.

Era un guerrero. Pero no uno como los que había visto en el castillo de Duncan, con sus capas pesadas y su porte disciplinado. **Este hombre parecía más salvaje, más libre, como si el bosque fuera su verdadera morada.**

Él la miró con la misma intensidad con la que ella lo observaba a él.

—No esperaba encontrar a nadie aquí —dijo con voz baja y profunda, con un leve matiz de sorpresa.

Isabel tragó saliva y apretó los dedos contra la corteza del árbol. **No debía tener miedo.**

—Yo tampoco —respondió, con más firmeza de la que sentía.

El hombre inclinó la cabeza, estudiándola con ojos grises que parecían ver más de lo que ella quería mostrar.

—No eres de aquí.

No era una pregunta. **Era una afirmación.**

Isabel sintió que su piel se erizaba. **Era evidente.** No vestía como las mujeres del clan. **Y él lo había notado al instante.**

No respondió.

El hombre dejó escapar una leve exhalación, y su mirada se desvió momentáneamente a su alrededor, como si evaluara la situación. Luego, con una tranquilidad desconcertante, se inclinó para recoger algo del suelo.

Un conejo.

Su presa. **Había estado cazando.**

—No pareces una cazadora —dijo, volviendo a mirarla, con una sombra de diversión en sus ojos.

Isabel sintió una punzada de irritación.

—Y vos no parecéis un noble.

El hombre arqueó una ceja, como si no estuviera seguro de si aquello era un insulto o un cumplido.

—Porque no lo soy —respondió sin perder su calma.

Volvió a enderezarse, colgando el conejo de su cinturón con un gesto ágil. **Cada uno de sus movimientos parecía calculado, sin desperdicio de energía.**

Isabel no sabía qué hacer. **No conocía a este hombre.** No sabía si representaba un peligro o simplemente alguien que, como ella, prefería la compañía del bosque a la del castillo.

Pero había algo en él... algo diferente.

No tenía la rigidez de los hombres de Duncan. **No la miraba con compasión ni con recelo.**

Solo con **curiosidad.**

El silencio se prolongó entre ellos, hasta que él habló de nuevo.

—Si te has escapado, estás haciéndolo muy mal.

Isabel se tensó.

—¿Cómo decís?

Él alzó una ceja, cruzándose de brazos.

—Si estuvieras huyendo, no estarías tan cerca del castillo.

Isabel sintió una oleada de indignación, pero antes de que pudiera responder, él sonrió levemente.

—Aunque supongo que no estás huyendo. Solo estás... respirando.

Isabel abrió la boca para replicar, pero nada salió. **Porque era verdad.**

El hombre la observó un instante más y luego, como si no tuviera más interés en la conversación, comenzó a caminar de nuevo, pasando a su lado con la misma tranquilidad con la que había aparecido.

No le había preguntado quién era. No le había pedido explicaciones.

La trataba como si simplemente fuera una parte más del bosque.

Y por alguna razón, **eso la inquietó más que cualquier amenaza.**

* * *

Isabel no se movió mientras aquel hombre pasaba a su lado con la misma indiferencia con la que uno ignora a un zorro cruzando un sendero. **Como si su presencia en el bosque no le resultara más extraña que la de cualquier otro ser vivo.**

Pero Isabel no estaba acostumbrada a que la ignoraran.

Duncan la trataba como si aún tuviera ocho años. Las mujeres del castillo la observaban con curiosidad, algunas con desdén disfrazado de amabilidad. **Las monjas siempre habían esperado algo de ella: obediencia, disciplina, fe.**

Este hombre no esperaba nada. **Y eso la desconcertaba.**

—¿Quién sois? —preguntó, dando un paso atrás, sin dejar que se alejara demasiado.

Él se detuvo, giró ligeramente la cabeza y la miró con un aire de leve fastidio, como si su pregunta interrumpiera algo más importante.

—Aidan Brody.

El nombre no le sonaba. **No había oído a Duncan mencionarlo.**

—No pertenecéis a este clan —se arriesgó a decir.

Él dejó escapar una breve risa, baja, como si la idea le divirtiera.

—Tampoco vos.

Isabel frunció el ceño.

—Soy una MacGregor.

Aidan la miró con una ceja arqueada, su expresión de burla apenas disimulada.

—¿Ah, sí?

La sangre de Isabel hirvió ante la burla implícita en su tono.

—¿Os burláis de mí?

Aidan inclinó la cabeza, como evaluándola de nuevo.

—No —respondió finalmente—. Solo os digo lo que veo. **Una muchacha que se esconde en el bosque en lugar de estar en el castillo de su clan.**

El comentario la golpeó en lo más profundo. **Porque era cierto.**

Pero no pensaba admitirlo.

—No es asunto vuestro dónde decido estar —dijo con tono firme, cruzándose de brazos.

Aidan no pareció ofenderse. Si acaso, la observó con más interés, como si la estudiara.

—No lo es —asintió—. Pero si queréis ser una MacGregor, tal vez deberíais empezar a actuar como una.

Isabel sintió una punzada de rabia.

—¿Y qué sabéis vos de los MacGregor?

Aidan sonrió levemente.

—Más de lo que creéis.

El tono de su voz la desconcertó. **No era condescendiente ni burlón.** Era una afirmación segura, como si no sintiera la necesidad de convencerla.

Isabel lo miró fijamente. **Él no la trataba como una niña, ni como una novicia frágil, ni como una extraña.**

Pero tampoco la trataba con respeto ciego.

La trataba como a un igual.

Y eso era algo que nadie había hecho desde que salió del convento.

El silencio entre ellos se prolongó, hasta que Aidan resopló con ligereza.

—No os preocupéis, dama perdida. No diré a nadie que os escapáis al bosque.

Isabel sintió que algo dentro de ella se crispaba.

—No me he escapado.

Aidan la miró con una sonrisa ladeada. **No la contradijo. No lo necesitaba.**

Ella sintió la rabia burbujear en su pecho, pero antes de que pudiera replicar, él ya se había alejado, volviendo a

internarse en la espesura.

Dejándola allí, con la certeza de que, por primera vez en mucho tiempo, **alguien la había visto tal y como era.**

* * *

Isabel permaneció en el mismo sitio, su cuerpo aún tenso mientras observaba a Aidan alejarse con la misma calma con la que había aparecido. **No miró atrás.**

No esperaba que lo hiciera, pero aun así, sintió una extraña irritación en el pecho. **¿Qué clase de hombre se marchaba sin despedirse?**

Frunció el ceño, aún digiriendo la conversación. **No se parecía a nadie que hubiera conocido antes.** No intentó protegerla como Duncan. No la trató con compasión como Kate. **No le habló con la rigidez de las monjas ni con la condescendencia de las mujeres del clan.**

Simplemente… **habló con ella.**

La incomodidad que sintió en su interior no venía de la burla en sus palabras ni de su tono relajado. Venía de la forma en que Aidan **parecía haberla entendido con solo mirarla.**

La trató como si su presencia en el bosque no fuera una anomalía, sino algo natural. Como si su escapada fuera tan válida como la de cualquier otra persona que buscara aire fuera de las murallas de piedra.

Isabel apretó los labios. **No le gustaba esa sensación.**

Desde que dejó el convento, había sentido que todos la observaban, la analizaban, la intentaban encajar en un molde que no le correspondía. Pero con Aidan… **se sintió expuesta de una manera diferente.**

Vulnerable, pero no débil.

Era como si él hubiera leído en su postura, en su mirada, en el simple hecho de que estaba allí, lo que nadie más había querido ver.

Que **no era feliz.**

El viento sopló entre los árboles, sacudiendo las ramas y trayendo consigo el eco de pasos alejándose. **Aidan ya se había perdido en la espesura.**

Pero Isabel no podía moverse.

Se llevó las manos a los brazos, frotándolos con nerviosismo. **No sabía qué le molestaba más.**

¿El hecho de que él hubiera sido el primero en verla como realmente era?

¿O el hecho de que ella... también había sentido algo?

Un leve temblor, una chispa, una incomodidad en su pecho que no tenía que ver con el miedo ni con la rabia.

Algo que no podía identificar. Algo que no quería identificar.

Sacudió la cabeza, negándose a pensar más en ello. **Era solo un hombre que cazaba en el bosque.** Un extraño que no tenía por qué afectarla de ninguna manera.

Pero aun cuando emprendió el camino de regreso al castillo, supo que **esa noche tardaría en dormir.**

Porque cada vez que cerrara los ojos, volvería a ver su mirada gris y la forma en que la había observado.

No como una niña.

No como una carga.

No como una extraña.

Sino como alguien que no necesitaba explicaciones.

* * *

El camino de regreso al castillo se sintió diferente.

El bosque, que antes era su refugio, ahora se sentía más pequeño, como si las sombras entre los árboles ocultaran algo que antes no había notado. **O alguien.**

Isabel caminaba con los brazos cruzados, su mente aún revuelta por el breve encuentro con Aidan. No debería estar pensando en él. **Era solo un cazador.** Un hombre que no tenía

nada que ver con ella, alguien que había encontrado en su camino por azar.

Pero entonces, ¿por qué su presencia seguía latiendo en su mente?

Cada palabra que le había dicho resonaba con una claridad que la irritaba. **No parecía querer demostrar nada, ni buscar una reacción en ella.** Solo le había hablado con la misma franqueza con la que alguien comenta el clima.

Y, sin embargo, **había sido el primer hombre que la miraba sin esperar nada.**

Duncan la protegía porque la veía como una niña.

Las mujeres del castillo la estudiaban porque querían encajarla en su mundo.

Las monjas habían moldeado su vida con expectativas de fe y obediencia.

Pero Aidan… **él la trató como si ya supiera quién era.**

Esa idea la inquietó más de lo que podía admitir.

Mientras más se alejaba del bosque, más crecía una extraña sensación en su interior. **Como si hubiese dejado algo atrás.**

Cuando finalmente vio las murallas del castillo, el peso en su pecho se hizo más denso. **No quería volver.**

Aquí dentro, estaba atrapada. **En un lugar donde nadie la entendía, donde todos esperaban que fuera algo que no era.**

Y lo peor era que **no tenía escapatoria.**

Apretó los labios y cruzó la puerta lateral con pasos rápidos, deslizándose por los pasillos como una sombra. **Nadie la había visto salir, y nadie la vería regresar.**

Pero mientras subía las escaleras hacia su habitación, sintió un leve escalofrío.

Sabía que volvería a pensar en Aidan.

Sabía que la próxima vez que se escapara al bosque, buscaría sin querer la silueta de un cazador moviéndose entre los árboles.

Y eso la aterraba más que cualquier otra cosa.

8

Un peligro inesperado

El castillo seguía siendo un lugar donde Isabel no encontraba descanso. Cada día que pasaba dentro de sus muros, más fuerte era la necesidad de alejarse, de respirar, de sentir que su vida aún le pertenecía.

Por eso, cuando la noche cayó y los pasillos quedaron en silencio, **no dudó en escaparse de nuevo al bosque.**

Esta vez, no tuvo que contener la respiración ni detenerse a escuchar si alguien la seguía. Sabía moverse con sigilo, sabía cómo evitar a los guardias. **Había aprendido a ser invisible.**

El aire nocturno era fresco, con un aroma a tierra mojada después de la llovizna de la tarde. Isabel caminó con paso ligero, sintiendo que con cada metro que ponía entre ella y el castillo, la opresión en su pecho se hacía más ligera.

No tenía un destino en mente, solo quería alejarse lo suficiente para no escuchar el murmullo de las conversaciones, las risas, las órdenes. **Solo quería estar sola.**

O al menos, eso pensó.

Porque cuando llegó a un claro más profundo en el bosque, **se dio cuenta de que no estaba sola.**

A unos metros de distancia, una sombra se movía entre los árboles, una figura alta y familiar. **Aidan Brody.**

Su primer instinto fue detenerse y marcharse antes de que la viera. **Pero era demasiado tarde.**

Aidan se giró con la facilidad de alguien que siempre estaba alerta, su expresión relajada pero con el filo de un cazador que nunca bajaba la guardia.

—Otra vez vos.

Isabel sintió una mezcla de irritación y vergüenza por haber sido descubierta.

—No os estaba buscando.

Él sonrió con un matiz de burla.

—¿No? Qué extraño. Porque parecéis seguir apareciendo en mi camino.

Isabel apretó los labios, cruzándose de brazos. **No quería darle la satisfacción de ver que sus palabras la afectaban.**

Aidan avanzó unos pasos, sin apartarle la mirada. **Se movía con la confianza de un hombre que pertenecía al bosque más que a cualquier castillo.**

—¿Otra vez huyendo?

—No estoy huyendo —replicó Isabel de inmediato.

—Ah, claro. **Solo os estáis perdiendo intencionadamente en el bosque en mitad de la noche.**

El tono ligero con el que lo dijo la enfureció aún más.

—No es asunto vuestro.

Aidan la miró con atención, como si evaluara cada una de sus palabras. Luego, con la misma calma con la que había hablado, se giró y volvió a lo que estaba haciendo antes de que ella apareciera.

Isabel sintió una punzada de desconcierto. **No estaba acostumbrada a que la dejaran estar.**

En el castillo, todos parecían querer algo de ella: que se adaptara, que cumpliera con su papel, que obedeciera. **Aquí, Aidan no le pedía nada.**

Y esa indiferencia la irritaba más de lo que debería.

—¿Qué hacéis aquí tan tarde? —preguntó finalmente, cruzándose de brazos.

Aidan, que estaba revisando algo en su cinturón, le lanzó una mirada rápida.

—Cazando.

Isabel entrecerró los ojos.

—¿Siempre cazáis de noche?

Él sonrió levemente.

—Los lobos también lo hacen.

La mención de lobos hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Isabel. **Sabía que había depredadores en estas tierras, pero nunca había visto uno.**

—¿Y qué estáis cazando exactamente?

Aidan se encogió de hombros.

—Lo que se cruce en mi camino.

Isabel no pudo evitar notar la doble intención en su respuesta.

El viento sopló más fuerte, y por primera vez, sintió que la noche era más oscura de lo habitual. Como si el bosque estuviera más alerta. Como si algo estuviera acechando.

Y entonces, **escucharon el gruñido.**

Un sonido bajo, gutural, que hizo que la piel de Isabel se erizara.

No estaban solos en el bosque. **Algo los estaba observando.**

Y no era humano.

El gruñido rasgó la quietud de la noche, profundo y amenazante. Isabel sintió un escalofrío recorrerle la espalda mientras su cuerpo se tensaba instintivamente. **No estaba preparada para esto.**

Aidan, en cambio, **sí lo estaba.**

Se movió con la calma de un hombre que había enfrentado situaciones peores, su mano deslizándose hacia el mango de su daga con una naturalidad inquietante. **No habló, no preguntó, no mostró miedo.** Solo giró ligeramente la cabeza, evaluando la dirección del sonido.

Isabel, con el corazón latiéndole con fuerza, miró entre los árboles. **Las sombras parecían más densas, más peligrosas.** Y entonces, lo vio.

Ojos amarillos brillaban en la oscuridad, fijos en ellos. **Un lobo.**

No era el animal escuálido que Isabel había imaginado alguna vez al escuchar historias en el convento. **Era grande, de pelaje oscuro, con la postura tensa y los músculos marcados bajo su piel gruesa.** Su gruñido vibraba en el aire, una advertencia clara.

Isabel sintió el impulso de retroceder, de correr, de hacer cualquier cosa que la alejara del peligro.

Pero Aidan no se movió.

—No hagáis movimientos bruscos —dijo en voz baja, sin girarse hacia ella.

Su tono no tenía miedo, solo firmeza. **Era una orden, no una sugerencia.**

Isabel asintió sin darse cuenta, sin atreverse a hacer ruido. **Su instinto le decía que confiara en él.**

El lobo dio un paso adelante, su hocico temblando al captar su olor. **Parecía hambriento.**

Aidan movió lentamente su mano hasta la bolsa que colgaba de su cinturón. Sacó un pequeño trozo de carne seca y lo lanzó al suelo, unos metros más allá. **El lobo dudó.**

El tiempo pareció ralentizarse.

El animal miró la carne. Luego miró a Aidan. **Era una prueba de confianza.**

Y entonces, con un último gruñido bajo, el lobo avanzó, tomando la comida y retrocediendo poco a poco, desapareciendo entre la espesura.

Solo cuando el sonido de sus pasos se desvaneció por completo, Aidan bajó la mano de su daga.

Isabel soltó un aliento que no sabía que estaba conteniendo.

—¿Cómo... cómo hiciste eso?

Aidan se giró lentamente hacia ella, con su habitual media sonrisa, como si lo que acabara de suceder no fuera digno de mención.

—Los lobos no atacan sin razón —respondió con un encogimiento de hombros—. Solo hay que saber cuándo luchar y cuándo no hacerlo.

Isabel seguía con la respiración agitada.

—¿Y si no hubiese tomado la comida?

Aidan la miró con calma.

—Entonces no estaríamos teniendo esta conversación.

El significado de sus palabras la golpeó con fuerza. **Aidan estaba preparado para matar al lobo si era necesario.**

La idea no la sorprendió tanto como el hecho de que **no lo había hecho innecesariamente.**

Los guerreros de Duncan habrían matado primero y preguntado después. **Pero Aidan no.**

Él no era como los hombres del castillo.

Y, por primera vez desde que lo conoció, Isabel sintió que lo veía con otros ojos.

El bosque volvió a quedar en silencio, pero el eco del enfrentamiento latía en los oídos de Isabel. Su respiración aún era rápida, su pulso acelerado, pero **Aidan estaba tranquilo.**

Como si un lobo no acabara de mirarlo directamente a los ojos, como si no hubiera estado a un solo movimiento de desenvainar su daga y matarlo. **Como si esto fuera normal para él.**

Isabel lo observó con más atención.

Había visto guerreros en el castillo de Duncan, hombres rudos que vivían con la espada en la mano, que entrenaban desde el amanecer hasta la noche, que se enorgullecían de su fuerza y destreza en combate. Pero **Aidan no se movía como ellos.**

No tenía la rigidez de los soldados ni la agresividad de los mercenarios. **Se movía con la fluidez de alguien que había aprendido a sobrevivir fuera de los muros, sin necesidad de demostrar nada a nadie.**

Isabel se cruzó de brazos, intentando recuperar su propia compostura.

—No parecéis sorprendido —dijo finalmente, con el ceño fruncido.

Aidan la miró de reojo y se encogió de hombros.

—No lo estoy.

—¿Os habéis encontrado con lobos antes?

—Más veces de las que puedo contar.

Isabel apretó los labios. **Por supuesto.**

—¿Siempre resolvéis los encuentros así?

Aidan sonrió con calma.

—Solo cuando es posible.

Isabel lo miró con incredulidad.

—Los guerreros del castillo no habrían dudado en matarlo.

Él soltó una leve risa.

—Los guerreros del castillo matan porque creen que deben hacerlo. Yo solo mato cuando es necesario.

Había algo en la sencillez de sus palabras que la desconcertó. **No era arrogancia. No era prepotencia.**

Era certeza.

Aidan Brody **sabía lo que hacía.**

Y lo peor de todo era que **ella también lo sabía.**

Porque cuando el lobo había aparecido, su primer instinto fue huir. **El suyo, en cambio, fue evaluar.**

Él había leído la situación, había entendido los movimientos del animal, había encontrado la mejor solución sin necesidad de violencia.

Duncan jamás habría hecho eso.

Esa idea la inquietó.

Los hombres como Duncan confiaban en la espada. En el control, en la fuerza. Pero **Aidan confiaba en algo más.**

Algo que Isabel **no entendía del todo… pero que la fascinaba.**

El silencio entre ellos se alargó. Isabel apartó la mirada, incómoda con el pensamiento.

—Debo regresar al castillo —dijo finalmente, aunque la idea de volver a esos muros le resultaba insoportable en ese momento.

Aidan no hizo ningún gesto para detenerla.

Isabel no avanzó mucho antes de que Aidan hablara de nuevo.

—¿Por qué os vais tan rápido?

Se detuvo en seco, el tono despreocupado de su voz irritándola más de lo que debería. No giró de inmediato, pero sintió cómo su propia respiración se volvía más controlada, más medida, antes de enfrentarlo.

Cuando lo hizo, lo encontró **apoyado contra un árbol, con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente ladeada**, como si estuviera observando a un animal curioso que no lograba descifrar.

—¿Y por qué os importa? —replicó, con el ceño fruncido.

Aidan no pareció afectado por su respuesta.

—No me importa —dijo con una leve sonrisa—. Pero sí me intriga.

Isabel sintió que la sangre le hervía ante su tono desenfadado. **Era un juego para él.** Pero para ella... para ella todo esto **era demasiado real.**

Cruzó los brazos, intentando recuperar algo de control en la conversación.

—No todo el mundo disfruta perdiendo el tiempo en el bosque.

—¿Eso hacéis vos? —Aidan arqueó una ceja—. ¿Perder el tiempo?

Isabel apretó los labios. **No esperaba que la retara así.**

No era una novicia a la que una monja corregía con paciencia, ni una hermana menor que Duncan podía proteger. **No la trataba como una niña, ni como alguien a quien debía convencer.**

Solo **la confrontaba.**

—¿Por qué seguís escapándoos? —preguntó él con más seriedad.

Ella tensó los hombros.

—No es una escapada.

—¿No? —Aidan dio un paso hacia ella, con ese aire despreocupado que tanto la irritaba—. ¿Entonces por qué os escondéis aquí cada vez que nadie os está mirando?

Isabel lo miró fijamente.

—¿Por qué vos estáis siempre aquí?

—Porque es mi hogar.

La respuesta la golpeó con más fuerza de la que esperaba. **Porque era la verdad.**

Aidan no tenía dudas sobre su lugar en el mundo. Él **pertenecía** al bosque, a su propio camino, a su destino.

Pero Isabel... **Isabel no pertenecía a ningún lado.**

—¿Y vos? —continuó él, con un brillo perspicaz en los ojos —. ¿Dónde es vuestro hogar?

Ella sintió un nudo en la garganta. **No tenía respuesta.**

Aidan la observó con atención y, por primera vez, su voz perdió el tono ligero de burla.

—¿Queréis realmente estar en ese castillo? ¿O solo estáis ahí porque no sabéis qué otra cosa hacer?

Las palabras la golpearon como un puñal bien dirigido.

Porque él tenía razón.

No quería estar en el castillo. Pero tampoco sabía **dónde sí quería estar.**

Su corazón latía con fuerza cuando bajó la mirada, incapaz de sostenerle la mirada por más tiempo. **Odiaba que él pudiera verla con tanta claridad.**

Pero lo que más odiaba era **que había dicho en voz alta lo que ella misma no se atrevía a pensar.**

El silencio entre ellos se alargó. Isabel no supo cuánto tiempo pasó, solo que el peso de la pregunta de Aidan **seguía flotando en el aire**, como si esperara que ella le diera una respuesta que ni siquiera se atrevía a formular.

"¿Queréis realmente estar en ese castillo?"

Cerró los puños, sintiendo la presión de sus propias uñas contra la piel.

—No tengo otra opción —dijo finalmente, pero el sonido de sus propias palabras le resultó hueco, como si no fueran

del todo ciertas.

Aidan la observó con una ceja arqueada, la expresión entre divertida e inquisitiva.

—No creo que sea verdad.

Isabel sintió la irritación crecer en su pecho. **¿Cómo podía hablar con tanta seguridad sobre su vida?**

—¿Y qué sabéis vos sobre mis opciones? —espetó, con la barbilla alzada en un intento de no mostrar vulnerabilidad.

Aidan sonrió con lentitud, ese tipo de sonrisa que no era una burla abierta, sino un desafío silencioso. **Un juego que él estaba jugando y en el que ella ni siquiera sabía las reglas.**

—Sé que si de verdad quisierais estar allí, no estaríais aquí —respondió con simpleza.

Isabel abrió la boca para replicar, pero no encontró nada que decir. Porque **tenía razón.**

Cada noche escapaba. Cada oportunidad que tenía, huía del castillo. **Si realmente quisiera estar allí, no sentiría la necesidad de hacerlo.**

—Y si no queréis estar en el castillo... —Aidan se inclinó levemente hacia ella, como si bajando la voz pudiera obligarla a enfrentarse a sus propios pensamientos—. **¿Dónde queréis estar?**

La pregunta la dejó sin aire.

Porque era la primera vez que alguien lo decía en voz alta.

Había estado tan centrada en su rechazo al castillo que no había permitido que su mente llegara más lejos. **Siempre había pensado que el convento era su única alternativa.**

El único lugar donde alguna vez había sentido estabilidad.

Pero cuando Aidan le preguntó, sintió una oleada de dudas.

No lo sabía.

No sabía dónde quería estar.

Pensó en el convento.

La sola idea de estar otra vez dentro de los muros del convento, de seguir un camino que no eligió, de repetir los mismos rezos cada día sin cuestionar su propósito, **le revolvió el estómago.**

Había luchado contra Duncan cuando él la sacó de allí. **Se había aferrado a la idea de que su vida estaba en el convento.**

Pero ahora, aquí, de pie en medio del bosque con un hombre que no la miraba como un objeto a ser protegido ni como una pieza que encajar en un esquema preestablecido, **se dio cuenta de que había estado mintiéndose a sí misma.**

No quería volver.

No pertenecía al convento. Pero tampoco al castillo.

Y eso solo dejaba una pregunta aterradora:

¿Entonces dónde?

Aidan no volvió a hablar. **No hacía falta.** Él ya sabía que sus palabras habían sembrado la duda en ella.

Y ahora Isabel no podría escapar de esa duda... **por mucho que lo intentara.**

9

Una amistad que crece

El bosque se había convertido en su escape. **Pero ya no era solo un refugio.**

Las primeras veces que Isabel se había alejado del castillo, lo hacía con la urgencia de quien necesita aire para no ahogarse. **Pero ahora, había otro motivo.**

Aidan.

No lo buscaba, o al menos, eso se decía a sí misma. **Pero siempre terminaba encontrándolo.**

O tal vez... **él la encontraba a ella.**

Siempre era casualidad. **O eso quería creer.**

A veces, al cruzar un sendero, se topaba con él afilando una de sus dagas, o limpiando la piel de un animal recién cazado. En otras ocasiones, lo veía apoyado contra un árbol, con la mirada fija en el horizonte, como si el bosque le hablara en un idioma que solo él entendía.

No la llamaba, no la invitaba a quedarse, **pero tampoco la ahuyentaba.**

Y eso, en sí mismo, la hacía quedarse.

—Cada vez os alejáis más del castillo —comentó él una tarde, sin levantar la vista de la rama que estaba tallando con su daga.

Isabel cruzó los brazos.

—Vos también.

Aidan esbozó una sonrisa de medio lado, esa que Isabel ya comenzaba a reconocer.

—Mi hogar no tiene muros. El vuestro sí.

Isabel no supo qué responder a eso. **Porque era cierto.**

No sabía en qué momento sus visitas al bosque se habían convertido en **esperar verlo.**

Al principio, la presencia de Aidan la incomodaba. No por miedo, ni por la sensación de que él podía ser una amenaza, sino porque **la hacía cuestionarse cosas que no quería pensar.**

Él no intentaba protegerla. No la trataba con la cautela con la que lo hacían en el castillo. **Tampoco intentaba agradarle.**

Solo... **la aceptaba.**

Y esa simpleza la desarmaba más que cualquier espada.

—¿Siempre os dedicáis a cazar y tallar madera? —preguntó un día, intentando romper el silencio.

—¿Siempre os dedicáis a caminar entre los árboles como un espíritu perdido?

Isabel frunció el ceño.

—No estoy perdida.

Aidan la miró con la misma expresión de alguien que no cree en la mentira que acaba de escuchar.

—Si vos lo decís.

Isabel soltó una exhalación frustrada.

—¿Siempre sois tan molesto?

Él sonrió.

—No. Solo cuando tengo buena compañía.

Ella no supo qué responder a eso. **Así eran siempre sus encuentros.** Un juego de palabras, una batalla de voluntades. Pero, por alguna razón, **seguir volviendo a este bosque le resultaba más fácil que quedarse en el castillo.**

Más fácil que enfrentar la verdad que estaba comenzando a ver en sí misma.

* * *

Los días continuaron pasando, y el bosque se convirtió en un refugio compartido, un espacio donde Isabel podía ser simplemente ella misma. Ya no era solo un lugar al que huía para escapar del castillo, sino que se había transformado en algo mucho más profundo. **Era el lugar donde se sentía escuchada, comprendida, donde no había juicios ni expectativas.**

Cada tarde, sin falta, Isabel se encontraba con Aidan. A veces no lo buscaba conscientemente, pero al final siempre se encontraba con él. Como si sus destinos estuvieran inevitablemente entrelazados por los caminos del bosque. Al principio, sus encuentros eran fugaces, breves interacciones que la dejaban con el corazón acelerado y una sensación de incomodidad. Pero con el tiempo, esas pequeñas interacciones se convirtieron en algo más. Algo que Isabel no podía negar.

Aidan nunca la trataba con cautela, nunca la veía como la niña perdida que todos en el castillo creían que era. Él la aceptaba tal como era. **Él no la veía como una monja o como la hermana de alguien.** La veía solo a ella. A veces, en esos momentos de silencio compartido, Isabel sentía que él le leía el alma. No hacía falta hablar. **El bosque, los árboles y las miradas intercambiadas lo decían todo.**

Con cada día que pasaba, Isabel sentía cómo su barrera se desmoronaba poco a poco. Ya no necesitaba las excusas que usaba al principio para justificar su presencia en el bosque. **Ya no era solo una evasión.** Había algo más entre ellos, algo que Isabel apenas entendía pero que ya no podía ignorar. Había una conexión, algo que iba más allá de lo que se veía a simple vista. Y, aunque al principio intentaba convencerse de que

solo era una amistad, las noches en vela y los pensamientos obsesivos de Aidan en su mente le decían otra cosa.

Una tarde, mientras caminaban juntos, Isabel decidió hablar. Decidió romper el silencio que siempre los rodeaba, esa barrera de palabras no dichas que los mantenía a ambos tan cerca, pero a la vez tan distantes.

—He estado pensando... —empezó Isabel, mirando al suelo mientras las hojas secas crujían bajo sus pies. **Lo que estaba a punto de decirle no lo había compartido con nadie más.** Ni siquiera con las monjas del convento.

Aidan la miró, atento, sin interrumpirla. Él sabía que Isabel no hablaba a la ligera. Sus palabras siempre estaban llenas de peso, y él estaba dispuesto a escuchar.

—Lo que más me atormenta es que... no pertenezco a ningún sitio. —Las palabras salieron de sus labios como una revelación, como si por fin pudiera poner en palabras lo que sentía. **El convento nunca había sido su hogar, pero el castillo tampoco lo era.** —Pasé tantos años creyendo que mi destino estaba allí, pero me di cuenta de que ni allí, ni aquí, ni en ningún lugar... **me siento en paz.**

Aidan dejó de caminar y se volvió hacia ella. La expresión en su rostro era seria, pero no había juicio. **Era una mirada comprensiva.**

—La paz no siempre está en el lugar, Isabel. —Su voz era suave, pero clara, como si hablara desde un lugar de experiencia. **Él lo sabía.** Lo había aprendido de la vida, y en ese momento, le ofrecía a Isabel lo único que tenía: su comprensión.

Isabel se detuvo también, mirándolo ahora directamente a los ojos. **Había algo en la forma en que Aidan la miraba que le hacía sentir que finalmente alguien la entendía.**

—No sé lo que quiero, Aidan. —La voz de Isabel tembló, y por un instante, se sintió vulnerable, expuesta. **Había vivido tantos años en la oscuridad de su propio corazón, escondiendo lo que realmente deseaba.** Pero con Aidan, todo eso comenzaba a desvanecerse. —No sé si debo regresar al

convento, o quedarme aquí. No sé si debería luchar por lo que soy, o conformarme con lo que se espera de mí.

Aidan dio un paso hacia ella, su mirada fija en la de Isabel. **No había duda en sus ojos.** No la miraba con lástima ni con pena, sino con algo más profundo: comprensión, respeto.

—Tienes derecho a elegir, Isabel. —Su voz era firme, sin titubear. —No tienes que quedarte donde no te sientes bien. Ni en el convento, ni en el castillo. **Tienes derecho a decidir qué quieres para ti.**

Isabel cerró los ojos por un momento, las palabras de Aidan calando hondo en su alma. **Nadie le había dicho eso nunca. Había creído que su vida ya estaba trazada, que sus decisiones ya habían sido tomadas por otros.** Pero ahora, con Aidan frente a ella, lo veía de manera diferente. **Quizás podía ser dueña de su propio destino.**

Durante los días siguientes, Isabel compartió más de su vida con Aidan. Le habló de su infancia, de la oscuridad que marcó a su familia, de la muerte de su madre, de la masacre que arrasó con su hogar. Le explicó cómo, siendo solo una niña, había sido llevada al convento, cómo había crecido en esa prisión, aprendiendo a rezar y a seguir las órdenes de la madre superiora.

Le habló de Duncan, de cómo pensaba que su hermano había muerto, cómo había crecido sin él, sin la esperanza de tener una familia. **Le habló de la lucha que había tenido que librar dentro de sí misma, entre lo que sentía y lo que se esperaba de ella.**

Aidan escuchaba en silencio, cada palabra de Isabel entrando en su corazón. **No interrumpía. No la juzgaba.** Solo la aceptaba, tal como era. No había necesidad de máscaras entre ellos.

—Nunca me habían escuchado así —dijo Isabel una tarde, mientras caminaban juntos por el sendero del bosque. —Nunca nadie me había permitido ser solo yo, sin expectativas ni obligaciones.

Aidan la miró, su rostro suave, como si comprendiera más de lo que ella pensaba.

—Y ahora lo estás haciendo. —Aidan respondió, su voz tranquila pero llena de un significado profundo.

Isabel sonrió, una sonrisa pequeña pero sincera. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió libre. **Libre de ser ella misma. Libre de elegir.**

* * *

Isabel había creído que podía seguir escapándose sin consecuencias.

Se decía a sí misma que **nadie notaría su ausencia,** que el castillo estaba demasiado ocupado con los asuntos del clan, con las visitas, con las celebraciones por el nacimiento de la hija de Kate. **Que podía seguir perdiéndose en el bosque sin que nadie se diera cuenta.**

Se equivocaba.

La primera señal de que su plan comenzaba a resquebrajarse llegó una tarde, cuando entró en el gran salón y notó la mirada de Duncan clavada en ella.

No fue una mirada casual. No fue una simple observación. **Fue una evaluación.**

Él estaba de pie junto a la chimenea, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, como si hubiera estado esperando a que ella apareciera.

Isabel intentó ignorarlo, caminando hacia la mesa con aparente calma. **Pero su hermano no era de los que ignoraban las cosas que le molestaban.**

—Has estado fuera mucho últimamente.

Las palabras la alcanzaron antes de que pudiera sentarse. **El tono de Duncan era neutral, pero cargado con una advertencia implícita.**

Isabel levantó la vista y se encontró con sus ojos azules, los mismos que recordaba de su infancia, pero endurecidos por el

tiempo y la responsabilidad.

—No sabía que tenía que pedir permiso para tomar aire —respondió, con un intento de despreocupación.

Duncan no sonrió.

—No lo tienes —dijo con calma—. Pero tampoco deberías necesitar escaparte para hacerlo.

Isabel sintió que su cuerpo se tensaba. **¿Escaparse?**

—No me escapo.

Duncan inclinó la cabeza, mirándola con la misma expresión que usaba cuando un guerrero le daba una excusa pobre por haber fallado en el entrenamiento.

—¿Ah, no? Entonces dime, Isabel, ¿por qué desapareces cada tarde?

Ella apretó los labios. **No podía decirle la verdad.**

No podía decirle que el castillo le resultaba opresivo, que no encontraba su lugar, que en cada conversación sentía que caminaba sobre hielo frágil.

Y sobre todo, **no podía decirle que en el bosque encontraba algo que aquí no tenía.**

Duncan suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—¿Puedo al menos saber con quién pasas tanto tiempo?

La pregunta la golpeó con fuerza. **Su hermano sabía más de lo que había dejado entrever.**

—Estoy sola —dijo sin titubear.

Duncan la observó en silencio por un largo momento, su mandíbula tensándose levemente. **No la creía.**

Isabel sintió el impulso de levantarse y marcharse, pero sabía que eso solo confirmaría sus sospechas.

Finalmente, Duncan habló de nuevo.

—Isabel... quiero que seas feliz aquí.

Su tono no era de reproche, ni de ira. **Era sincero.** Y eso la hizo sentir aún más culpable.

Porque no podía darle lo que él quería. **Porque no sabía si podría ser feliz aquí.**

Duncan dejó escapar un suspiro pesado y negó con la cabeza.

—Solo ten cuidado —dijo finalmente, con voz más grave —. No todo el mundo en estas tierras es de fiar.

Sus palabras llevaban un peso que Isabel no entendió del todo. **Pero sí entendió que este era el principio del fin de su libertad.**

Duncan ya estaba prestando atención.

Y pronto haría algo al respecto.

* * *

La advertencia de Duncan seguía resonando en su mente mientras caminaba hacia el bosque.

"No todo el mundo en estas tierras es de fiar."

Pero **ella confiaba en Aidan.**

No sabía en qué momento había ocurrido. Al principio, él solo era una presencia molesta en su refugio, un hombre que hablaba con demasiada franqueza y la hacía cuestionarse cosas que prefería evitar. Pero cuanto más tiempo pasaba con él, más se daba cuenta de que **en ningún otro lugar se sentía tan libre como cuando estaba a su lado.**

Porque con Aidan **no tenía que fingir.**

No tenía que comportarse como la hermana de Duncan.

No tenía que demostrar que podía ser una dama del clan.

No tenía que responder a las expectativas de nadie.

Solo tenía que existir.

Y eso era más de lo que había tenido en mucho tiempo.

—Llegáis tarde hoy —dijo Aidan cuando la vio aparecer entre los árboles.

Estaba sentado sobre un tronco caído, afilando la hoja de su daga con la misma paciencia con la que siempre parecía moverse por el mundo. No levantó la vista de su tarea, como si su presencia allí fuera lo más natural del mundo.

—No tengo un horario que cumplir —respondió Isabel, cruzándose de brazos.

Aidan sonrió levemente.

—Eso creéis vos.

Isabel resopló. **Siempre tenía una respuesta para todo.**

Se acercó y se sentó en una roca cercana, observándolo trabajar. Sus movimientos eran precisos, eficientes, como todo en él. No hablaba más de lo necesario, no hacía gestos innecesarios. **Era un hombre que sabía cómo moverse en el mundo sin perder energía en cosas inútiles.**

Tan diferente a los hombres del castillo.

—¿Siempre vivís así? —preguntó, sin darse cuenta de que había hablado hasta que las palabras salieron de su boca.

Aidan la miró de reojo.

—¿Así cómo?

Isabel buscó la forma de explicarlo.

—Fuera de los muros, sin seguir órdenes de nadie.

Él soltó una risa baja.

—No os confundáis, Isabel. Todo el mundo sigue órdenes de alguien.

Ella frunció el ceño.

—¿Vos también?

Aidan deslizó la piedra afiladora sobre su daga una última vez antes de guardarla en su cinturón. Luego la miró con una expresión pensativa, como si estuviera evaluando la pregunta antes de responder.

—Solo sigo las órdenes que elijo seguir.

Esa respuesta la desconcertó más de lo que esperaba.

Porque **ella nunca había elegido nada.**

Había seguido las reglas del convento porque no tenía otra opción. Luego había seguido las reglas de Duncan porque no le permitieron otra alternativa. **Su vida siempre había sido dictada por otros.**

Apretó los labios y bajó la vista.

Aidan la observó por un momento antes de hablar de nuevo.

—Cuando os escapáis al bosque... ¿qué buscáis exactamente?

La pregunta la tomó por sorpresa.

—No lo sé —admitió en voz baja.

Aidan asintió, como si esa respuesta no lo sorprendiera en lo más mínimo.

—Entonces quizás deberíais averiguarlo.

Isabel lo miró.

—¿Y si no hay respuesta?

Él sonrió de lado.

—Siempre hay una respuesta. Lo difícil es aceptarla.

Ella no supo qué responder. **Porque en el fondo, sabía que tenía razón.**

Aquí, en el bosque, con él, **no tenía que ser nada más que Isabel.**

Pero **¿qué haría cuando eso ya no fuera suficiente?**

Aidan se quedó en silencio después de su última frase, su mirada aún fija en Isabel como si pudiera ver dentro de ella más de lo que ella misma entendía.

Isabel desvió la vista, incómoda con la forma en que sus palabras la hacían sentir. **¿Qué buscaba en el bosque?** No tenía respuesta. O tal vez sí, y simplemente no quería admitirla.

Porque cada vez que se alejaba del castillo y caminaba entre los árboles, su mente ya no solo anhelaba la paz del bosque.

También anhelaba encontrarlo a él.

Apretó los labios y volvió a mirar a Aidan. **Su expresión era tranquila, pero había algo en sus ojos que antes no había notado.**

Algo que la inquietó.

No era burla. No era simple diversión. **Era deseo.**

Aidan Brody **la deseaba.**

La realización la golpeó con fuerza, dejándola sin aliento por un instante.

Él no la miraba como los hombres del castillo, con curiosidad o juicio. **Tampoco como Duncan, con protección y autoridad.**

La miraba como un hombre mira a una mujer. **Y ella no sabía cómo responder a eso.**

Se obligó a apartar la mirada, a no pensar en ello, a ignorar el calor que subió a su cuello.

Pero Aidan no hizo ningún movimiento hacia ella. **No intentó acercarse.**

Solo la observó, con la misma paciencia con la que siempre la trataba. Como si supiera que ella no estaba lista para enfrentar lo que estaba comenzando a formarse entre ellos.

Y lo respetaba.

Eso la desconcertó más que cualquier otra cosa.

Cualquier otro hombre habría intentado tocarla, habría hecho un comentario sobre su rubor, habría aprovechado el momento. **Pero Aidan no.**

Simplemente la dejó estar.

Y de alguna manera, eso la hacía aún más consciente de él.

Cuando volvió a hablar, su tono fue igual de tranquilo, como si no hubiera notado la tensión que ahora vibraba en el aire entre ellos.

—No os preocupéis, Isabel. No voy a pediros que os quedéis aquí.

Ella parpadeó, sorprendida por su cambio de tema.

—¿Qué queréis decir?

Aidan se encogió de hombros.

—No sois una prisionera. Si algún día decidís que queréis volver al convento, nadie podrá deteneros.

Las palabras la dejaron sin respuesta.

Porque **por primera vez, alguien le daba una opción.**

Duncan nunca le preguntó qué quería.

Las monjas nunca le preguntaron si realmente quería tomar los votos.

Todo el mundo había decidido su vida por ella.

Pero Aidan… **Aidan la dejaba elegir.**

Y esa simple libertad la aterrorizó más que cualquier decisión que hubiera enfrentado antes.

El silencio entre ellos se volvió más denso. Isabel sintió que las palabras de Aidan la envolvían, le ofrecían algo que nadie antes le había dado: **la posibilidad de elegir.**

Pero elegir significaba aceptar que tenía un deseo, un anhelo, **una necesidad de algo más allá de lo que le habían impuesto.**

Y no estaba lista para eso.

Se obligó a respirar hondo y apartó la mirada, como si pudiera alejar con un simple gesto la incomodidad que la atravesaba.

—No quiero volver al convento —dijo finalmente, con voz más baja de lo que pretendía.

Aidan no pareció sorprendido.

—Lo sé.

Su seguridad la irritó.

—¿Y cómo lo sabéis?

Él esbozó una sonrisa leve, pero esta vez no tenía burla. Solo certeza.

—Porque si lo quisierais, ya habríais encontrado la forma de hacerlo.

Isabel sintió el impulso de discutir con él, de decir que no era tan simple. Que Duncan no la dejaría ir, que el clan tenía expectativas sobre ella, que su vida **no le pertenecía realmente.**

Pero Aidan ya le había demostrado que **no aceptaba excusas.**

Así que guardó silencio.

Porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

Si hubiera querido volver al convento, habría hecho algo al respecto. Habría encontrado la manera, se habría escapado realmente. **Pero no lo había hecho.**

Había encontrado un nuevo refugio en el bosque. **Y en él.**

El pensamiento la perturbó.

Se levantó de la roca donde estaba sentada y sacudió su falda, como si con ese gesto pudiera recuperar la compostura.

—Tengo que volver.

Aidan no la detuvo.

—Como queráis.

Su indiferencia la desconcertó más de lo que esperaba. **No intentaba retenerla. No intentaba convencerla de nada.**

Porque él sabía que volvería.

Y lo peor era que **ella también lo sabía.**

Dio media vuelta y comenzó a caminar de regreso al castillo, pero **por primera vez, el bosque no se sintió como un refugio.**

Se sintió como una trampa.

No porque fuera un lugar peligroso.

Sino porque **cada vez que volvía a él, se alejaba un poco más de todo lo demás.**

Y no estaba segura de querer detenerse.

10

Un beso prohibido

El bosque era el mismo de siempre: el susurro del viento entre los árboles, el olor a tierra húmeda, la luz dorada del atardecer filtrándose entre las hojas. Había tardado en volver tras su último encuentro. **Pero algo en Isabel había cambiado.**

Aidan la esperaba apoyado contra un árbol, con los brazos cruzados y la mirada tranquila, como si hubiera sabido que vendría. Como si nunca hubiera dudado de ello.

Isabel sintió una punzada de irritación. **¿Por qué tenía que tener siempre razón?**

—Os habéis tomado demasiado tiempo en regresar —comentó él sin moverse.

Isabel frunció el ceño.

—No tengo por qué regresar.

Aidan sonrió de lado.

—Pero lo habéis hecho.

Ella cruzó los brazos con gesto desafiante, intentando ignorar el calor en su pecho. **No quería que tuviera poder sobre ella.**

—¿Y qué hacéis vos aquí? —preguntó con frialdad.

Aidan se encogió de hombros.

—Este es mi hogar. No soy yo quien se esconde.

Isabel sintió cómo sus palabras la atravesaban como una flecha bien dirigida. **Él la conocía demasiado bien.**

No respondió de inmediato, pero Aidan no parecía necesitar que lo hiciera. **Sabía que la había desarmado.**

Se hizo el silencio entre ellos. Uno tenso, uno cargado de pensamientos que Isabel no quería afrontar.

Finalmente, Aidan inclinó la cabeza.

—Duncan os quiere en el castillo.

Isabel sintió un escalofrío ante la mención de su hermano.

—¿Y qué?

Aidan la miró con más intensidad.

—¿Y vos? ¿Queréis estar ahí?

Isabel no respondió. **No podía.**

Aidan suspiró.

—No podéis seguir escapando sin decidir hacia dónde vais.

—No estoy escapando —respondió ella de inmediato, pero su voz sonó vacía incluso para sus propios oídos.

Aidan dio un paso hacia ella, su mirada atrapándola en el lugar.

—Entonces decidme, Isabel MacGregor, ¿qué queréis hacer con vuestra vida?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

Porque Isabel no tenía respuesta.

Se había pasado tanto tiempo dejándose llevar, obedeciendo órdenes, dejándose arrastrar por la voluntad de otros, que nunca había tenido la oportunidad de elegir.

Y ahora, Aidan exigía que lo hiciera.

No para complacerlo. No para darle una respuesta.

Para sí misma.

Pero Isabel no estaba lista para esa conversación.

Porque sabía que si la tenía, su mundo cambiaría.

Y no estaba segura de estar preparada para eso.

El silencio entre ellos era pesado, cargado de palabras no dichas, de verdades que Isabel no quería enfrentar.

Aidan no apartaba la mirada. **Esperaba una respuesta.**

Pero **ella no podía dársela.**

—No lo sé —murmuró finalmente, bajando la vista.

Su voz sonó débil, como si fuera una confesión que no estaba lista para hacer.

Aidan dejó escapar un suspiro, pero no de impaciencia, sino de comprensión.

—Eso es lo que me preocupa —dijo con suavidad.

Isabel sintió un nudo en la garganta.

—¿Por qué os preocupa? —preguntó con más brusquedad de la que pretendía.

Aidan dio un paso hacia ella.

—Porque veo lo que intentáis ignorar.

Ella negó con la cabeza. **No quería oírlo.**

Pero él no se detuvo.

—Queréis creer que podéis seguir huyendo de todo, que podéis seguir escapando al bosque y esconderos en esta pequeña burbuja que os habéis creado.

Isabel se cruzó de brazos, sintiendo la necesidad de protegerse de sus palabras.

—No me conocéis lo suficiente como para decirme qué quiero.

Aidan esbozó una sonrisa leve, pero no había burla en ella.

—No necesito conoceros desde hace años para ver lo que es obvio.

Isabel sintió su pulso acelerarse.

—¿Y qué es lo que creéis que es tan obvio?

Aidan no respondió de inmediato. **En cambio, la miró con intensidad.**

El aire entre ellos se volvió más denso, más sofocante. **Isabel sintió cómo su respiración se volvía más irregular.**

Porque lo entendió antes de que él dijera nada.

Antes de que él siquiera intentara explicarlo.

No era solo el bosque lo que la hacía volver.

Era él.

Lo supo con claridad. **Con la misma certeza con la que supo, años atrás, que nunca había sido libre de elegir su propio destino.**

Aidan la atraía.

Y no solo porque la desafiaba, porque la veía tal y como era, porque no la trataba como un objeto frágil o una responsabilidad ajena. **Sino porque con él, por primera vez en su vida, se sentía viva.**

La realización la golpeó con fuerza, dejándola sin aliento.

Y Aidan **lo vio.**

Lo vio en la forma en que su cuerpo se tensó, en la forma en que su mirada tembló un instante antes de intentar alejarse.

—Lo sabéis —murmuró él.

Isabel negó con la cabeza.

—No sé de qué habláis.

Pero Aidan no se movió.

—Sí lo sabéis.

El calor subió a su rostro.

—Os estáis equivocando.

Aidan inclinó la cabeza, observándola como si pudiera ver más allá de sus palabras.

—Entonces, decidme que no sentís nada cuando estáis conmigo.

Isabel abrió la boca.

Pero no pudo decirlo.

Porque habría sido una mentira.

Porque su cuerpo la traicionaba.

Porque **en el fondo, lo que la aterrorizaba no era lo que Aidan sentía por ella… sino lo que ella estaba empezando a sentir por él.**

El aire entre ellos se volvió insoportablemente denso. Isabel podía sentir cada latido en su pecho, cada respiración suya, cada centímetro de espacio que los separaba… y lo fácil que sería **cerrar esa distancia.**

Aidan no se movió de inmediato. **Le dio una oportunidad de alejarse.**

Pero Isabel no lo hizo.

No podía.

Porque, por mucho que quisiera negarlo, **no quería moverse.**

No quería alejarse.

Los ojos de Aidan descendieron lentamente hasta sus labios, y ella sintió el pulso golpearle el cuello. **No era la mirada de un hombre que dudaba.**

Era la de un hombre que sabía exactamente lo que quería.

—Dímelo —murmuró Aidan, su voz más baja, más grave.

Isabel sintió que su aliento se entrecortaba.

—¿Decir qué?

—Que no sentís nada.

Ella abrió la boca para responder. **Para decir la mentira que debería decir.**

Pero no pudo.

No cuando la calidez de su cuerpo la envolvía, no cuando la forma en que Aidan la miraba le hacía sentir cosas que nunca antes había sentido.

Y entonces, él **tomó su rostro con suavidad.**

El contacto la paralizó. No era brusco, ni demandante. **Era un roce contenido, pero firme.** Un gesto que le daba la oportunidad de detenerlo, de rechazarlo.

Pero Isabel no se apartó.

Sus ojos se encontraron por última vez. **Y entonces Aidan la besó.**

Fue lento, pero seguro. **No como un arrebato de pasión, sino como una decisión tomada hace mucho tiempo.** Como si él hubiera esperado este momento, y ahora que lo tenía, no pensara dejarlo escapar.

Los labios de Isabel se entreabrieron por reflejo, y **su mente quedó en blanco.**

Porque no había esperado esto.

Porque nunca había sido besada antes.

Porque no sabía cómo responder.

Porque **su cuerpo sí sabía.**

La sensación la abrumó. **Calor. Firmeza. Seguridad.**

Aidan no intentó apresurarla, no exigió nada más de ella. **Solo la besó como si supiera que era algo inevitable.**

Y, por un instante, Isabel **se dejó llevar.**

Solo un instante.

Porque cuando la realidad la golpeó, **el miedo fue más fuerte que cualquier otra cosa.**

El beso fue breve, pero dejó una marca profunda en Isabel, como una huella que no podía borrar. **Un fuego que se encendió en su pecho y que, al instante, la aterrorizó.**

Cuando Aidan se apartó, la miró con esa misma intensidad que la había desconcertado desde el principio. Pero ella ya no podía sostener esa mirada. **El miedo comenzó a burbujear en su interior, algo que nunca antes había experimentado con tanta fuerza.**

¿Esto qué significaba?

¿Lo que acababa de pasar, lo que había sentido, qué significaba para ella?

Isabel retrocedió un paso, el aire se volvió espeso, su respiración entrecortada. **No podía.**

La confusión se apoderó de su mente, y con ella, el pánico. **No podía enfrentarse a esto.** No podía aceptar lo que acababa de suceder, no podía aceptar lo que sentía por él.

—No... no puedo... —murmuró, apartándose de él, de todo lo que acababa de suceder.

Aidan intentó acercarse, pero ella levantó las manos, como si con ese gesto pudiera detener el torbellino que se había desatado en su interior.

—No... no quiero esto —dijo con más firmeza, pero su voz sonó rota.

La necesidad de huir fue más fuerte que cualquier pensamiento racional.

Isabel dio media vuelta y comenzó a correr. **No sabía adónde, no sabía qué hacía, pero solo tenía que alejarse.**

Sentía la presión del aire en su cara, el peso de sus propios pasos, el eco del sonido de su respiración acelerada. **Estaba**

huyendo.

Huyendo de Aidan. Huyendo de sí misma. Huyendo de algo que ya no podía controlar.

Se adentró más en el bosque, sin mirar atrás, sin pensar en el peligro, en lo que podía esperarle en la oscuridad. El miedo la impulsaba, una necesidad de **escapar de los sentimientos que no podía comprender.**

El sol se había puesto hacía horas, y la oscuridad comenzaba a envolverlo todo. Pero Isabel no se detuvo, corrió hasta que sus piernas no pudieron más, hasta que su respiración se hizo tan errática que casi no podía respirar.

Finalmente, se desplomó contra un árbol, sus manos temblorosas sobre su rostro, intentando recuperar el aliento.

¿Qué había hecho?

¿Y por qué le había dado tanto miedo?

Isabel cerró los ojos, sintiendo el dolor punzante en su pecho, el tumulto de emociones que la invadían. **No estaba lista para esto.** No podía serlo. **No podía permitir que Aidan…**

No podía permitir que se acercara.

* * *

El regreso al castillo fue un camino en silencio. Isabel no se permitió mirar atrás, ni siquiera para ver si Aidan la seguía. Su cuerpo estaba tenso, y la sensación de huir lo envolvía todo. **No sabía qué había pasado en el bosque, ni qué estaba pasando con ella misma, pero no podía quedárselo dentro.**

Cuando cruzó las murallas del castillo, las puertas cerrándose detrás de ella como una condena, se dio cuenta de que **algo había cambiado.**

Algo había cambiado profundamente.

Duncan la esperaba en el patio, sus ojos azules fijos en ella, como siempre, evaluando cada uno de sus movimientos. **Su hermano, que parecía saberlo todo, pero no entender nada.**

Isabel sintió una oleada de tensión recorrerle el cuerpo. ¿Cómo podría mentirle ahora? **¿Cómo ocultar lo que había pasado en el bosque?**

Duncan cruzó los brazos, observándola con la misma intensidad de siempre.

—¿Dónde estabas?

Isabel lo miró por un largo momento, buscando algo en su expresión. Algo que la hiciera creer que podría escapar de la mirada penetrante de su hermano.

Pero no lo encontró. **Duncan la estaba mirando de la misma manera que siempre lo hacía: como si estuviera esperando una respuesta, una justificación.**

—Fuera —respondió ella, sin querer entrar en más detalles.

Duncan frunció el ceño.

—Fuera, ¿eh? —repitió con un tono que indicaba que no iba a dejarlo pasar.

Isabel no lo miró. Caminó hacia el castillo, sin detenerse, con el corazón aún acelerado por la carrera, por lo que había dejado atrás. **Por lo que no se atrevía a enfrentar.**

Duncan la siguió.

—No me mientas, Isabel. Has estado escapando del castillo durante días. ¿Qué estás ocultando?

Ella se detuvo en seco, su respiración aún irregular, pero no podía seguir huyendo de las palabras de Duncan. **No podía seguir mintiendo.**

—No estoy ocultando nada.

—¿De verdad? —dijo Duncan, parándose frente a ella con una mirada feroz—. No eres la misma. **¿Qué está ocurriendo?**

Isabel lo miró por un momento, sintiendo la presión de su mirada sobre ella.

—Solo necesito espacio, Duncan. Solo necesito tiempo.

—Tiempo para qué. —La voz de Duncan sonó más suave, pero no menos exigente.

Isabel suspiró, sintiendo el peso de la conversación que se aproximaba. **No quería hablar de lo que había pasado en el**

bosque. No quería hablar de lo que Aidan había despertado en ella.

—Para pensar —respondió, con una mirada vacía, como si no supiera lo que estaba diciendo. **Porque no lo sabía.**

Duncan la observó en silencio. Durante un largo rato, no dijo nada. **Era como si estuviera procesando cada palabra, cada gesto.**

Finalmente, suspiró.

—No me engañes, Isabel. Sé que algo está pasando. Y no me quedaré de brazos cruzados esperando que lo escondas de nuevo.

Isabel sintió el nudo en su garganta apretarse aún más. **No podía seguir jugando con él. No podía seguir huyendo.**

Pero, por un momento, deseó poder hacerlo. **Desearía poder escapar del castillo, del clan, de la familia. De todo lo que se había convertido en su vida.**

—Nada está pasando —dijo finalmente, aunque sabía que no era cierto.

Duncan la miró por un momento largo, como si quisiera leerla, como si pudiera ver más allá de lo que decía. Isabel sintió la presión de su mirada, como si sus pensamientos estuvieran al descubierto. Pero, al final, Duncan solo asintió.

—Está bien —dijo en voz baja—. Pero recuerda que te estoy observando.

Isabel no respondió. No sabía qué responder. **Porque no tenía respuestas.**

Y se dio cuenta, por primera vez en mucho tiempo, que quizás ni siquiera ella misma sabía lo que estaba ocurriendo.

11

La lucha interna de Isabel

Isabel se despertó en medio de la noche, sudor fría cubriéndole la piel, con el corazón acelerado y el aliento entrecortado. **El sueño la había abandonado hacía horas, pero su mente seguía atrapada en un ciclo constante de pensamientos y emociones.**

Aidan.

Cada vez que cerraba los ojos, lo veía: sus ojos grises, su sonrisa ladeada, la forma en que se había acercado a ella en el bosque. **El beso.**

Había sido un impulso, una fracción de segundo en la que sus cuerpos se habían acercado, se habían tocado, se habían querido, sin que ella pudiera hacer nada para detenerlo.

Pero había algo más que el simple beso. Algo que la invadía por completo cada vez que pensaba en él. **Una sensación extraña, peligrosa, que le recorría las venas, un deseo que no podía entender.**

¿Cómo podía quererlo?

No era solo la atracción física. No se trataba solo de lo que había sentido en el momento, del calor de sus labios, de la electricidad que la había recorrido de pies a cabeza.

Se sentía culpable. **Por desearlo.**

Lo había sabido desde el primer momento que se había encontrado con Aidan en el bosque. **Él no era el tipo de hombre que debía interesarla.** Y sin embargo, había algo en él que la llamaba, algo que no podía explicar. **Algo que la aterraba.**

Porque si algo estaba claro, era que **Aidan Brody no era parte de su mundo.**

Él no estaba atado a las mismas reglas que ella. No tenía las mismas obligaciones, las mismas expectativas. No era un guerrero del clan MacGregor, no vivía entre muros de piedra, no estaba atrapado en un destino que le había sido impuesto.

Aidan era **libre.**

Y ella no lo era. **Nunca lo había sido.**

Isabel sintió el peso de la culpa aplastarla. **Había sido criada para ser una buena hija, para seguir las reglas, para obedecer. No podía desear algo que no estaba permitido. No podía entregarse a un hombre que no era de su mundo.**

Se levantó de la cama, los pies descalzos tocando el suelo frío del castillo. Caminó hacia la ventana y miró al exterior, la luz tenue de la luna iluminando las tierras. El castillo estaba tranquilo, pero dentro de ella, **todo era un torbellino.**

¿Qué haría?

Sabía que no podía seguir ignorando lo que sentía. Sabía que cada vez que veía a Aidan, una parte de ella se rebelaba, **se liberaba.** Pero también sabía que **no podía permitirse seguir adelante con esto.**

Porque si lo hacía, estaría poniendo en peligro todo lo que había conocido, todo lo que Duncan había construido para ella. **Todo lo que su familia esperaba de ella.**

Y, sin embargo, el deseo persistía. **El deseo de estar con él, de conocerlo más allá de lo que su hermano y el clan le permitían.**

De ser libre.

Isabel apretó los dientes y cerró los ojos. **Tenía que detenerse.**

* * *

Isabel había hecho todo lo posible para mantenerse alejada de Aidan. Cada vez que salía al bosque, lo evitaba deliberadamente. Caminaba más rápido, tomaba rutas diferentes, y cuando, inevitablemente, se encontraba con él, respondía con monosílabos, esquivaba su mirada, y se marchaba tan rápido como podía.

Pero Aidan no la perseguía.

No insistía en detenerla ni en forzar la conversación. Sabía perfectamente que ella se estaba apartando de él. Sabía que sus encuentros, que en el pasado parecían ser una casualidad del destino, ahora eran cualquier cosa menos eso. **Lo que había comenzado como un encuentro ocasional se estaba transformando en algo mucho más profundo, y Isabel lo estaba rechazando.** Pero, en lugar de luchar contra ella, Aidan la dejaba ir, como siempre lo hacía, sin presionarla.

Sin embargo, eso no significaba que fuera fácil para él.

Aidan no era tonto. **Él sabía lo que había entre ellos.** Sabía que la atracción que compartían era inevitable, y también sabía que Isabel se encontraba en una guerra interna consigo misma, que no quería aceptar lo que sentía, que no quería enfrentarse a lo que estaba naciendo entre ellos. **Él la veía, la entendía, pero la dejaba ser.** Sin embargo, eso no aliviaba el dolor que sentía al verla apartarse, al ver cómo ella misma se alejaba de algo que, sin duda, ambos deseaban.

Aidan entendía que Isabel estaba en guerra consigo misma, que no quería aceptar lo que sentía, que no quería enfrentarse a la conexión que se estaba formando entre ellos. **Pero también sabía que no podía forzarla a hacer algo que no estaba lista para hacer.** Solo podía esperar.

A lo largo de esos días, cuando Isabel llegaba al bosque, Aidan ya no estaba esperando una señal de ella. Simplemente estaba allí, en su propio espacio, ya sea afilando una daga o limpiando el cuchillo con el que había cazado algo por la mañana. **Nunca la llamaba.** Y eso, de alguna manera, la hacía quedarse. Aunque sus encuentros ya no fueran casuales, aunque su presencia comenzara a pesarle, Isabel sentía que no podía irse. **Había algo en él que la entendía de una manera que nadie más lo hacía.**

Una tarde, mientras ella pasaba junto a él, apenas levantando la vista, Aidan la llamó.

—Isabel.

Ella se detuvo, y por un segundo, sus ojos se encontraron. Fue solo un parpadeo, una chispa fugaz, pero **Aidan lo vio.** Lo vio en su mirada, en la forma en que se apartó inmediatamente, como si intentara apagar algo que se estaba encendiendo entre ellos. **Ese momento fue suficiente para él.**

—¿Sí? —respondió ella, con la voz tensa, manteniendo la distancia como un muro invisible. Aidan la observó, su expresión grave, consciente de lo que había entre ellos y de lo que necesitaba decir, pero también de lo que debía permitirle a Isabel.

—No tienes que seguir huyendo —dijo él finalmente, su tono bajo pero firme. Fue una afirmación más que una sugerencia.

Isabel sintió un estremecimiento recorrer su cuerpo. **¿Cómo podía decirlo con tanta certeza?** ¿Cómo podía él ver a través de ella, cuando ella misma estaba luchando por comprender lo que sentía?

—No estoy huyendo —respondió, pero su voz sonó vacía, incluso para ella misma. Intentó convencerlo, pero las palabras no tenían la fuerza suficiente. **Aidan ya lo sabía.**

Aidan dio un paso hacia ella, y por un momento, Isabel pensó que iba a acercarse más, que la tomaría de la mano o la obligaría a mirarlo de nuevo. Pero él no lo hizo. **Se detuvo justo a unos centímetros de ella**, manteniendo una distancia

que parecía respetar, como si hubiera entendido que Isabel no estaba lista para dar ese paso, o no sabía si quería darlo.

—Lo sé —dijo, en un susurro casi imperceptible—. Pero no me engañes. No te engañes a ti misma.

Isabel sintió un nudo en el estómago. **¿Por qué él podía ver lo que ella misma no quería admitir? ¿Por qué era tan claro para él?** Cada palabra de Aidan resonaba en su mente, y ella lo odiaba por ser tan cierto, tan... directo. **¿Cómo podía él desarmarla de esta manera?**

Se apartó de él, sin saber qué hacer con la tormenta de emociones que se desató en su pecho. No quería sentir lo que sentía. No quería admitir lo que estaba pasando entre ellos, porque **admitirlo significaba enfrentarse a la verdad, y la verdad era algo que Isabel no podía controlar.**

Aidan no la detuvo. No la siguió, ni le exigió respuestas. **Él la dejó ir, como siempre lo hacía.** Sabía que la única forma de llegar a Isabel era dándole espacio, pero también sabía que no iba a ser fácil. **Isabel necesitaba entender lo que quería, lo que sentía, antes de que pudiera aceptarlo.**

Él la observó alejarse, cada paso que daba llevándola más lejos, y sin embargo, Aidan sentía que, en cierto modo, ella ya no podía escapar. **Al igual que el lobo en el bosque, no podía ignorarlo por más tiempo.**

* * *

A medida que los días pasaban, Isabel sintió que el peso de sus propias decisiones la aplastaba cada vez más. **Las huídas, los encuentros furtivos en el bosque, las largas caminatas por la oscuridad: todo se había vuelto un ciclo que ya no podía controlar.**

Lo peor no era la huida en sí. Era el hecho de que, cada vez que regresaba al castillo, **no podía dejar de pensar en Aidan.**

No pensaba en lo que había hecho ni en lo que había sentido. **Pensaba en él.**

Y lo odiaba por eso. Lo odiaba por hacerle sentir algo que no quería, que no debía sentir. Pero aún así, no podía detenerse. **¿Cómo podría detenerse?**

Cada vez que lo veía, que lo encontraba en los rincones del bosque, sentía una fuerza tirando de ella. No era solo atracción. **Era una conexión.** Algo que no podía definir ni entender, pero que **la hacía sentirse viva.**

Aidan la había desarmado sin esfuerzo. No con palabras dulces ni promesas vacías. **Solo con su presencia.** Con la forma en que la veía, con la manera en que aceptaba su lucha sin juzgarla.

Pero **Isabel no podía seguir enfrentándose a sí misma de esa manera.**

Un día, después de un desayuno silencioso en la gran sala, se levantó de la mesa antes de que Duncan pudiera decirle nada sobre su última escapatoria. **Aquel día había sido peor que los anteriores, porque Duncan la había observado con más intensidad que nunca.**

No quería enfrentarse a sus ojos, a la forma en que la estudiaba, a la forma en que lo que sucedía entre ella y Aidan estaba empezando a volverse obvio para todos. **Incluso para él.**

Isabel salió apresuradamente, ignorando las miradas de los sirvientes y las mujeres que se encontraban en el pasillo. **Tenía que huir.**

Al principio, pensó en el bosque, en el lugar donde siempre podía encontrar algo de paz. Pero luego recordó algo que Aidan había dicho: **"Siempre hay una respuesta, lo difícil es aceptarla."**

¿Estaba huyendo?

Esa pregunta la perseguía cada vez que se encontraba a solas. Porque **no solo huía del castillo y del mundo que Duncan representaba.** Huía de lo que había comenzado a despertar en ella.

¿Por qué no podía simplemente aceptar lo que sentía?

Isabel caminó por el patio del castillo, su mente llena de confusión, y cuando alcanzó la puerta lateral, **no pensó en lo que estaba haciendo.** Solo la cruzó y siguió caminando.

No sabía adónde iba. Solo sabía que **no podía quedarse.**

El aire fresco del bosque la envolvió, pero Isabel no sentía alivio. **Solo un vacío creciente.** Cada paso que daba la llevaba más lejos del castillo, de la vida que había conocido, y más cerca de una verdad que temía enfrentar. **Temía lo que sentía por Aidan.**

El sonido de sus pasos sobre la tierra húmeda era el único acompañamiento a sus pensamientos, que giraban una y otra vez sobre sí mismos. A veces, deseaba poder detener todo lo que había comenzado, volver atrás y nunca haber cruzado ese umbral que la había llevado a conocerse a sí misma de una manera que no quería comprender.

Pero **no podía detenerse.**

Cuando miró hacia atrás, el castillo ya estaba fuera de su vista, perdido entre los árboles, y con ello, **su sensación de libertad aumentaba.** Pero también lo hacía su ansiedad. **Cada vez que se alejaba de él, sentía que el peso de su familia, de su hermano, de las expectativas, se hacía más grande.**

Isabel se encontraba de pie en el borde del claro, el viento que atravesaba los árboles moviendo las hojas con suavidad, como si la naturaleza misma respirara en sincronía con su agitada mente. El sol se estaba poniendo, tiñendo el cielo de tonos naranja y púrpura, mientras las sombras del bosque se alargaban, cubriéndolo todo en un manto de quietud. **Pero Isabel no sentía paz.** Cada vez que miraba el paisaje frente a ella, veía la misma confusión que había comenzado a invadir su alma desde el momento en que se encontró con Aidan en el bosque por primera vez.

¿Por qué no podía dejar de pensar en él?

Aidan. Su presencia, su manera de ser, tan diferente a todo lo que conocía. Isabel había tratado de evitarlo, se había alejado cada vez que lo veía, había huido hacia los rincones

del castillo o el convento, donde el peso de las expectativas no la dejaba respirar. Pero siempre volvía al bosque. Siempre encontraba excusas para cruzarse con él, para quedarse en su compañía, incluso cuando su mente le gritaba que no debía hacerlo.

El aire fresco de la tarde no la tranquilizaba. Se acercó a la orilla del pequeño arroyo que cruzaba el bosque, mirando el agua correr, pero no veía nada claro. **Su mente seguía atrapada entre lo que sentía por Aidan y lo que creía que debía sentir.**

Lo que había comenzado como una serie de encuentros casuales se había convertido en algo más, algo que no podía definir, algo que la estaba desbordando. **La conexión con Aidan ya no era solo física, no era solo la atracción que ambos compartían.** Era más profundo, más aterrador. **Lo deseaba, lo necesitaba**, y eso la asustaba más que cualquier otra cosa.

Isabel sintió que su respiración se aceleraba. **La culpa volvía a inundarla.** Había sido criada con la idea de que el amor verdadero era algo puro, algo que solo se debía dar a aquellos con los que compartes tu destino. El amor en su familia había sido siempre complicado, lleno de sacrificios y decisiones difíciles, pero era un amor que la había guiado durante toda su vida. **Y ahora, ella se veía atrapada entre un amor que no podía tener y una pasión que no podía controlar.**

¿Qué significaba todo esto?

La figura de Aidan apareció de repente entre los árboles, como siempre, inesperado, tan cerca de ella como si hubiera estado allí todo el tiempo. Isabel sintió que su corazón dio un vuelco, y por un momento, olvidó todo lo demás. **Estaba allí.** Estaba con ella, como siempre, sin hacer preguntas, sin exigencias. Solo estaba... presente.

Aidan se acercó lentamente, como si la estuviera dejando decidir qué hacer. Isabel no sabía si huir o quedarse, si enfrentarse a lo que estaba sintiendo o seguir viviendo en

negación. **Cada día que pasaba sin admitir lo que sentía, se volvía más difícil.**

—Isabel —dijo él, su voz baja, sin prisa, sin presión. **Aidan nunca la apresuraba.** Solo la miraba con esa intensidad tranquila que la hacía sentir tan vulnerable, pero a la vez, tan comprendida.

Isabel lo miró, y por primera vez, se dio cuenta de lo que había estado evitando. **Aidan la veía.** La veía realmente. No la trataba como la hermana de Duncan ni como una desconocida. La veía como una persona, como alguien capaz de elegir por sí misma. **Y eso la desarmaba más que cualquier otra cosa.**

—Aidan —respondió ella, su voz temblorosa, como si finalmente pudiera decir lo que llevaba guardado tanto tiempo.

Él dio un paso hacia ella, y el espacio entre ellos se redujo hasta que solo quedaban unos centímetros. **El deseo se volvía más palpable con cada segundo que pasaba.** Isabel cerró los ojos por un momento, tomando aire, intentando ordenar sus pensamientos, pero todo lo que sentía era él, su cercanía, su olor, su presencia.

—No tienes que hacer esto —dijo Aidan, su tono grave y sincero. **Era una invitación, no una demanda.** Isabel lo miró, y lo vio de manera diferente por primera vez. **Él la respetaba, no la apresuraba.**

Isabel se sintió más perdida que nunca. **No sabía si debía seguir resistiéndose, si debía seguir huyendo de lo que sentía.** Pero también sabía que cada vez que lo veía, cada vez que sentía su mirada en ella, algo dentro de ella se rompía, y no podía ignorarlo.

—**¿Qué pasa si me quedo?** —preguntó Isabel, sin saber si realmente esperaba una respuesta o si solo estaba buscando una excusa para dar un paso más allá.

Aidan la observó en silencio durante un momento, como si estuviera evaluando su pregunta, como si estuviera buscando las palabras correctas para responder.

—Lo que pase entre nosotros es tu decisión, Isabel —dijo finalmente, su voz suave pero cargada de significado. **No había prisa en su respuesta, solo aceptación.**

Isabel se sintió como si le hubieran quitado un peso de encima. Aidan no la forzaba, no le exigía nada. **Él la aceptaba tal como era.** Y aunque las palabras no eran suficientes para describir lo que sentía, lo que realmente quería decir, algo dentro de ella ya había tomado una decisión.

La distancia entre ellos desapareció cuando Isabel dio un paso adelante, acercándose a él. Sus labios se encontraron en un beso suave, primero tímido, como si ambos estuvieran esperando una señal, y luego más profundo, más urgente, como si se liberaran de una carga que los había mantenido alejados demasiado tiempo.

No fue solo el deseo lo que los unió en ese momento. Fue el reconocimiento mutuo de lo que ambos necesitaban. Isabel entendió que, por fin, estaba lista para enfrentar lo que sentía. **Ya no quería huir más.**

Cuando se separaron, Isabel sintió que algo en ella había cambiado. **El miedo que había sentido desapareció por completo.** Ahora solo quedaba la verdad. La verdad de lo que quería, de lo que necesitaba. Y esa verdad, aunque aterradora, la hacía sentirse más libre que nunca.

—¿Estás segura de lo que quieres? —preguntó Aidan, su voz suave, casi como si temiera que ella no estuviera lista.

Isabel lo miró, y por primera vez en mucho tiempo, **no sintió miedo.**

—Sí —respondió, con una certeza que la sorprendió incluso a sí misma. **Ahora sabía lo que quería.**

12

El momento en que todo cambia

Isabel se separó lentamente de Aidan, el ardor de su piel todavía sintiendo el contacto de su cuerpo contra el suyo. **El beso había sido un torbellino** que la había dejado sin aliento, y mientras se alejaba, su mente comenzó a colapsar bajo el peso de lo que acababa de ocurrir. **El deseo estaba allí, palpable en el aire, innegable, pero Isabel no estaba lista para aceptarlo.** ¿Cómo podía estarlo? Ella no había sido criada para esto. Ella no había sido criada para desearlo.

Aidan la observaba en silencio, sin moverse, sin decir una palabra. Solo su mirada, oscura y profunda, lo decía todo. Isabel, temblando ligeramente, apartó la vista, intentando ocultar la vulnerabilidad que sentía, pero era inútil. La intensidad entre ellos era como una cuerda tensa, un hilo invisible que los unía, y por un momento, ella no sabía si quería soltarse de él o aferrarse aún más.

¿Por qué le sucedía esto? Isabel se preguntaba mientras el latido de su corazón resonaba en sus oídos. **Nunca había sentido algo tan abrumador.** Nunca había tenido esa necesidad visceral de estar cerca de alguien, de ser tocada, de ser deseada de esa forma. La culpabilidad la carcomía, pero el deseo, **el deseo era más fuerte.**

Aidan dio un paso hacia ella, rompiendo la distancia que ella había intentado crear. **No la miraba con reproche, no la presionaba.** Había algo en su calma que la hacía sentirse aún más expuesta. Isabel podía sentir cómo su respiración se agitaba de nuevo mientras Aidan la observaba. Él no decía nada, **pero estaba allí, con esa presencia tan fuerte que la absorbía por completo.**

—**¿Estás segura de todo esto?** —dijo él, su voz bajo, casi un susurro. Isabel no sabía si se refería al beso, al deseo, o a ella misma, pero sus palabras la golpearon directamente en el pecho. **¿Por qué no podía detenerse?**

Isabel apartó la vista, buscando una excusa, buscando algo que la ayudara a salir de ese momento, a alejarse de la situación que se estaba creando entre ellos. **Pero no podía.** Aidan ya no estaba ahí solo para ella. No era solo el hombre al que su cuerpo respondía con cada movimiento, con cada mirada, con cada roce. Ahora era **algo más**. Él representaba la tentación y la libertad, el refugio y la pérdida.

—**No puedo, Aidan.** —Isabel apenas pudo decirlo, su voz rota y temblorosa. **El miedo la invadía, pero también una necesidad, un hambre que no podía ignorar.**

Aidan, que se había acercado lo suficiente como para sentir su respiración, levantó una mano y rozó su mejilla con la yema de los dedos. Isabel cerró los ojos ante el contacto, como si su piel estuviera ardiendo. **¿Cómo podía algo tan simple, tan insignificante, hacerla sentir tan viva?**

—**No tienes que temerme** —dijo él, su tono bajo, suave, como si intentara calmarla, como si quisiera que se dejara llevar. Isabel abrió los ojos y lo miró, buscando en su rostro alguna señal de que no estaba cometiendo un error, alguna muestra de que esto no era solo una fantasía. Pero lo único que vio en sus ojos fue lo mismo que había visto en el bosque, esa profunda certeza de que ambos deseaban lo mismo.

Lo deseaba.

Isabel tragó saliva, sus labios secos por la tensión. Se acercó a él, sus pasos lentos, como si no pudiera evitarlo.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, se permitió dar ese paso que había estado evitando. Su mano alcanzó el pecho de Aidan, rozando su camisa, sintiendo el calor de su cuerpo a través del tejido. Él no se movió, solo la observaba, sin apartar la mirada, como si esperara que ella tomara el siguiente paso.

Isabel cerró los ojos un momento, dejando que su mano se deslizara hacia su cuello, como si esa acción pudiera borrar todas las dudas que la invadían. **No estaba lista para lo que sentía, pero no podía detenerlo.** Los labios de Aidan se acercaron a los suyos nuevamente, y esta vez, no fue un beso tímido ni vacilante. Fue un beso lleno de pasión, lleno de todo lo que ambos deseaban, de todo lo que se había acumulado entre ellos y que finalmente había estallado.

El mundo desapareció. Los pensamientos, las preocupaciones, las reglas, todo se desvaneció en el aire, dejando solo la sensación de sus cuerpos. Isabel se entregó al beso, a la caricia, al roce. **Y por primera vez en mucho tiempo, no se sintió perdida.** No se sintió como si estuviera equivocada, como si estuviera rompiendo algo. Estaba viviendo, respirando, sintiendo. Y nada más importaba.

Aidan la sujetó con firmeza, sus manos recorriendo su espalda, como si intentara memorizar cada centímetro de su piel. Isabel respondió de inmediato, sus dedos deslizándose por su cuello, sintiendo la fuerza de su cuerpo, la calidez de su piel. Todo en ella se encendió, se avivó con cada toque, con cada suspiro que escapaba de sus labios.

¿Por qué había esperado tanto para dejarse llevar? ¿Por qué había resistido tanto? En ese momento, no podía pensar en nada más que en lo que estaba sucediendo entre ellos, en lo que estaba compartiendo con él. Isabel se sintió más viva que nunca, más completa que nunca. El deseo la envolvía por completo, y lo abrazó sin reservas.

Aidan, con una suavidad que no esperaba, la condujo hacia el suelo, sus cuerpos cayendo sobre la hierba suave. El contacto fue inmediato, como si todo en ellos hubiera estado esperando ese momento. Isabel sentía su corazón latiendo

con fuerza, pero esta vez no era miedo lo que sentía. Era anticipación. Deseo. La necesidad de estar cerca de él, de ser parte de él.

Isabel levantó la cabeza para mirarlo, buscando en sus ojos alguna señal de que no estaba sola en este deseo. **Y allí estaba, en esos ojos profundos, el reflejo de lo que ella sentía.** Él la quería, la deseaba, y no tenía miedo de admitirlo.

No tenía miedo.

El aire que rodeaba a Isabel y Aidan parecía haberse detenido por completo, como si el mundo alrededor de ellos ya no existiera. **La tensión, palpable e irresistible, creció entre ellos hasta convertirse en un torrente que los arrastró sin remedio.** Isabel sentía su corazón latir con fuerza, y su cuerpo reaccionaba a la proximidad de Aidan como si hubiera estado esperando este momento toda su vida. El deseo la envolvía, y ya no sabía cómo resistirse a él.

Aidan la observaba, su mirada fija en la suya, como si estuviera esperando un permiso, un pequeño gesto de su parte. Isabel, aunque temblorosa, **sintió que no había vuelta atrás.** Todo en ella le pedía ceder, se sentía viva, por fin despierta, y lo único que deseaba era sentirlo cerca, **dejar que él fuera el que la guiara, que la llevara a donde ya no se sentía culpable por quererlo tanto.**

Aidan se acercó a ella con lentitud, cada paso suyo una promesa, un pacto tácito que ambos entendían sin palabras. **Sus cuerpos estaban tan cerca ahora que Isabel podía sentir el calor de su piel, la suavidad de su respiración, la calma y la certeza con la que él la tocaba.** Cuando sus manos finalmente se encontraron, Isabel no pudo evitar un leve suspiro de alivio. **Era como si todo en ella hubiera estado esperando este toque, este contacto.**

—**Isabel…** —dijo él, con su voz grave, como un susurro que la acariciaba. **Aidan no la apresuraba, no la presionaba**, pero Isabel podía sentir cómo la urgencia crecía dentro de ella.

—**Quiero estar contigo.** —Isabel apenas reconoció su propia voz. Había sido un susurro, casi una confesión, algo que nunca se había atrevido a decir en voz alta. **Nunca había hablado de sus deseos, nunca había permitido que su corazón se mostrara tan vulnerable.**

Aidan la miró fijamente, sus ojos brillando con una mezcla de deseo y algo más, algo profundo que Isabel no podía comprender del todo. **Él había esperado todo este tiempo.** Sabía que Isabel no estaba lista, pero también sabía que no había nada más que pudieran hacer para detener lo que sentían el uno por el otro. Cuando su mano encontró el rostro de Isabel, **su toque fue suave, pero firme**, como si quisiera asegurarse de que ella estuviera segura, de que ella realmente quería esto.

Isabel cerró los ojos por un momento, dejándose llevar por la suavidad de su toque. Cuando sus labios se encontraron de nuevo, **el mundo a su alrededor desapareció**. Era solo él y ella. **El calor de su cuerpo, el roce de su lengua, el sabor a libertad en cada beso**. Isabel no necesitaba más. **No importaba la culpa que la perseguía, ni el miedo que había estado apoderándose de ella.** En ese momento, solo existía el deseo, la conexión pura que la unía a Aidan de una manera que no podía explicar.

Aidan, con una suavidad que Isabel no había esperado, comenzó a deshacer los lazos que la mantenían vestida. **Cada prenda que caía era como una liberación**, no solo de su ropa, sino de las barreras emocionales que había mantenido erigidas a lo largo de los años. **Nunca había estado tan expuesta, tan vulnerable, pero también se sentía más viva que nunca.**

Cuando Aidan deslizó una mano por su espalda, Isabel se estremeció. **El roce de su piel contra la suya la hacía sentir como si el mundo estuviera cambiando a su alrededor**, como si todo lo que había sido antes de ese momento ya no importara. Ella se permitió cerrar los ojos por un segundo, dejándose llevar por la sensación. **Lo deseaba.** No solo por el

deseo físico, sino por lo que él representaba: la libertad, el abandono de todas las expectativas que la habían condicionado.

Isabel lo atrajo hacia ella, deseando sentir más de él, de su cuerpo, de su calor. **Aidan no la detuvo.** En cambio, la rodeó con sus brazos, acercándola a él con una seguridad que la hizo sentirse como si nada pudiera dañarla. En ese instante, Isabel ya no pensaba en lo que se esperaba de ella. **Solo pensaba en lo que quería.** Quería estar con él, dejarse llevar, sentir cómo el deseo la invadía, sin frenos, sin restricciones.

La sensación de su cuerpo contra el suyo la desbordaba. **Era como un fuego que se extendía por cada centímetro de su piel, un calor que la envolvía y la consumía a la vez.** Isabel sintió sus manos sobre ella, explorando, aprendiendo cada curva de su cuerpo. **Y aunque nunca antes se había sentido tan vulnerable, tan expuesta, también nunca se había sentido tan plena, tan completa.** Cada beso, cada caricia, la llevaba a un lugar desconocido, a un mundo que, hasta ese momento, le había sido vedado.

Aidan la besó con una intensidad que la hizo perder el aliento, sus labios deslizándose sobre los suyos, suavemente al principio, y luego con una urgencia que la hizo temblar. Isabel respondió, no con dudas, sino con el mismo deseo, la misma necesidad que él había despertado en ella. Sus cuerpos se movían juntos, como si ya no quedara espacio entre ellos. **Todo lo que había entre ellos se disolvió en ese momento.** Lo único que quedaba era el deseo, el deseo de estar juntos, de explorar ese nuevo vínculo que los unía.

El espacio entre ellos se desvaneció por completo cuando Aidan la abrazó con más fuerza, sus cuerpos finalmente alineados, como si todo en el universo hubiera conspirado para reunirlos. Isabel sintió el calor de su piel, la suavidad de sus manos que la tocaban con una ternura que la sorprendió. **Cada roce, cada suspiro, parecía llenar un vacío que ella no sabía que existía.** Su cuerpo respondía a él de una forma que

jamás había anticipado, como si el deseo estuviera profundamente arraigado en su ser.

Aidan no la apresuraba, no la presionaba. **Él la guiaba con suavidad, asegurándose de que cada paso que daban juntos estuviera marcado por el respeto y la paciencia.** Isabel podía sentirlo, su cercanía, el peso de su respiración, y, por un instante, se sintió más vulnerable que nunca. **Nunca había sentido que alguien la veía completamente**, pero en los brazos de Aidan, no sentía miedo. En lugar de eso, experimentaba una sensación de liberación, de abandono.

Isabel se entregó al momento, dejándose llevar por la intensidad del deseo que se desbordaba entre ellos. **Cada roce de su piel, cada contacto entre sus cuerpos, parecía encender algo en su interior.** Aidan la tocó con suavidad, su cuerpo tan cercano al de ella que Isabel podía sentir cómo el pulso de él se aceleraba con la misma rapidez que el suyo. **Todo parecía un suspiro en el aire, un movimiento fluido que no dejaba espacio para más pensamientos.**

A medida que sus cuerpos se encontraban más profundamente, Isabel sintió cómo la conexión entre ellos se intensificaba. **No solo era el deseo físico, era algo mucho más profundo, algo que la unía a Aidan en una forma que no podía explicar.** No era solo el roce de la piel, ni el calor de sus cuerpos desnudos. Era la sensación de estar por fin completa, de que todo en su vida había sido un preludio para este momento, para este encuentro.

Aidan, con cada beso y cada caricia, la llevó más allá de sus miedos, más allá de las inseguridades que siempre la habían definido. Isabel ya no estaba luchando contra sí misma. **Se entregó sin reservas**, sin preocuparse por lo que venía después, solo dejándose llevar por la fuerza de lo que sentía. Aidan la tocaba como si no hubiera un mañana, como si este momento fuera el único que importara. **Y para Isabel, era así.**

A medida que Aidan la exploraba, sus movimientos eran suaves pero firmes, como si estuviera seguro de lo que quería, de lo que deseaba, pero siempre respetando el ritmo de Isabel.

Cada caricia parecía hablarle al alma, cada beso a su piel le decía que finalmente podía ser ella misma. No había palabras entre ellos, solo sus cuerpos hablando en el idioma de la pasión.

Isabel sintió cómo sus cuerpos se alineaban, cómo la intensidad del momento aumentaba, arrastrándolos a un lugar donde el deseo ya no tenía restricciones. **Cada beso, cada toque, se convirtió en una liberación**, como si sus almas estuvieran entrelazadas en una danza que solo ellos entendían. La culpa, el miedo, todo eso se desvaneció con cada movimiento, con cada roce, hasta que solo quedaba la necesidad de estar juntos, de compartir ese momento de pura conexión.

Aidan la tocó con una delicadeza que la hizo sentir más vulnerable que nunca, pero al mismo tiempo, la hizo sentir poderosa. **Nunca había experimentado algo tan intenso, tan real.** A medida que sus cuerpos se movían al unísono, Isabel dejó de pensar en lo que había sido su vida antes, en lo que se esperaba de ella. **Todo lo que quedaba era el aquí y el ahora.**

Cuando Aidan la acercó aún más a él, Isabel sintió cómo todo se desvanecía a su alrededor. El único sonido que quedaba en el aire era su respiración entrecortada, el suave murmullo de sus labios rozándose, y los latidos acelerados de sus corazones. **No había pasado ni futuro, solo el deseo y la conexión.**

Isabel se rindió a ese momento. Dejó que él la guiara, que la llevara hasta donde el deseo los llevara. No tenía miedo. **La liberación que sentía al estar con él, al compartir este momento, era todo lo que necesitaba.** Y cuando finalmente ambos alcanzaron la cúspide de su pasión, fue como un estallido silencioso, una liberación que llenó sus cuerpos de una sensación indescriptible, de plenitud.

El mundo pareció detenerse por un segundo. Isabel se sintió completamente conectada con él, como si el espacio y el tiempo se hubieran desvanecido, dejándolos solo a ellos, en

ese rincón del bosque, donde finalmente podían ser libres de todo lo que los ataba.

Isabel se apartó lentamente de Aidan, su cuerpo aún tembloroso por la intensidad de lo que acababa de vivir. **El aire del bosque ya no la envolvía con la misma frescura que antes, sino que ahora parecía cargado de algo más, algo nuevo y desconocido.** La sensación de haber cruzado una línea, de haber dado un paso irreversible, la abrumaba. **Se sentía como si todo lo que había conocido, todo lo que había sido antes de este momento, hubiera quedado atrás.** Aún sentía el calor de su cuerpo, las huellas de su deseo en cada parte de ella, y al mismo tiempo, una oleada de vulnerabilidad la envolvía, dejándola más expuesta de lo que jamás se había permitido estar.

Aidan no la detuvo. **Él no la miró con la intensidad que lo había hecho antes.** Su rostro estaba más suave, más relajado, como si el peso de lo que había sucedido entre ellos también lo hubiera afectado, aunque no de la misma manera. **Isabel se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no sentía miedo, pero sí algo que no sabía cómo identificar.**

Miró a Aidan desde donde estaba, aún sin atreverse a acercarse más. **No podía borrar lo que acababa de suceder, lo que habían compartido.** En su corazón, había una mezcla de sensaciones que no podía entender: una mezcla de deseo, satisfacción, y, al mismo tiempo, una sensación que la hacía sentirse pequeña y expuesta.

Aidan dio un paso hacia ella, su presencia serena y tranquila. **No había agresividad en su comportamiento, ni prisa.** Solo la certeza de que ambos sabían lo que había sucedido, pero ninguno de los dos sabía cómo seguir después de este punto de inflexión.

—**¿Estás bien?** —preguntó él, su voz suave, casi susurrante, como si no quisiera interrumpir el momento en que ella aún estaba procesando todo lo que había ocurrido.

Isabel lo miró, sus ojos buscando respuestas, buscando alguna certeza que no sabía si podría encontrar. **No sabía si estaba bien, si debía sentirse bien.** Había entregado su cuerpo a él, pero algo en su interior aún la hacía sentir como si estuviera atrapada entre dos mundos. Uno donde lo que acababa de pasar entre ellos era una liberación, y otro donde no estaba lista para enfrentarse a las consecuencias emocionales de ese encuentro.

—**No sé qué hacer ahora.** —La confesión salió de sus labios sin que pudiera detenerla, como una verdad que había estado escondida demasiado tiempo. **No sabía cómo encajar lo que sentía en su vida anterior, en su vida dentro del castillo, con su hermano y las expectativas de su familia.** No sabía cómo explicarle a Aidan lo que acababa de cambiar dentro de ella, porque, aunque él lo hubiera percibido, ella aún no podía encontrar las palabras adecuadas.

Aidan la miró con una paciencia infinita, sin apresurarla, sin presionarla para que hablara. **Sabía que Isabel no estaba lista para asumir lo que sentía, pero la aceptación en su mirada le ofreció algo que Isabel nunca había conocido.** Era la oportunidad de ser ella misma, sin tener que esconderse detrás de máscaras o comportamientos impuestos.

—**No tienes que decidir nada ahora.** —Aidan dio otro paso hacia ella, pero esta vez no la tocó. Solo se acercó, su presencia aún poderosa, pero respetuosa de su espacio. —**Solo déjate sentir lo que sientes, Isabel. No tienes que tener todas las respuestas ahora.**

Isabel sintió que algo en su pecho se aflojaba. **La inseguridad que había estado cargando se desvanecía lentamente**, como una niebla que desaparecía con el sol de la mañana. **Aidan no la estaba presionando para decidir, ni la estaba culpando.** La estaba dejando ser, la estaba dejando sentir sin juzgarla.

Pero entonces, el miedo regresó, como una sombra que se levantaba de nuevo. Isabel apartó la vista de Aidan, mirando al suelo, como si eso pudiera ayudarla a ordenar sus

pensamientos. **¿Qué significaba esto? ¿Qué significaba estar con él?**

—**No sé si puedo hacerlo.** —La voz de Isabel era baja, casi un susurro, pero llena de una verdad que la atravesaba. —**No sé si puedo seguir adelante con esto. No puedo dejar de pensar en lo que he hecho, en lo que esto puede significar para mi vida, para mi familia.**

Aidan la observó en silencio, y por un momento, Isabel temió que él la rechazara, que lo que había entre ellos fuera solo un capricho, algo pasajero. Pero en lugar de apartarse, Aidan simplemente la miró con comprensión.

—**No te obligues a tomar decisiones que no estás lista para tomar.** —Su voz era firme, pero no dura. —**El miedo solo nos aleja de lo que realmente necesitamos.**

Isabel sintió un nudo en la garganta, como si todo lo que había intentado contener en su interior finalmente fuera a desbordarse. **La mezcla de culpa y deseo seguía siendo un torbellino dentro de ella**, pero por alguna razón, Aidan la hacía sentir que podía confiar en sus propios sentimientos, que podía explorar lo que sentía sin tener que temer que todo se desmoronara.

Aidan se acercó aún más, **su rostro cerca del suyo**, su respiración apenas audible. Isabel podía sentir la calidez de su cuerpo, el latido de su corazón, y la tensión que seguía entre ellos. Pero no era una tensión incómoda. **Era la tensión de la vulnerabilidad compartida**, de la aceptación de lo que había sucedido, de lo que ambos necesitaban.

—**No tienes que huir de ti misma, Isabel.** —Su voz era suave, pero llena de una autoridad tranquila que solo él poseía. —**No te castigues por lo que sientes.**

Isabel cerró los ojos, luchando por no caer en la desesperación que la amenazaba. **No quería seguir luchando contra lo que sentía**, no quería seguir con la culpa que la atenazaba. **Y, por primera vez, sintió que podía liberar ese miedo, que podía dejarlo ir.**

—**No sé cómo seguir adelante.** —La confesión era sincera, y aunque le dolía, no la temía tanto como antes. **No sabía qué pasaría con ella y Aidan, ni con lo que había entre ellos, pero por fin estaba dispuesta a enfrentarse a la verdad.**

Aidan la miró fijamente, sin decir nada por un momento, pero Isabel supo que él estaba esperando que ella encontrara su propio camino. **No necesitaba respuestas rápidas. Necesitaba tiempo. Y él le daba ese tiempo, sin apresurarla.**

Finalmente, Isabel levantó la cabeza y lo miró. **Ya no sentía miedo.** Ahora, solo sentía una necesidad profunda de ser honesta consigo misma.

—**Voy a intentar entenderlo.** —Dijo finalmente, con la voz más firme, aunque aún quebrada. —**Voy a intentar ser honesta conmigo misma.**

Aidan sonrió, su rostro suave, lleno de una comprensión que solo él podía transmitir. **Y aunque Isabel sabía que el camino sería largo y lleno de dudas, sentía que finalmente, había dado el primer paso hacia la libertad.**

* * *

Isabel despertó en medio de la noche, envuelta en la oscuridad y en el silencio del castillo, pero su mente aún vibraba con la intensidad de lo que había sucedido. **Aidan.** No podía dejar de pensar en él, en cómo sus cuerpos se habían conectado en una entrega mutua que la había dejado exhausta, pero también liberada. Sin embargo, esa liberación era solo momentánea. Cuando la oscuridad se había instalado de nuevo, **la culpa la había envuelto** como una manta fría.

¿Qué había hecho?

El encuentro con Aidan había sido todo lo que había deseado y, al mismo tiempo, todo lo que temía. Isabel cerró los ojos, pero las imágenes seguían apareciendo en su mente: **el calor de su cuerpo, la forma en que sus manos la habían tocado, la suavidad de su respiración sobre su cuello.** Cada

vez que pensaba en él, la sensación de deseo se apoderaba de ella, **pero también lo hacía la inseguridad, la duda.**

El miedo regresó rápidamente. **¿Qué significaba esto?** Isabel no había sido capaz de mantener sus distancias, **pero tampoco sabía qué hacer con lo que había despertado entre ellos.** Había algo innegable en lo que sentía, pero también había una sombra de culpa que la perseguía. **Su familia, su hermano, el destino que se esperaba de ella.**

Se levantó de la cama, moviéndose con cautela, como si el suelo mismo pudiera traicionarla. Se dirigió hacia la ventana, observando la luz de la luna que iluminaba el jardín y el bosque a lo lejos. **El bosque.** Ahí había sido donde todo había comenzado. Ahí, donde su vida parecía tan diferente, tan... libre.

Isabel sabía que debía regresar al bosque. No solo para escapar del castillo, sino para encontrarse con Aidan. No era solo un impulso físico. **Era algo más profundo**. El deseo, sí, pero también la necesidad de entender lo que había ocurrido, lo que sentía. Algo dentro de ella quería más, quería **saber qué significaba todo esto**.

Cuando Isabel salió al jardín, el aire fresco la envolvió, pero no fue suficiente para despejar sus pensamientos. **Tenía que encontrarse con él.** La sensación de estar atrapada entre dos mundos, entre el deber y el deseo, la estaba desbordando.

Caminó hacia el bosque con paso rápido, casi automático, como si el lugar ya la conociera, como si el bosque fuera su refugio, el único sitio donde podía escapar de las cadenas invisibles que la ataban en el castillo. Sabía que él estaría allí. Lo había sentido antes, y ahora, de alguna manera, lo sabía. Aidan no la buscaría, pero la encontraría, como siempre lo hacía.

Cuando llegó al claro del bosque, **lo vio a lo lejos**. Aidan estaba allí, apoyado contra un árbol, su capa oscura ondeando suavemente con el viento. **Él parecía tan seguro, tan tranquilo, mientras Isabel se acercaba.** No había palabras

entre ellos. **Aidan no la esperaba, pero no se sorprendió de verla.**

—**¿Cómo estás?** —preguntó él con su voz baja y suave, sin prisa, como si le diera el espacio que necesitaba, como si entendiera la confusión en su interior.

Isabel se detuvo frente a él, sin saber qué responder. **El peso de lo que había hecho, lo que había sentido, parecía aplastarla.** ¿Cómo podía estar bien después de haber compartido algo tan profundo, tan real con él?

—**No sé qué siento.** —La voz de Isabel tembló, sin poder esconder la duda que la invadía. **No podía ser sincera con Aidan, ni siquiera consigo misma.**

Aidan la miró fijamente, sus ojos grises capturando cada emoción que pasaba por su rostro. **Él no la presionaba.** No la obligaba a hablar, pero tampoco se alejaba. **Solo la aceptaba.**

—**No tienes que saberlo todo ahora.** —Su tono era suave, pero cargado de una comprensión que Isabel no había encontrado en nadie más. —**Solo sé que lo que ha pasado entre nosotros no tiene que ser complicado.**

Isabel lo miró con incredulidad, sin poder entender cómo podía tener tan claro lo que él estaba diciendo, cuando ella misma se sentía tan perdida. **¿Cómo podía él estar tan tranquilo? ¿Cómo podía él aceptar tan fácilmente lo que había sucedido entre ellos?**

—**No puedo seguir con esto…** —La confesión salió de sus labios con un dolor palpable. —**No sé lo que quiero.**

Aidan la miró en silencio por un momento, sin apartar los ojos de ella. Finalmente, dio un paso hacia ella, dejando que la distancia entre ambos se redujera lentamente.

—**¿Por qué no?** —preguntó, y aunque su voz era tranquila, había algo más en ella, algo que Isabel no podía negar. —**¿Por qué no puedes ser honesta contigo misma, Isabel?**

Isabel lo miró, y algo en su interior se rompió. **¿Por qué tenía que ser tan claro?** ¿Por qué Aidan podía leerla tan bien, cuando ella misma no podía entenderse? **No podía huir más de lo que sentía.**

—**Porque no puedo…** —murmuró, sus palabras llenas de dolor. **El miedo a lo que sentía por Aidan la había estado consumiendo.** No podía ser una buena hermana, una buena hija, si lo deseaba tanto. Pero no podía dejar de quererlo.

Aidan se acercó un paso más y, esta vez, **no la detuvo.** La rodeó con sus brazos, y por un momento, Isabel se dejó caer contra su pecho, sintiendo el calor de su cuerpo, el consuelo de su cercanía.

—**No tienes que pedir permiso, Isabel. No tienes que luchar con lo que sientes.** —Aidan murmuró suavemente en su oído, y su aliento cálido recorrió su cuello, haciéndola temblar. —**Solo déjate llevar, como yo lo hice.**

Isabel cerró los ojos, entregándose a esa sensación, a la tranquilidad que Aidan le ofrecía. No necesitaba más palabras. No necesitaba explicaciones. En ese momento, se permitió sentir, **solo sentir.**

Cuando finalmente se separaron, Isabel lo miró con más claridad que antes, sus ojos llenos de algo más que confusión. **Había algo más grande que los miedos que había estado luchando.**

—**¿Qué vamos a hacer ahora?** —preguntó Isabel, su voz apenas un susurro, pero con la certeza de que ya no quería huir más.

Aidan la miró, con una calma que la tranquilizó, y la besó suavemente, una vez más, como si todo estuviera bien, como si ellos fueran los únicos que importaban en ese momento.

—**Lo que quieras.** —dijo él, y en sus palabras, Isabel encontró la libertad que había estado buscando. **La libertad de ser ella misma, sin miedo.**

* * *

Isabel regresó al castillo sin saber que, mientras caminaba por el jardín en su estado de confusión, **había sido observada**. **El soldado** que había estado en las sombras del castillo

durante días, quien ya había sido testigo de sus escapatorias al bosque, ahora seguía cada uno de sus movimientos con una atención precisa. Había estado atento a cada gesto, a cada palabra compartida entre Isabel y Aidan, y lo que había presenciado lo había inquietado profundamente.

El hombre había permanecido oculto entre los árboles cercanos, justo cuando Isabel y Aidan se habían encontrado por la noche. Años de entrenamiento lo habían convertido en un experto espía, capaz de moverse en silencio y mantenerse fuera de la vista. **Esa noche había visto más de lo que debía**, pero las palabras y la cercanía entre los dos lo habían dejado claro: **Isabel y Aidan no estaban simplemente cruzándose por casualidad.**

Con cada palabra que Aidan había dicho, con cada gesto que Isabel había hecho, algo se había sellado en su mente. **No era solo un deseo pasajero.** Lo que sucedía entre ellos iba más allá de un simple encuentro furtivo. Había una conexión clara, palpable en el aire, algo que podría traer problemas al clan MacGregor, especialmente cuando se trataba de una joven como Isabel, hermana de Duncan, quien nunca había estado destinada a este tipo de complicidad. **Los riesgos eran demasiados.**

El soldado sabía que no podía quedarse callado. Había visto lo suficiente para entender que, tarde o temprano, el secreto sería descubierto, y el caos que seguiría podría destruir más que solo a Isabel. **Era el deber del clan proteger su honor, y él no podía ignorar lo que había presenciado.**

Así que, después de asegurarse de que Isabel se alejara del lugar, el soldado se dirigió hacia el castillo con rapidez, su mente llena de la información que debía compartir. **Duncan debía saber lo que había sucedido.** No podía esperar más.

El castillo, normalmente lleno de ruido y vida, parecía ahora un lugar sombrío, sus pasillos vacíos y solitarios a medida que el soldado se dirigía hacia el despacho de Duncan. **El deber era claro, pero el soldado no podía evitar sentir un peso sobre sus hombros**. Sabía que la lealtad a Duncan, su

laird, era lo primero, pero también sabía que la noticia que traía no era fácil de recibir.

Al llegar a la puerta del despacho de Duncan, el soldado tocó con firmeza, esperando a que le dieran permiso para entrar. Apenas unos segundos después, la puerta se abrió, y Duncan apareció en el umbral, su rostro serio, acostumbrado a recibir informes, pero sin saber lo que este traía consigo.

—**¿Qué sucede?** —preguntó Duncan con una mirada penetrante, ya sabiendo que algo importante estaba por revelarse.

—**Laird MacGregor,** —comenzó el soldado, su voz grave, —**He estado observando los movimientos de vuestra hermana y Aidan Brody. He visto lo suficiente como para saber que algo no está bien.**

Duncan frunció el ceño, mirando al soldado con atención. **Aidan Brody**. El nombre de ese hombre siempre había sido una sombra en su mente, y ahora sentía que algo más estaba ocurriendo entre él y su hermana.

—**¿Qué exactamente has visto?** —preguntó Duncan, su tono algo más bajo, un indicio de inquietud empezando a surgir en su rostro.

El soldado no vaciló, mantuvo su postura firme, sabiendo que el deber lo obligaba a ser claro.

—**Los he visto a ambos en el bosque, hablando a solas, alejándose del castillo sin preocuparse por las miradas de los demás.** —El soldado hizo una pausa antes de continuar, consciente de las implicaciones de lo que decía. —**No es un encuentro casual, Laird. He sido testigo de varias conversaciones entre ellos, y la forma en que se miran, cómo se buscan, no deja lugar a dudas. Hay algo más entre ellos, y creo que es más de lo que simplemente parece.**

Isabel y Aidan. La declaración lo golpeó con una fuerza inesperada. Duncan, aunque había sospechado que algo extraño pasaba entre ellos, nunca imaginó que fuera tan grave.

—**¿Cómo estás tan seguro de eso?** —preguntó Duncan, pero su voz era más dura ahora. **Algo en su interior le decía que esta situación podía ser peor de lo que pensaba.**

El soldado no dudó en responder.

—**Lo he visto con mis propios ojos.** —dijo, su rostro sombrío. —**He observado cómo se han encontrado en el bosque en más de una ocasión. No puedo decir qué exactamente sucede entre ellos, pero es evidente que hay algo más que simple amistad o intercambio de palabras.**

Duncan sintió cómo la rabia comenzaba a recorrer su cuerpo. Isabel, su hermana, la joven que había prometido proteger, estaba involucrada en algo que no podía permitir. **Aidan Brody**. No solo era un hombre ajeno a su clan, sino que **nunca lo había considerado adecuado para ella.** Pero esto... Esto era peor de lo que pensaba. No podía permitir que su hermana, **su hermana, que siempre había sido su responsabilidad**, se viera atrapada en algo que podría destruirla.

—**Gracias por la información.** —Dijo Duncan, su tono grave y decidido. —**Ahora, debemos actuar.**

El soldado asintió y se retiró en silencio, dejando a Duncan solo con sus pensamientos, su mente llena de preguntas y emociones contradictorias.

Duncan sabía lo que tenía que hacer. Esta situación no podía quedar sin respuesta. No podía dejar que Isabel fuera arrastrada por algo que podría desatar el caos en el clan, que podría arruinar la reputación de su familia.

Aidan Brody. Aidan, el hombre que estaba envuelto en una relación secreta con su hermana. Duncan no podía dejarlo pasar. No podía permitir que nada se interpusiera en el camino de la familia MacGregor, ni siquiera el deseo de su hermana.

13

La furia de Duncan

La tensión en el castillo se podía cortar con un cuchillo. Desde el momento en que Duncan había descubierto lo que había ocurrido entre Isabel y Aidan, **su furia no había hecho más que crecer.**

No era solo el hecho de que su hermana lo hubiera desobedecido, no solo el hecho de que se hubiera dejado llevar por un deseo prohibido, **sino la traición silenciosa de Aidan.** Un hombre que, hasta ese momento, había sido considerado un desconocido, un cazador sin ningún vínculo con el clan.

Pero ahora, la situación era diferente.

Aidan había cruzado una línea. **No solo se había acercado a Isabel, sino que había encendido algo en ella que ni siquiera Duncan podía controlar.**

Duncan lo sabía. **Había visto el cambio en su hermana.** Desde unos días atrás, algo había cambiado en ella. Había estado distante, más nerviosa, más huidiza. Y él sabía la razón. **Porque Aidan había tocado algo dentro de Isabel que ni él había podido tocar.**

Por eso, hizo que sus hombre buscaran a Aidan y lo llevaran al castillo para hablar con él. **No podía dejarlo ir.**

—Aidan.

La voz de Duncan resonó en el pasillo, dura y llena de autoridad. Aidan levantó la vista, su rostro inexpresivo, pero sus ojos brillaban con la misma calma tensa que siempre había tenido.

—Laird MacGregor.

Duncan dio un paso hacia él, con el rostro serio, la mandíbula tensa. Su cuerpo estaba cargado de tensión, como si en cualquier momento pudiera desatarse.

—Sé lo que ha pasado entre tú e Isabel. —La afirmación fue tajante, sin rodeos.

Aidan no mostró sorpresa. **Duncan ya lo había visto.** Pero lo que hizo a continuación sorprendió a Duncan.

Aidan dio un paso atrás, como si no estuviera interesado en la confrontación, pero la mirada en sus ojos era clara.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —preguntó, su voz sin rastro de miedo, pero con un toque de burla.

Duncan se acercó aún más, su respiración más pesada, más rápida.

—Lo que sea necesario.

Aidan alzó una ceja, pero no dio un paso atrás.

—No estás en posición de dar órdenes, MacGregor.

Las palabras colisionaron en el aire, y por un momento, el silencio que se creó entre ellos fue más pesado que cualquier grito o insulto. **Ambos sabían lo que estaba en juego.**

Duncan hizo un movimiento rápido, acercándose aún más a Aidan. Los dos hombres se miraron fijamente, con la furia de una batalla invisible a punto de estallar.

—Si vuelves a acercarte a mi hermana, te lo juro, Aidan... —Duncan se detuvo a mitad de la frase, su respiración acelerada. Los músculos en su cuello estaban tensos, casi a punto de explotar. **Había algo más en él, algo que no había mostrado en años.**

Aidan se inclinó ligeramente hacia adelante, sin apartar la mirada de Duncan, y dijo en voz baja pero firme.

—¿Qué harás, MacGregor? ¿Me matarás? ¿Por qué? ¿Por ella? ¿O por ti mismo?

Duncan no podía soportar la calma en la voz de Aidan. La frialdad, la indiferencia, lo ponían aún más al borde. **Porque sabía que Aidan no le tenía miedo.**

Y lo odiaba.

Con un gesto de la mano, Duncan se dio media vuelta, su rostro impasible. La furia aún palpitaba en su pecho, pero **no iba a derramarla ahí.**

—Vete. —La palabra fue tajante. —Y no te acerques a ella nunca más.

Aidan lo observó durante unos segundos más antes de responder.

—No te preocupes, MacGregor. Isabel sabe lo que hace. Y, al final, es ella quien decide.

* * *

Isabel caminaba por los pasillos del castillo, pero cada paso que daba sentía que se alejaba de todo lo que había conocido. El ruido del castillo se desvaneció a su alrededor, las voces de los sirvientes, los murmullos de las mujeres en el pasillo... nada importaba. **Solo el peso de lo que había ocurrido.**

El beso de Aidan. La pasión que había sentido. **La confusión que lo había seguido.**

Y ahora, la confrontación entre Duncan y Aidan. **Una confrontación que había sido inevitable.**

Isabel había escuchado las voces levantadas en el pasillo, las palabras de su hermano, las respuestas de Aidan. Había sentido el poder de la furia de Duncan atravesar las paredes, y había sabido que su hermano no la perdonaría por lo que había hecho. **Lo que no había esperado era la sensación de traición que la invadió cuando vio a Duncan acercarse a Aidan, con esa mirada de furia que solo él podía tener.**

¿Por qué lo había hecho?

Isabel se detuvo frente a la ventana del castillo, mirando al jardín, a las tierras más allá de las murallas. El aire fresco la

envolvía, pero no podía dejar de sentir que algo dentro de ella se había roto. **¿Qué había hecho realmente?**

Cuando Duncan había hablado con Aidan, Isabel se había sentido atrapada entre los dos. El deseo, la culpa, la preocupación por su hermano... todo se había mezclado en su cabeza hasta que ya no sabía qué era lo correcto. **¿Era correcto lo que había sentido?**

Pero lo que más le dolió fue **la sensación de que Duncan nunca había confiado en ella, de que la había tratado como una niña, como si no fuera capaz de tomar decisiones por sí misma.**

Ella ya no era esa niña pequeña que había sido arrancada de su hogar. **Había crecido.** Y el pensamiento de que su hermano no lo veía, de que él creía que la protegía al castigarlo todo... eso la llenaba de frustración.

Lo peor de todo era que, al mirar a Duncan, no sabía si lo que él quería era protegerla o simplemente controlarla.

La puerta de su habitación se abrió con suavidad, y Isabel se giró, encontrándose con la mirada de Duncan. **Él estaba allí, como siempre, observándola con esa mirada de preocupación.** Pero para Isabel, esa mirada se sentía como una cadena que la mantenía prisionera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Duncan, su tono más suave de lo que esperaba.

Isabel no respondió de inmediato. Se quedó en silencio, con la mirada fija en el suelo. Sabía lo que él quería. Sabía lo que **él pensaba.**

—No necesito que me protejas —dijo finalmente, sin levantar la vista. **Su voz tembló, pero no podía detenerse.** — Soy capaz de decidir por mí misma.

Duncan se acercó a ella, sus pasos lentos, pero firmes. **Isabel no lo miró.**

—Lo sé, pero... —comenzó, pero se detuvo, como si las palabras se le atascara en la garganta. **Isabel podía sentir el peso de su culpa, de sus expectativas.**

Isabel se apartó de la ventana, volviéndose hacia él con una mirada desafiante.

—No tienes derecho a decidir por mí, Duncan. —La frustración y la ira que había estado reprimiendo estallaron en su voz. —No eres mi dueño. No lo eres.

Duncan la miró por un momento más largo, su expresión suavizándose, pero aún cargada de preocupación. **Él no la entendía.**

—Solo quiero lo mejor para ti, Isabel. —La voz de Duncan tembló levemente, pero aún así, no cedió.

Isabel se dio media vuelta, su cuerpo tenso. **Ya no podía escucharlo.**

—Lo mejor para mí sería dejarme vivir mi vida, Duncan. Dejarme ser quien soy. No lo que tú quieres que sea.

Duncan la observó en silencio, y durante un largo momento, Isabel sintió que la distancia entre ellos aumentaba, como si un abismo invisible se abriera entre ella y su hermano. **Porque ya no sabía si podía confiar en él.**

* * *

Duncan no había esperado que las palabras de Isabel lo golpearan con tal fuerza. **Nunca había pensado que su hermana podría rechazarlo así, con tanta franqueza.** La distancia entre ellos se hacía cada vez más palpable, y aunque él intentaba comprenderla, el dolor de ver que ella no lo necesitaba, que ella ya no era la niña que había protegido, lo devastaba.

No pudo quedarse quieto por mucho tiempo. **El pensamiento de Aidan, de la forma en que se acercó a Isabel, de lo que había pasado entre ellos, lo estaba consumiendo.** Su furia lo llevó a tomar decisiones impulsivas. No podía dejarlo pasar. No podía simplemente ignorar lo que había ocurrido. **Aidan no iba a quedarse con Isabel. No mientras él estuviera vivo.**

La noche que siguió a su conversación con Isabel, Duncan se armó con su espada, decidido a ponerle fin a la tensión que se había acumulado entre ellos. **No era solo el deseo de proteger a su hermana.** Era el deseo de controlar, de recuperar lo que creía suyo.

Aidan no estaba en el castillo, pero Duncan sabía que él estaba cerca. Sus sospechas no lo decepcionaron. Lo encontró en el borde del bosque, justo al caer la noche. Aidan estaba de pie, tranquilo, con una de sus dagas en la mano, mientras observaba el horizonte, como si no tuviera la menor idea de lo que se avecinaba.

Duncan no necesitó decir una palabra.

Se acercó con rapidez, su espada desenvainada. El sonido metálico del acero cortando el aire rompió el silencio de la noche.

Aidan se giró lentamente, sin mostrar sorpresa, pero con una mirada que Duncan no supo cómo leer.

—¿Qué estás haciendo aquí, MacGregor? —preguntó Aidan, su tono tranquilo, casi aburrido.

—Lo que cualquier hermano haría. Proteger a su familia. —Duncan se adelantó, clavando su mirada en los ojos de Aidan. **Su ira lo cegaba.**

Aidan no respondió de inmediato. En su lugar, su expresión se suavizó, pero solo un poco. **No tenía miedo.**

—¿Crees que protegerla así la va a hacer feliz? —dijo Aidan, con la misma calma que siempre había tenido, como si cada palabra que decía no tuviera peso.

—¡No me hables de ella! —gritó Duncan, su voz rasgando el aire. **La furia lo impulsó.**— ¡Tú no tienes derecho a acercarte a mi hermana!

La pelea fue rápida. Duncan la provocó con un golpe a la altura del pecho, pero Aidan lo esquivó con facilidad, moviéndose con agilidad, como si el combate no fuera más que un juego. Los movimientos de Aidan eran fluidos, calculados. **Cada vez que Duncan intentaba alcanzarlo, Aidan se movía como una sombra.**

—No estoy haciendo nada que tú no puedas hacer. —Aidan esquivó otro golpe, respondiendo con un giro que lo dejó fuera de alcance de Duncan.

La furia de Duncan lo cegaba, pero la agilidad de Aidan lo dejaba frustrado. **¿Por qué no podía alcanzarlo? ¿Por qué no podía castigarlo como merecía?**

—No te atrevas a tocarla de nuevo —gruñó Duncan, lanzando otro ataque, pero Aidan lo bloqueó con facilidad, con una precisión que solo los guerreros más experimentados poseían.

—¿De verdad crees que Isabel necesita tu protección? —preguntó Aidan, con su voz baja y controlada, mientras su mirada se mantenía fija en Duncan. **Sus palabras fueron como una descarga eléctrica, despertando algo dentro de él que Duncan no quería enfrentar.**

Isabel.

La imagen de su hermana, la manera en que ella lo miraba con desdén, la forma en que sus palabras lo golpeaban... todo se mezcló en la mente de Duncan. **Se sintió impotente.**

Aidan, al ver que Duncan no respondía, volvió a moverse, alejándose con facilidad.

—Vas a perderla si sigues así. —Las palabras fueron simples, pero se quedaron grabadas en la mente de Duncan. **¿Perderla?**

La rabia lo invadió por completo. **¿Perderla?**

En ese momento, Duncan levantó la espada con fuerza, decidido a poner fin a la confrontación. Pero Aidan lo anticipó. **El movimiento fue tan rápido que Duncan apenas tuvo tiempo de reaccionar.**

El choque de sus espadas resonó en el aire. **La pelea había llegado a su punto máximo.** Ambos estaban agotados, pero ninguno cedía. Aidan se movió con una velocidad impresionante, pero Duncan, con su fuerza bruta, contraatacó con un golpe certero.

Finalmente, con un giro brusco, Duncan logró desarmar a Aidan, su espada haciendo un ruido sordo al impactar con la

de él. Aidan retrocedió, dejando escapar un suspiro.

—¿Ahora qué, MacGregor? —preguntó Aidan, sin una pizca de rencor en su voz, pero con una mirada que reflejaba algo más profundo. **Lo había visto. Lo había entendido.**

Duncan no podía seguir luchando.

La pelea terminó con la misma rapidez con la que había comenzado, pero el daño ya estaba hecho. **La furia de Duncan no solo había herido a Aidan. Lo había herido a él mismo.**

* * *

El castillo MacGregor, que una vez había sido un lugar seguro y conocido, ahora se sentía como una celda, sus paredes cada vez más altas, sus pasillos más estrechos. Isabel caminaba por los mismos corredores, pero ya no podía ignorar el peso de la tensión que lo envolvía todo. **El aire estaba cargado, tanto dentro del castillo como dentro de ella.**

Desde la confrontación entre Aidan y Duncan, Isabel había sentido que algo se rompía. **No podía seguir ignorando lo que había sucedido, ni lo que sentía.**

No solo por Aidan. No solo por el deseo que había experimentado con él, sino por lo que **todo esto significaba.**

El castillo se había vuelto un lugar de juicios y expectativas. Duncan, su hermano, lo que había sido su protector, ahora parecía su carcelero. Las mujeres del clan, con sus miradas de desaprobación, y los sirvientes, que siempre observaban con una curiosidad que se sentía invasiva, **hacían que Isabel quisiera desaparecer.**

Ya no podía permanecer allí.

Isabel salió del gran salón sin que nadie la detuviera, su cuerpo tenso y lleno de una sensación de urgencia. **No podía seguir viviendo en ese lugar.** Cada paso que daba la alejaba más de lo que había sido su vida, pero, al mismo tiempo, **la acercaba a lo que sentía en su interior.**

A medida que avanzaba por los pasillos del castillo, sintió la necesidad de **escapar.** De **huir** de todo: de Duncan, de Aidan, de la vida que se le había impuesto.

Pero ¿a dónde iba?

Al llegar a las puertas del castillo, Isabel se detuvo por un momento. Miró el paisaje que se extendía ante ella, las colinas cubiertas de hierba y los árboles que bordeaban el bosque. **Había algo en la libertad del aire, en el espacio abierto que sentía que podría ofrecerle algo que este lugar ya no podía.**

Sin pensarlo más, **salió.**

El bosque la recibió con los brazos abiertos. El sonido de las hojas crujientes bajo sus pies y el murmullo del viento entre los árboles la tranquilizaron. **Aquí, al menos, podía ser ella misma.**

En el castillo, su familia esperaba respuestas que ella no tenía. **Y en ese momento, no podía darlas.**

Isabel caminó más adentro en el bosque, sin rumbo, sin dirección. **Solo sabía que tenía que alejarse.**

Al principio, pensó en seguir caminando hasta llegar a algún lugar lejano. Pero luego, **el miedo comenzó a invadirla.**

¿Y si Duncan la encontraba?

¿Y si Aidan la seguía?

Pero el miedo no la detuvo. **Lo que la detuvo fue la certeza de que, por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba tomando el control de su vida.**

Por mucho que lo deseara, **no podía quedarse en el castillo.** No podía vivir en un lugar donde todo lo que hacía estaba bajo el escrutinio de su hermano, donde cada mirada era un juicio, donde **no podía ser libre.**

Finalmente, se detuvo en un claro del bosque, donde el sol se filtraba a través de las ramas, y cerró los ojos, dejando que el aire frío la rodeara. **Sabía que no podía volver atrás.**

* * *

Isabel no sabía cuánto tiempo había pasado desde que dejó el castillo, ni cuántos pasos había dado dentro del bosque, pero el frío que la envolvía le daba una sensación de claridad. **No podía seguir huyendo, no podía seguir evadiendo las decisiones que debía tomar.**

El bosque la había acogido, pero el espacio que le brindaba también la enfrentaba a sí misma. **¿Qué quería realmente?**

No podía seguir en el castillo, no podía seguir viviendo bajo las expectativas de su hermano, de un clan que no comprendía su lucha interna. **No podía seguir jugando el papel que todos esperaban de ella, ni ser la hermana de Duncan MacGregor, ni la mujer que todos imaginaban para alguien del clan.**

Pero lo más difícil de todo era que, al irse del castillo, **se había dado cuenta de que no tenía adónde ir.**

El convento, el único lugar que había conocido alguna vez como hogar, ahora le parecía una prisión más, un refugio que la había mantenido alejada de su verdadero ser. **Pero el convento también representaba lo único que le quedaba.**

Isabel se detuvo en un claro, los árboles rodeándola como una barrera natural. Cerró los ojos, intentando escuchar el silencio que la rodeaba, el mismo silencio que la había acompañado durante tantos años en el convento. Y, por un momento, **deseó regresar.**

Pero ¿qué la esperaba allí? **¿La paz que las monjas le ofrecían?** ¿La vida de sumisión, de obediencia? **¿Volver a ser aquella niña que había llegado a esas paredes con miedo, con la esperanza de encontrar consuelo?**

No. **No podía regresar a eso.**

Isabel sintió una lucha interna, un conflicto entre lo que su corazón le pedía y lo que su mente le dictaba. ¿Qué quedaba para ella si no regresaba al convento? **¿Unirse a la vida del clan MacGregor, vivir bajo el control de Duncan y las expectativas de todos?**

Había algo más. **Algo que sentía al estar con Aidan.**

Pero también sabía que ese algo era prohibido, que no era algo que debía desear. **Aidan representaba todo lo que su familia había intentado evitar que fuera.** Era libre, indomable, y **él nunca sería parte de su vida.**

Isabel suspiró profundamente, sintiendo que el aire helado la rodeaba. **Era una decisión que debía tomar sola.**

Finalmente, tras un largo rato de incertidumbre, Isabel comenzó a caminar. **No sabía si su decisión la llevaría a la paz, pero sí sabía que no podía seguir perdiendo el control de su vida.**

El convento ya no era el lugar que había sido, pero era lo único que quedaba. **La única opción que podía tomar.**

Regresaría al convento.

14

La despedida

El aire estaba pesado esa mañana, como si el mismo viento quisiera detener lo que estaba por suceder. Aidan estaba de pie en el patio del castillo, mirando al horizonte, con los ojos fijos en el camino que se perdía entre los árboles. Su respiración era irregular, y en su pecho, una sensación extraña crecía, apoderándose de él, como si pudiera ver algo que aún no había ocurrido. **Una presagio.**

El castillo estaba en calma, como si estuviera esperando algo que aún no llegaba. **Y Aidan lo sabía.** Isabel había partido. Ella ya no estaba allí.

Se había levantado temprano, como siempre, y había ido al lugar donde solían encontrarse, el claro en el bosque. Había sentido que algo no estaba bien. **Lo sabía desde que despertó.**

Aidan no podía explicarlo, pero sentía que **algo estaba cambiando.** Sabía que Isabel había estado luchando con lo que sucedía entre ellos. Sabía que ella estaba huyendo, que no podía enfrentar lo que sentía. **Pero no esperaba que se fuera.**

Aidan caminó por el bosque con la urgencia de quien siente que está perdiendo algo que le pertenece. Su corazón latía con fuerza, cada paso más rápido, como si de alguna manera pudiera alcanzarla antes de que desapareciera completamente.

El suelo crujía bajo sus botas, la humedad de la mañana apenas mitigada por el sol que comenzaba a elevarse en el cielo. **El bosque estaba aún en sombras, pero Aidan no se detuvo.** Él la había encontrado muchas veces en esos mismos caminos, y sabía que, si la buscaba lo suficiente, la encontraría.

Caminó a través de los árboles, la memoria de los momentos compartidos con Isabel llenando su mente. Las risas, las conversaciones, los silencios cómplices. Había algo en ella que **no podía dejar ir.** Algo que lo atraía de una manera que no podía explicarse. **Y ahora, de alguna manera, sentía que la estaba perdiendo.**

Isabel había estado evitando sus miradas, sus palabras. La distancia entre ellos se había hecho más clara, y Aidan sabía que no podía obligarla a quedarse. **Pero sí podía encontrarla.**

El camino hacia el claro estaba lleno de huellas, y Aidan las siguió con los ojos fijos en el rastro de su hermana, que se desvanecía bajo la capa de hojas caídas. **Isabel había caminado por este mismo sendero, y él sabía que ella no podría ir muy lejos.**

Pero cuando llegó al borde del bosque, cuando vio el último rastro de sus huellas esfumándose, la ansiedad se apoderó de él. **¿Se había ido? ¿Había partido ya, dejando atrás todo lo que había ocurrido entre ellos?**

Aidan miró a su alrededor, como si pudiera ver más allá de los árboles, como si pudiera sentir la presencia de Isabel aún en el aire que lo rodeaba. **Pero no la encontró.**

Isabel se había ido. **Y él no la había detenido.**

Un nudo se formó en su estómago. **La rabia y la frustración lo recorrieron como una ola, pero también el miedo. El miedo de que ella estuviera lejos, de que ya no pudiera alcanzarla.**

El sol ya se alzaba, comenzando a iluminar el camino, pero para Aidan, ese camino ya no parecía familiar. **Había algo irreparable en su corazón.** Y lo peor de todo era que sabía que, mientras él había estado allí, buscando la manera de entender

lo que estaba sucediendo, Isabel se había ido sin decir nada. **Sin una palabra.**

El viento sopló entre los árboles, y Aidan, finalmente, dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso. **No podía dejar que ella se fuera.**

Aidan sabía lo que tenía que hacer, pero aún no podía encontrar las palabras.

* * *

El día avanzaba, pero Isabel seguía sin encontrar paz. **Había huido al convento, creyendo que ahí encontraría la calma que necesitaba, pero cada paso la alejaba de lo que realmente deseaba.**

Había dejado el castillo atrás con una sensación de alivio, creyendo que la distancia física entre ella y el clan MacGregor le permitiría escapar de la tensión, de los sentimientos que se habían apoderado de ella desde el momento en que Aidan había entrado en su vida. Pero **ahora, a medida que avanzaba por el camino hacia el convento, todo lo que sentía era un vacío.**

¿Qué había hecho?

La imagen de Aidan, con su mirada tranquila y su presencia tan sólida, no la dejaba. Cada vez que pensaba en lo que había pasado entre ellos, en la forma en que había sentido su cuerpo junto al suyo, **un torbellino de emociones la invadía.** Deseo, miedo, frustración. **No podía deshacerse de la sensación de que algo se había roto en ella, algo que ya no podía volver a reconstruir.**

Se detuvo junto a un árbol, sintiendo el aire frío de la tarde sobre su rostro, pero sin poder encontrar consuelo en él. Había dejado atrás el castillo, **pero no podía dejar atrás lo que sentía.**

Aidan.

No podía dejar de pensar en él. ¿Por qué le resultaba tan difícil? ¿Por qué tenía que ser tan confusa, tan intensa? Cada pensamiento, cada recuerdo de lo que había ocurrido entre ellos, la hacía sentir atrapada. **¿Por qué no podía seguir adelante?**

Isabel se quedó allí por un largo rato, mirando el horizonte, pero la verdad seguía a su lado, presente como una sombra. **Lo deseaba.** Lo deseaba más de lo que quería admitir, y esa fue la razón por la que se había alejado, por la que había huido. **Porque sabía que si seguía cerca de él, perdería todo lo que había luchado por mantener.**

Duncan la miraría con desdén.

Las mujeres del clan susurrarían sobre ella.

Se había dicho que todo sería diferente si se quedaba en el convento. Si regresaba a ese lugar que había conocido como un refugio, tal vez **podría encontrar la paz que había perdido.** Pero, al mismo tiempo, **sabía que no podía regresar.**

Nunca sería la misma. **Nunca podría olvidar lo que había sentido.**

La sensación de estar atrapada entre dos mundos la estaba consumiendo. No pertenecía a uno, pero tampoco podía formar parte del otro. El convento era su refugio, su lugar de calma, pero **también lo había sido la prisión que la mantenía lejos de lo que realmente deseaba.**

Isabel cerró los ojos, pero la imagen de Aidan seguía presente, tan viva y real como si estuviera allí mismo. **¿Qué haría?**

El viento susurró entre las ramas de los árboles, pero no pudo dar respuesta. **No había nada que pudiera hacer, nada que pudiera decir, solo enfrentarse a la verdad de lo que sentía.**

¿Y si Aidan fuera el único lugar en el que podía encontrar una respuesta?

¿Era esa la vida que quería? ¿Una vida en la que debía enfrentar su deseo, su necesidad, su deseo prohibido? No lo sabía, no podía saberlo. **Pero había algo en él que la hacía**

sentirse viva, algo que había estado buscando en su vida sin saberlo.

Isabel respiró profundamente y siguió adelante, sin saber qué futuro la aguardaba, pero sabiendo que, de alguna manera, **estaba más perdida que nunca.**

* * *

La noticia de la partida de Isabel llegó a Duncan con la rapidez con la que siempre llegaban los cambios inesperados en su vida. Había sentido la ausencia de su hermana antes de que alguien se lo dijera. La sensación de vacío que había comenzado a calar en él cuando ella dejó el castillo se había transformado en una preocupación palpable. **Isabel no había regresado, y ahora él entendía por qué.**

Se encontraba de pie en la sala principal del castillo, mirando por una de las ventanas que daban a los jardines. **La luz del sol estaba comenzando a desaparecer, y con ella, la sensación de que todo estaba bajo control.**

Pero nada estaba bajo control. **Nada lo había estado desde que Isabel había llegado al castillo.**

Duncan había tratado de entender la razón detrás de su distanciamiento, de su comportamiento errático. No podía simplemente ignorarlo. **Había algo en la forma en que ella lo miraba, en cómo huía a sus preguntas, en cómo se mantenía a la distancia, que lo desconcertaba.**

Isabel siempre había sido su hermana, su pequeña hermana. Pero ahora, **ella ya no era la misma.** Había cambiado. La había perdido de alguna manera, pero no podía entender cómo ni por qué. **Y lo que más le frustraba era no poder protegerla de sí misma.**

Sabía que algo había pasado. Sabía que la atracción que había crecido entre ella y Aidan no podía haberse mantenido oculta para siempre. **Duncan lo había visto.** Había notado la tensión, la distancia emocional entre él y su hermana. **No era**

solo Aidan. Era Isabel, cambiando ante sus ojos, deslizándose fuera de su alcance.

Él había hecho todo lo que creía correcto. La había traído al castillo, la había protegido, le había dado un lugar, un hogar. Y ahora, ella huía. **¿Por qué?**

Duncan se dio la vuelta, su mente trabajando a toda velocidad. **Si Isabel se había ido, si no quería quedarse en el castillo, entonces tal vez debía aceptarlo.** Quizá lo que más necesitaba era tiempo, espacio, alejarse de todo lo que había conocido, de todo lo que le había sido impuesto. Tal vez ese era su camino.

Pero también sabía que no podía dejarla ir tan fácilmente.

La preocupación y la impotencia se mezclaban en su interior, pero al final, **sabía que su obligación era hacer lo que fuera necesario para mantenerla segura.**

La idea de que ella estuviera sola, fuera del castillo, fuera del alcance de su protección, lo aterraba. **Duncan sabía que no podía permitir que ella se alejara sin saber qué iba a hacer.**

Porque Isabel no estaba lista para enfrentarse a lo que realmente deseaba.

Y **él no podía permitir que se arriesgara.**

* * *

El sol comenzaba a ponerse cuando Aidan finalmente dejó el bosque atrás. La luz anaranjada iluminaba su camino, pero no ofrecía consuelo, no podía disipar la sensación de vacío que lo había estado consumiendo desde el momento en que Isabel se había ido. **Nunca pensó que se sentiría así.**

Aidan había conocido la soledad. Había aprendido a vivir con ella, a abrazarla, a moverse en su propio mundo sin depender de nadie. **Pero Isabel había cambiado todo eso.**

Isabel había llegado al bosque como una presencia fugaz, una figura intrigante que despertaba en él algo que no había

sentido en años. **Y la conexión entre ellos había sido inmediata.**

Pero todo había sido demasiado complicado. **La diferencia de mundos, la barrera que existía entre ellos, las consecuencias de sus propios deseos, todo eso lo había llevado a este momento.**

Isabel se había alejado. **Había huido.**

Y aunque Aidan había comprendido su necesidad de hacerlo, de escapar, no podía evitar sentirse **roto.**

Al principio, había intentado convencerse de que Isabel necesitaba espacio, que todo lo que había sucedido entre ellos había sido una chispa que se apagaría con el tiempo. Pero cuanto más pensaba en ella, más difícil se hacía olvidar el deseo, la atracción que había crecido entre ellos. **Ella había sido una tormenta, un viento que lo había arrasado, y ahora que ella se había ido, sentía que la tormenta se disipaba, dejando solo una calma inquietante.**

Al llegar al borde del bosque, donde el sendero que lo llevaría de vuelta a su clan comenzaba a desaparecer en la oscuridad, Aidan se detuvo un momento. **Podía sentir la presencia de Isabel aún en el aire, como si el viento que soplaba entre los árboles trajera consigo un eco de su voz, un reflejo de lo que había sido.**

La noche era tranquila. Y él deseaba con todas sus fuerzas que fuera diferente. Que ella estuviera a su lado, que no hubiera tenido que dejarla ir. Pero **sabía que no podía retenerla.**

Isabel había tomado su decisión. **Y Aidan no podía seguir quedándose allí, esperando que las cosas cambiaran.**

Con un suspiro, tomó su mochila y ajustó la cuerda que sujetaba la daga a su cinturón. **Era hora de regresar a su clan, a su vida, a lo que ya conocía.** No tenía ningún sentido quedarse en un lugar donde **la mujer que había deseado con toda su alma se había ido y donde todo le recordaba a ella.**

Se adentró en la oscuridad del camino, su paso firme y seguro. A medida que avanzaba por el camino, la melancolía

lo envolvía. El peso de lo que había perdido lo había marcado de manera irreversible. **Isabel ya no estaba.** Y aunque sabía que no podía seguir pensando en lo que podría haber sido, no podía evitar preguntarse: **¿Qué habría pasado si ella hubiera decidido quedarse?**

Pero las preguntas no tenían respuesta.

Solo el vacío que dejaba su ausencia. **Y Aidan lo sentía más intensamente que nunca.**

* * *

El camino hacia el convento fue largo, pero Isabel no lo notó. **Sus pensamientos se entrelazaban, y sus emociones se confundían con el paisaje que pasaba rápidamente a su lado.** El aire frío de la tarde la rodeaba, pero no podía sacudirse el peso que llevaba en el corazón.

El convento, ese lugar que había sido su refugio, su hogar en un tiempo lejano, ya no le ofrecía la paz que había conocido. **A pesar de lo que había experimentado en el castillo, la distancia que había tomado, la decisión de huir...** al llegar al convento, **sentía que todo lo que había vivido se desvanecía.**

Al principio, caminó en silencio por los pasillos del convento, las paredes blancas y frías que la acogían con la misma quietud de siempre. Pero Isabel sentía que las sombras que arrastraba consigo se alargaban dentro de esos muros, como si el convento ya no fuera un lugar de consuelo. **Se había vuelto solo otro refugio más, uno que le recordaba lo que había dejado atrás.**

Cuando entró en la capilla, la luz suave de las velas la envolvió. **Era un lugar conocido, pero su paz ya no la tocaba.** Isabel se arrodilló frente al altar, como lo había hecho muchas veces antes. Cerró los ojos y tomó una profunda respiración. **No estaba segura de qué estaba buscando.**

Tal vez quería rezar, tal vez solo necesitaba el silencio. **Tal vez esperaba que la respuesta llegara.**

Pero en su corazón, la respuesta ya estaba allí.

Lo había perdido todo.

El amor por Aidan, la pasión que había sentido, el deseo que había crecido dentro de ella, todo se desvaneció al cruzar el umbral del convento. **Había huido, pero lo que no sabía era que ya no podía volver atrás.**

Alzó la mirada, como si esperara encontrar alguna señal en las figuras religiosas que se encontraban en la capilla. **Pero no había señales. Solo un vacío que se amplificaba con cada segundo que pasaba allí.**

No pertenecía aquí.

Y eso la aterraba más que todo lo que había dejado atrás.

Isabel se levantó y caminó por la capilla, sus pasos suaves sobre el suelo de piedra. **Estaba buscando algo, pero no sabía qué.**

La paz que había buscado en el convento nunca volvió.

Al final, no encontró consuelo en las oraciones ni en las paredes frías del convento. **Solo había encontrado lo que ya sabía: que su lugar estaba perdido.**

Al salir del convento, mientras las sombras caían sobre el mundo, Isabel se dio cuenta de que había tomado una decisión, **pero no era la correcta.**

Había vuelto, pero no estaba segura de qué hacer con la vida que le quedaba.

15

La decisión de Isabel

Isabel se encontraba sola en su celda esa mañana, frente al pequeño espejo que le ofrecía un reflejo distorsionado de su rostro. **El sol entraba suavemente a través de la ventana, bañando la habitación con su luz cálida y dorada, pero el peso en su pecho no desaparecía.** El día en que había decidido tomar los votos se acercaba, el momento en que juraría su vida al servicio de Dios, la vida que había estado planeada para ella desde su llegada al convento. Pero, a medida que el día se acercaba, **Isabel se sentía más distante de esa vida, más incierta acerca de su destino.**

En sus manos, sostenía el hábito que llevaría ese día, la túnica sencilla que la marcaría como una de las hermanas del convento. Los pliegues del hábito eran suaves, pero al mismo tiempo, **sentía el peso de esa elección sobre sus hombros.** ¿Estaba preparada para ese paso? ¿Para dejar atrás todo lo que había conocido y aceptar una vida de obediencia total, de renuncia al mundo exterior?

El problema no era el convento en sí mismo. No era el servicio a Dios, aunque la fe nunca había sido algo que la impulsara con la misma fuerza que a algunas de las otras monjas. **El problema era lo que había dejado fuera del convento. Lo que había encontrado en el castillo.**

Aidan.

Cada vez que pensaba en él, cada vez que cerraba los ojos y lo veía, el deseo, la confusión y la atracción volvían a inundarla. **No podía entender por qué seguía pensando en él, por qué seguía deseando algo que sabía que no podía tener.** ¿Qué era lo que lo hacía tan irresistible? ¿Por qué, incluso en el convento, su mente lo buscaba, su cuerpo lo deseaba?

Isabel suspiró y se dejó caer sobre la cama, el hábito olvidado sobre sus piernas. **La guerra dentro de ella era cada vez más intensa.**

Había llegado al convento para encontrar paz. Pero, en su lugar, había encontrado una lucha interna que no sabía cómo resolver. **No podía continuar con la vida que había elegido, no podía seguir ignorando lo que sentía.** Aidan había marcado su vida de una manera que ella no había anticipado, y ahora, el hecho de que él estuviera tan lejos y, al mismo tiempo, tan presente en sus pensamientos, le hacía preguntarse si realmente podía entregarse a una vida de obediencia.

Pero, **¿qué opción tenía?**

La vida fuera del convento no la aceptaba. No podía regresar al castillo, no podía estar con Aidan, no podía seguir ignorando lo que había experimentado. **Regresar al convento era lo único que quedaba.** Era la única opción para ella, o al menos, **eso era lo que se había dicho siempre.**

Pero las dudas seguían acechando, como un enemigo invisible que la acechaba desde las sombras. **¿Por qué sentía que su vida debía estar limitada a estas paredes?** ¿Por qué no podía seguir su propio camino, tomar el control de su destino, aunque eso significara dejar atrás todo lo que conocía?

Las campanas sonaron en la distancia, una señal de que el día continuaba, de que el tiempo se acercaba al momento de la ceremonia. Isabel miró la puerta de su celda, donde una monja estaba esperando para guiarla hacia la capilla. **La decisión debía tomarse pronto, debía enfrentarse a ella misma.**

Con un suspiro profundo, Isabel se levantó y se dirigió hacia el espejo una vez más. **Esta vez no se apartó.** Miró detenidamente su reflejo. **¿Qué veía?** Una mujer con miedo, con dudas, pero también una mujer que deseaba más de lo que le habían dado, que soñaba con algo más allá de las paredes de ese convento.

Era el momento. **El momento de decidir si tomaba los votos, si se entregaba por completo, o si daba un paso hacia lo desconocido.**

* * *

Isabel caminó con paso firme hacia la capilla, su mente aún hecha un torbellino de emociones. El hábito caía suavemente sobre sus hombros, y la sensación del tejido contra su piel solo añadía peso a la decisión que estaba por tomar. **Cada paso la acercaba más al momento en que se vería obligada a tomar una decisión que no sabía si estaba lista para enfrentar.**

Al llegar a la capilla, las monjas ya se encontraban reunidas, preparándose para la ceremonia. El incienso llenaba el aire, y el sonido suave de los cánticos comenzaba a elevarse, creando una atmósfera que, aunque tranquila, le parecía ajena. Isabel se detuvo en la puerta, observando las figuras vestidas de blanco que se movían con la misma precisión y calma que siempre había conocido. **Pero algo dentro de ella se rebelaba contra esa imagen.**

Una de las monjas se acercó a ella con una sonrisa cálida. **Sor Beatrice, la que siempre la había apoyado en el convento.**

—Estás lista, hija —dijo con suavidad, posando una mano sobre su hombro. Su voz era tranquilizadora, como un bálsamo que intentaba calmar las dudas que Isabel sentía.

Isabel asintió, aunque el nudo en su garganta no desapareció. **¿Realmente estaba lista?**

Mientras Sor Beatrice la guiaba hacia el altar, Isabel notó las miradas de las otras monjas. **Algunas eran cálidas, otras llenas de curiosidad, y algunas, aunque no lo decían abiertamente, mostraban una duda que Isabel no podía ignorar.**

Un par de monjas más jóvenes la observaban con cierta admiración, pero también con una pizca de inseguridad. Isabel las había visto hablar entre ellas, y a veces, sus ojos se encontraban con los de Isabel, llenos de una comprensión que **no estaba segura de compartir.** ¿Realmente estaban felices por ella? ¿O la veían como una intrusa, alguien que no encajaba del todo en ese lugar?

Una de las monjas, Sor Clara, una mujer mayor, se acercó a Isabel con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos. **Isabel la había conocido durante años, y siempre había sentido una ligera distancia entre ellas. Sor Clara era estricta, y en sus ojos Isabel siempre había visto una sombra de desaprobación que no podía comprender.**

—Estás tomando una decisión importante, hermana —dijo Sor Clara, su voz algo tensa, como si estuviera evaluando cada palabra que salía de su boca.

Isabel la miró con una ligera sonrisa, pero por dentro sentía que el juicio de la monja pesaba sobre ella como una piedra.

—Sí, hermana —respondió con calma, aunque el temor a ser juzgada seguía ardiendo en su interior.

Sor Clara la miró con detenimiento, como si intentara ver algo más allá de su respuesta, algo que Isabel aún no entendía.

—Recuerda siempre que el camino de Dios no es fácil —dijo, y aunque sus palabras eran suaves, había algo en su tono que hacía que Isabel se sintiera pequeña, como si le estuviera diciendo que no pertenecía allí, que el convento no era su verdadero lugar.

Isabel asintió, pero **sabía que las dudas que sentía no provenían de Sor Clara ni de las otras monjas.** Provenían de

ella misma. **De lo que había dejado fuera del convento.**

Al llegar al altar, Isabel se arrodilló como era costumbre. La ceremonia comenzó, las palabras antiguas de consagración llenaban el aire, pero **Isabel no podía dejar de pensar en lo que había dejado atrás.** Su mente no estaba en el altar ni en las promesas que estaba a punto de hacer. **Su mente estaba con Aidan.**

Las palabras de Sor Beatrice y las demás monjas resonaban en su mente, pero **todas esas promesas de obediencia y entrega** parecían vacías ahora. Isabel podía sentir el peso de las expectativas sobre ella, pero también podía sentir cómo su corazón latía con una fuerza distinta, **una fuerza que la empujaba hacia otro lado.**

En medio de la ceremonia, Isabel cerró los ojos, intentando centrar su mente, pero las imágenes de Aidan volvieron a ella con fuerza. **El beso.** La atracción que no había podido resistir. La forma en que se sentía libre cuando estaba con él, cuando no tenía que ser nada más que ella misma. **Y aquí, en la capilla, se sentía prisionera.**

Las palabras de la consagración ya no tenían sentido. **Porque Isabel sabía que no podía entregarse a un destino que no había elegido.**

En ese momento, cuando las monjas cantaron el himno final, Isabel sintió una presión en su pecho, una sensación de claustrofobia que la hizo respirar con más rapidez. **¿Era este su destino? ¿Era esta su vida?**

No lo sabía. **Pero algo dentro de ella le decía que no podía seguir ignorando lo que había aprendido fuera del convento.**

* * *

Isabel se levantó y miró alrededor, las paredes de la capilla cerrándose a su alrededor. **Todo estaba tan silencioso, tan impregnado de una serenidad que se sentía ajena, casi distante.** El eco de las palabras del juramento seguía

resonando en su mente, pero la confusión no dejaba que las escuchara claramente.

A lo lejos, veía a las otras monjas seguir la ceremonia con devoción, pero ella no podía concentrarse en nada más que en **Aidan**.

¿Por qué pensaba en él?

No había manera de que esa fuera la respuesta correcta. **No podía ser.** Isabel había hecho su vida aquí, había tomado decisiones que la habían llevado a ese momento, **y ahora sentía como si todo se desmoronara por culpa de un hombre.**

Aidan Brody.

Él había sido solo una presencia al principio. Un cazador, un hombre ajeno al mundo de Isabel, al mundo del convento, que había pasado sin más. Pero, **¿por qué ahora se sentía tan arrastrada por él?**

A medida que las monjas cantaban, sus voces suaves y profundas llenando el espacio con cánticos antiguos, Isabel cerró los ojos, apretándolos con fuerza. **¿Por qué se sentía culpable?**

Lo deseaba. Lo había deseado desde la primera vez que lo había visto, cuando se cruzaron en el bosque. **Y no había podido evitarlo.** Todo había sido natural, como una fuerza que la había empujado hacia él, hacia esa conexión inexplicable que la consumía cada vez que pensaba en él.

¿Por qué no podía dejar de pensar en él?

Isabel respiró profundamente, sintiendo cómo la necesidad de aire fresco la invadía. **Todo en ella gritaba por escapar.** Y sin embargo, estaba aquí, en la capilla, bajo la mirada de las monjas, rodeada de su vida elegida, de su destino de fe y obediencia, y no podía dejar de pensar en Aidan.

¿Por qué le afectaba tanto?

Ella había dejado su vida en el convento para seguir este camino, había aceptado los votos, había vivido con la convicción de que su destino era servir a Dios. Pero ahora...

Isabel miró hacia el altar, buscando consuelo en las figuras religiosas que allí se encontraban, pero no pudo hallar la paz que solía sentir. **Solo veía el rostro de Aidan.**

Y lo peor de todo era que **no sabía si eso la aterraba o la liberaba.**

El amor que sentía por él no era algo sencillo, no era un deseo pasajero. **Era algo profundo, algo que la desbordaba y que no podía negar.** La forma en que sus ojos se habían encontrado, el roce de sus manos, el calor de su cuerpo junto al suyo. Todo eso la hacía sentir viva, pero **también la hacía sentir culpable.**

¿Por qué no podía ser como las demás hermanas? **¿Por qué no podía simplemente entregarse al camino que había elegido?**

A lo lejos, escuchó el murmullo de las oraciones de las otras monjas. **El sonido no la alcanzaba.**

Solo podía escuchar la voz de Aidan en su cabeza, la forma en que lo había retado, la forma en que lo había sentido tan cerca de ella. **¿Por qué lo deseaba?**

La lucha dentro de ella era cada vez más feroz. **¿Podía seguir adelante con esta vida? ¿Podía seguir siendo la mujer que había sido?**

Al mismo tiempo, **¿qué vida tenía fuera del convento?**

Isabel no tenía respuestas. Todo lo que sentía era el peso de su propia indecisión, como una sombra que la seguía a donde fuera. **¿Sería suficiente el amor que sentía por Aidan para cambiar su vida? O, ¿era una ilusión que debía dejar atrás para seguir adelante con lo que se esperaba de ella?**

De repente, las palabras de Aidan volvieron a su mente:

"No puedes seguir huyendo."

¿Cómo podía no huir de todo esto?

Isabel cerró los ojos una vez más, sintiendo cómo la angustia crecía en su interior. **El convento ya no era su refugio.**

Y lo peor de todo era que, **al parecer, Aidan tampoco era la respuesta.**

La ceremonia continuó en silencio, pero Isabel ya no podía concentrarse en las palabras de las monjas ni en los cánticos que llenaban la capilla. **Su mente estaba atrapada en recuerdos, en momentos del pasado que había enterrado bajo capas de rutina y obediencia.**

Algunos de esos recuerdos la hacían sentir como si el convento hubiera sido el único lugar donde alguna vez había pertenecido, el único lugar donde podía sentirse a salvo. **Pero otros recuerdos...**

Recuerdos de su infancia, de la vida antes de ser llevada allí, se presentaban ante ella con una claridad dolorosa.

Isabel recordó su vida en la casa de sus padres, la calidez del hogar, la risa de su madre, las historias contadas por su padre junto al fuego en las noches frías. **Recordaba sus juegos con Duncan, los días felices antes de la tragedia que cambió todo.**

La pérdida de su familia había sido devastadora, un golpe que la marcó profundamente. La muerte de su padre, el asesinato de su madre y de sus hermanos, y la forma en que su vida fue arrancada de raíz, sin que pudiera hacer nada por evitarlo. **Había sido llevada al convento como una huérfana, perdida, sin un futuro claro.**

Pero ahora, en medio de esta ceremonia, Isabel se dio cuenta de que todo lo que había creído sobre su vida había cambiado. **El convento ya no era su hogar.**

Había sido una niña cuando llegó aquí. Pensó que encontraría paz, que encontraría respuestas a las preguntas que le atormentaban. Pero ahora, al mirar hacia atrás, veía cuán equivocada había estado.

Isabel cerró los ojos por un momento, **recordando a su madre, a su padre, el calor del hogar que ya no existía.** El convento había sido un refugio, sí, pero **también había sido una prisión.** Había aprendido a ser sumisa, a obedecer sin cuestionar. **Había aprendido a vivir en silencio, a suprimir los deseos, a ignorar lo que realmente sentía.**

Y ahora, sentada en esa capilla, rodeada de las mismas paredes que una vez la habían acogido, se dio cuenta de que nunca había tenido la oportunidad de vivir realmente.

La vida que había dejado atrás, la familia que había perdido, parecía un sueño lejano. Y lo más doloroso era que **ni siquiera sabía si realmente deseaba regresar a esa vida.**

¿Qué habría sido de ella si no la hubieran llevado al convento? ¿Habría tenido una familia, una vida normal, un futuro diferente? **¿Habría conocido el amor de una manera distinta?**

¿Y qué pasaría ahora?

Las respuestas no estaban allí, no las encontraba en los recuerdos ni en las paredes de la capilla. **No había una respuesta fácil.**

El silencio de la capilla se volvió más denso, y las palabras de la ceremonia ya no tenían significado para Isabel. **Todo lo que sentía era el vacío de la decisión que estaba a punto de tomar.**

¿Seguiría adelante con el juramento, con la vida que había conocido durante tanto tiempo? ¿O seguiría su corazón, la parte de ella que **deseaba algo más, algo fuera del convento, algo que solo Aidan había hecho sentir en su interior?**

Lo peor de todo era que no tenía respuesta.

Solo sabía que el convento ya no la protegía. Ya no podía ignorar lo que su corazón le decía.

El sonido de las campanas resonaba en la distancia, como un recordatorio constante de lo que debía hacer. **El juramento estaba cerca.** El momento de tomar los votos, de consagrarse a una vida de obediencia y sacrificio, se acercaba más y más. Y, a pesar de que el convento había sido su hogar, su refugio, **Isabel ya no se sentía en paz con esa decisión.**

Miró hacia el altar, hacia las figuras religiosas que lo adornaban, las mismas que siempre la habían observado con una calma silenciosa. **Pero hoy, esa calma le parecía vacía.** Las figuras de los santos, las estatuas de la Virgen, todo

parecía lejano, distante, como si no tuviera nada que ver con ella. **El ambiente estaba impregnado de una tranquilidad que ya no encontraba reconfortante.**

Las monjas a su alrededor se movían con la misma precisión, con la misma fe ciega, pero Isabel sentía que ya no pertenecía a ese mundo. **Las oraciones, los cánticos, las promesas de devoción ya no resonaban en su corazón de la misma manera.** Había una desconexión palpable entre ella y el entorno que antes la había acogido con amor. En lugar de encontrar consuelo en las ceremonias, solo sentía que se alejaba más y más de lo que había sido.

Su mente seguía volviendo a Aidan, a los momentos que había compartido con él, a lo que había sentido. **Cada pensamiento, cada recuerdo, la arrastraba hacia una verdad que no podía ignorar.** Había deseado escapar a esa vida, esa vida simple, esa vida que parecía ofrecérsela todo en silencio. Pero había aprendido, a través de los días de incertidumbre, que **ella no podía seguir ignorando lo que sentía.**

El convento, el claustro, la vida en la que había estado inmersa durante tantos años, ya no era suficiente. ¿Cómo podía entregar su vida al servicio de Dios cuando no sabía si en su interior realmente lo deseaba? **¿Cómo podía seguir negando lo que sentía por Aidan?** La conexión con él, el deseo, la pasión que había experimentado a su lado, todo eso seguía latente dentro de ella, como una llama que no podía apagar.

¿Por qué se sentía tan culpable? La pregunta surgía una y otra vez en su mente. No estaba segura de si su lucha interna era con Dios, con el convento o con ella misma. **¿Por qué sentía que no podía ser fiel a lo que había conocido, a lo que se esperaba de ella?**

Las palabras del juramento resonaban en sus oídos, pero Isabel ya no las escuchaba de la misma manera. **Cada palabra que se decía, cada promesa de consagración, se sentía más ajena, como si alguien más estuviera tomando la decisión por ella.** Las monjas a su alrededor parecían tan seguras, tan

firmes en su fe y en sus votos, pero Isabel se sentía perdida en medio de la ceremonia.

El convento ya no era su refugio. Lo había sido en el pasado, un lugar donde la fe la había protegido, un lugar donde las oraciones le ofrecían consuelo. Pero ahora, a medida que el momento de la ceremonia se acercaba, **sentía que el convento la atrapaba.** Sentía que todo lo que había experimentado fuera de estas paredes había roto el lazo que la mantenía conectada a su vida anterior.

Las monjas cantaban el himno, pero Isabel no podía concentrarse en las palabras. **Su mente estaba en otro lugar, recorriendo los recuerdos de Aidan, las noches que pasaron juntos, las conversaciones, las risas, el deseo, todo lo que había despertado en ella una parte de sí misma que creía perdida.**

¿Qué hacía ella aquí? ¿Era esta la vida que realmente deseaba? **¿Realmente quería tomar los votos y vivir una vida de dedicación total, o quería buscar algo más allá de esas paredes?** Isabel cerró los ojos, intentando bloquear los pensamientos, pero **no podía.**

El sonido del canto se desvaneció en su mente, reemplazado por el susurro de su propio corazón, que latía con fuerza, recordándole lo que había dejado atrás, lo que había sentido. **¿Qué haría?**

Finalmente, se levantó lentamente, como si cada movimiento fuera una decisión que no podía retrasar más. **El momento de la ceremonia se acercaba, y con él, el peso de su futuro.** Isabel miró a su alrededor, observando las caras de las monjas que la observaban, pero **ya no sentía que pertenecía a este lugar.**

Isabel se acercó al altar, sin saber qué hacer, pero sintiendo que ya no podía seguir viviendo en una mentira, sin enfrentar lo que realmente deseaba. **El convento ya no era su hogar.**

16

Duncan abre los ojos

Duncan se encontraba en su despacho, el aire de la tarde entrando por la ventana entreabierta, pero aún así, el calor lo rodeaba, como si la atmósfera del castillo estuviera cargada de una tensión palpable. **Las paredes parecían cerrarse sobre él.** Había pasado el día recorriendo los pasillos, buscando respuestas, pero cada vez se encontraba más perdido en sus propios pensamientos. Isabel se había ido al convento, **pero la decisión de Isabel seguía pesando sobre él.**

Se decía que había sido lo mejor. **Lo creía firmemente, pero algo dentro de él no dejaba de inquietarlo.** Sabía que Isabel no había estado feliz en el castillo. Sabía que había habido algo en su actitud, algo en su mirada que le decía que ella ya no era la misma. Pero **en su mente, el convento era el refugio que ella necesitaba.**

Duncan estaba absorto en esos pensamientos cuando la puerta se abrió sin previo aviso. **Kate entró, y su presencia en la habitación se sintió como una tormenta inminente.**

—Duncan, tenemos que hablar.

La voz de Kate no tenía el tono habitual de suavidad que solía usar, sino que estaba cargada de una preocupación que Duncan no había escuchado en mucho tiempo.

—¿De qué se trata? —respondió él, sin levantar la vista de los papeles en su escritorio.

Kate no esperó su permiso para acercarse. Caminó hasta el centro de la habitación y se detuvo frente a él, como si esperara que él finalmente levantara la mirada. **Y cuando lo hizo, sus ojos reflejaban una mezcla de frustración y dolor.**

—¿De verdad crees que es lo mejor para ella? —preguntó Kate, su voz más fuerte de lo que Duncan había anticipado.

Él frunció el ceño, confundido por su tono.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo él, sintiendo una extraña incomodidad ante el desafío en su voz.

Kate cruzó los brazos sobre su pecho, su mirada fija en él con una intensidad que no había visto antes. **Era la mirada de alguien que no solo se preocupaba, sino que estaba lista para desafiarlo.**

—Lo que quiero decir —respondió Kate, casi sin aliento— es que lo que hiciste con Isabel **no fue lo mejor para ella.** Y lo sabes.

Duncan se levantó de golpe, sin poder ocultar su sorpresa ante la declaración. La reacción de Kate le dolió más de lo que esperaba. **¿Cómo podía ella pensar que había hecho algo mal?**

—No entiendo —dijo Duncan, dando un paso hacia ella, su tono más suave pero con una angustia evidente—. Ella estaba perdida. Necesitaba ser guiada, necesitaba ser protegida. **No podía dejarla seguir con ese sinvergüenza.**

Kate lo miró fijamente, sin apartar la vista, con una mezcla de rabia y tristeza.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó, la incredulidad en su voz tan evidente que Duncan no pudo evitar sentir una punzada en su pecho.

¿Qué había hecho mal?

—Ella no quería ir al convento, Duncan. —Kate bajó la voz, pero la firmeza seguía en ella—. No lo quería. **Y tú lo sabías.**

Duncan no respondió de inmediato, su mente dándole vueltas a las palabras de Kate. **¿Era posible que hubiera cometido un error tan grande?**

—¿Qué esperas que haga, Kate? —dijo, tratando de mantenerse calmado, pero su voz salió más baja de lo que había querido—. ¿Dejarla quedarse aquí, atrapada en un lugar donde no tiene su lugar? **¿Debía haberla dejado quedarse?**

Kate sacudió la cabeza, como si él estuviera obviando la única verdad importante.

—No, Duncan —dijo, acercándose un paso más hacia él—. Lo que esperas de ella, lo que esperas de ti mismo, **es que sigas siendo el hermano protector que siempre has sido.** Pero Isabel no es esa niña pequeña. **No la puedes controlar como a antes.**

Las palabras de Kate se clavaron en el corazón de Duncan, dejándole un nudo en la garganta. **¿Había estado tratando de controlarla?** Había querido protegerla, había creído que lo hacía por su bien, pero **tal vez había estado equivocándose todo el tiempo.**

Duncan se pasó una mano por el rostro, intentando ordenar sus pensamientos. **¿Había realmente forzado a Isabel a hacer algo que no quería?**

—Isabel es mi hermana —dijo Duncan, la voz temblorosa, casi sin darse cuenta—. No podía dejarla perderse. **No podía perderla.**

Kate suspiró, como si sus palabras finalmente llegaran a la parte de él que necesitaba escucharlas.

—No se trata de perderla, Duncan —dijo Kate con suavidad—. Se trata de **dejarla ser quien realmente es.**

El silencio que siguió fue abrumador. Duncan miró a Kate, viendo en sus ojos una comprensión que no podía encontrar en sí mismo. **Ella tenía razón.**

* * *

La conversación con Kate lo había dejado atónito. Sus palabras seguían retumbando en su mente como un eco imposible de ignorar. Mientras caminaba por el castillo, sus

pasos parecían más pesados, como si el peso de las decisiones pasadas se hiciera más grande con cada segundo que pasaba. **No podía dejar de pensar en Isabel.**

Duncan se detuvo frente a una de las ventanas del castillo, mirando hacia el paisaje lejano. La luz de la tarde iluminaba las colinas, pero para él, todo parecía desmoronarse, cada rincón de su vida ahora cargado de una duda que no había sentido antes. **¿Había hecho lo correcto?**

Recordó los últimos momentos que pasó con Isabel, esos momentos que había tomado como una forma de asegurarse de que ella no cometería un error. La última vez que la había visto antes de que ella se fuera al convento, su rostro había estado lleno de tristeza y confusión. **Ella no quería irse.** No quería tomar los votos, no quería estar en ese lugar. Y él lo había visto en sus ojos, pero, en lugar de detenerse, de entenderla, había presionado. **La había forzado.**

Duncan apretó los dientes, sintiendo el peso de esa revelación como una losa sobre su pecho. **¿Cómo había podido ser tan ciego?** La había presionado para que tomara una decisión que no estaba lista para hacer, una decisión que la alejaba de lo que realmente quería. La había empujado al convento, al silencio y la soledad, sin permitirle siquiera cuestionar lo que sentía.

Se acordó de su último intento de hablar con ella antes de su partida. La había visto en el pasillo, y había tratado de acercarse, de hablar con ella, de ofrecerle apoyo. Pero **Isabel había reaccionado con tanta evasión, con tanta frialdad, que la distancia entre ellos se hizo insalvable.** En ese momento, Duncan no entendió por qué. **Ahora, lo comprendía todo.**

Había forzado a su hermana a tomar una decisión que no debía. La había tratado como si fuera una niña, como si su propio deseo de protegerla pudiera justificar sus acciones. **Pero Isabel ya no era una niña.**

La verdad lo golpeó con fuerza. **Isabel había huido porque no podía soportar la carga de decisiones que él había tomado por ella.** Ella lo había hecho porque, en su interior, había

sabido que no podía vivir una vida que no le pertenecía, que no podía vivir bajo las expectativas que él le imponía. Y Duncan, en su afán de protegerla, **la había empujado a tomar la única decisión que podía tomar para liberarse.**

Se sentó en la mesa, sus manos temblando mientras intentaba procesar todo lo que acababa de descubrir. **Había fallado.** Y lo peor de todo era que **sabía que ella no lo perdonaría.**

El dolor lo envolvió como una nube oscura. **Había perdido a Isabel, no solo porque se había ido al convento, sino porque había sido él quien la había empujado allí. Se había perdido a sí misma en el proceso, y él había sido el responsable de eso.**

Con las manos apoyadas en la mesa, Duncan se inclinó hacia adelante, cerrando los ojos por un momento. El sufrimiento que sentía era un reflejo de la tristeza que había visto en el rostro de Isabel, de la forma en que había huido sin dar explicación.

Ahora, comprendía que su hermana había estado gritando por ayuda, por libertad, y él había cerrado los ojos, pensando que sabía lo que era mejor para ella. **Pero lo único que había hecho era tomarle su derecho a decidir.**

Duncan se levantó de la mesa, sus pasos rápidos y decididos. **No podía quedarse de brazos cruzados, no podía dejar que Isabel viviera la vida que él le había impuesto.** Necesitaba encontrarla, explicarle que se había equivocado, que todo lo que había hecho era por miedo a perderla, pero **ahora, al perderla de verdad, entendía que lo había hecho todo mal.**

Sin pensarlo dos veces, Duncan se dirigió a sus aposentos. **No sabía si Isabel lo perdonaría, pero tenía que intentarlo.** Si no lo hacía, se quedaría con el remordimiento de saber que nunca le dio la oportunidad de elegir.

Isabel había tomado una decisión, pero **él también tenía que tomar una.** No podía seguir viéndola alejarse sin hacer nada. No podía seguir con su vida, con su castillo, con su clan,

mientras ella estaba lejos, buscando la paz en un convento al que él la había enviado sin preguntarle qué quería.

No podía dejarla ir.

* * *

La decisión estaba tomada. Duncan no sabía cómo ni por qué lo había dudado antes, pero en ese momento, **su mente estaba clara. No podía quedarse en el castillo esperando que las cosas se resolvieran solas.** Tenía que actuar, tenía que encontrar a Isabel antes de que tomara los votos. **Antes de que se comprometiera a una vida que no había elegido.**

No podía permitir que su hermana viviera una vida de sacrificio y renuncia solo porque él pensaba que era lo mejor. **No podía dejarla seguir con ese destino sin haberle dado la oportunidad de decidir por sí misma.**

Duncan se movió rápidamente, sin detenerse a pensar en las consecuencias. **Sabía que debía ir tras ella, que tenía que encontrarla antes de que fuera demasiado tarde.** Había llegado el momento de aceptar que su hermana ya no era la niña que había cuidado, que ya no podía seguir tratándola como si no tuviera voz ni voto en su propia vida. **Isabel debía ser libre.**

Se preparó para partir. **Tomó su espada, sus provisiones, y no se detuvo a pensar en lo que podía encontrar al final del camino.** Sabía que lo que estaba haciendo no era fácil, que se estaba enfrentando a su propia familia, a la tradición, pero lo que más le dolía era que Isabel ya no lo veía como su protector. **Y lo peor era que sabía que ella tenía razón.**

Duncan salió de su habitación con paso firme, decidido a ir tras Isabel, decidido a corregir lo que había hecho mal. **No podía dejarla tomar esa decisión sin luchar por ella, sin darle la oportunidad de elegir.**

Salió del castillo sin decirle nada a nadie, sin esperar el consentimiento de su clan ni la aprobación de su familia.

Duncan MacGregor se dirigió al convento para traer de vuelta a su hermana, para ofrecerle la oportunidad de vivir una vida diferente, una vida que estuviera en sus manos, no en las de otros.

El camino hacia el convento no sería fácil. Sabía que el convento estaba a varios días de distancia, en una región aislada donde pocos se atrevían a ir. Pero eso no lo detuvo. **El viaje era lo de menos.** Lo que importaba era **que no podía quedarse allí sin hacer nada.**

A medida que avanzaba por el sendero, Duncan pensaba en los últimos días, en cómo había dejado que sus temores, sus inseguridades, gobernaran sus decisiones. **Cómo había presionado a Isabel para que tomara una vida que no deseaba.**

El remordimiento lo consumía.

Pero ahora tenía la oportunidad de corregirlo. **De darle a Isabel lo que ella realmente quería, aunque no estuviera seguro de qué era.**

El viento soplaba con fuerza, como si el mundo estuviera advirtiéndole de la magnitud de lo que estaba haciendo. **Pero Duncan no podía retroceder.** Lo había perdido todo cuando Isabel se alejó, y no podía permitir que la distancia entre ellos se hiciera insuperable.

Isabel tenía que saber que tenía el derecho de elegir su vida. Que no estaba sola, que su hermano estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para que ella **decidiera su propio destino.**

Cuando Duncan llegó a la entrada del convento, el sol estaba en su punto más alto, iluminando el paisaje con una luz intensa y cálida. El cielo despejado no dejaba lugar a dudas de que este era el momento decisivo. La decisión que había tomado había sido radical, pero sabía que era la única forma de recuperar a Isabel, de darle la oportunidad de elegir un camino diferente, uno en el que no estuviera atrapada por las expectativas ajenas.

No podía fallar. Sabía que si no lo hacía ahora, perdería la oportunidad de enmendar su error. Tenía que llegar a ella antes de que el convento la acogiera de nuevo, antes de que tomara los votos que la habrían alejado para siempre.

17

La interrupción en la iglesia

El momento estaba sobre ella, tan cercano que Isabel podía sentir el peso de la ceremonia presionando sobre su pecho. **Los votos, la consagración, la entrega a una vida que había estado esperando desde su llegada al convento, todo eso se cernía sobre ella.** Pero, al mismo tiempo, una parte de ella seguía resistiéndose, buscando alguna señal, algo que le indicara que este era el camino que realmente quería tomar.

La madre superiora, con su rostro sereno y sus ojos llenos de aprobación, la miraba fijamente. Isabel sabía lo que se esperaba de ella. Sabía que todo estaba en sus manos ahora, y que una vez pronunciados los votos, no habría vuelta atrás. **¿Estaba preparada?**

La iglesia estaba tranquila, el murmullo de las oraciones de las monjas apenas se oía, pero **algo en el aire parecía haber cambiado.** Isabel se tensó, como si un presagio se hubiera colado en el ambiente. **Un sonido distante, como el eco de cascos de caballos, comenzó a hacerse más fuerte.**

¿Era su imaginación? Isabel levantó la mirada, mirando hacia la puerta de la iglesia, sintiendo cómo el sonido se aproximaba con rapidez. **¿Quién podía estar llegando a estas horas?**

El viento comenzó a soplar con más fuerza, agitando las cortinas de la iglesia y haciendo que las velas parpadearan. **El ruido de los cascos se hacía más cercano.** Isabel, con el corazón acelerado, miró hacia la madre superiora, que parecía no notar nada fuera de lo común. **Pero Isabel sentía que algo estaba por ocurrir, algo que cambiaría el curso de su vida.**

Los cascos de los caballos eran ahora más fuertes, más definidos, y el sonido resonaba en sus oídos, como un tambor que marcaba el ritmo del destino. Isabel trató de concentrarse en la ceremonia, de mantener su mente en el voto que estaba a punto de hacer, pero **la presencia de ese caballo acercándose parecía llenarlo todo.**

Fue en ese momento, cuando el sonido de los cascos alcanzó su punto máximo, que las grandes puertas de la iglesia se abrieron de golpe. Isabel dio un paso atrás, sorprendida por la irrupción, mientras el aire frío de afuera entraba de golpe. **¿Quién estaba entrando?**

Un murmullo recorrió la iglesia. Las monjas se giraron, sorprendidas, y la madre superiora, con una mirada de desaprobación, se inclinó ligeramente hacia adelante. Isabel, con el corazón latiendo en su garganta, miró hacia la entrada. **Y allí, en el umbral, apareció una figura familiar.**

Duncan.

Con su capa ondeando ligeramente por el viento, su rostro firme, pero con algo en sus ojos que Isabel no pudo identificar, Duncan entró en la iglesia sin vacilar. **Era como si él estuviera dispuesto a desafiar todo lo que se esperaba de ella, como si hubiera venido a detenerla antes de que diera el paso final.**

Isabel sintió una oleada de confusión y miedo recorrerla. **¿Por qué estaba allí?** ¿Cómo había sabido que ella estaba tomando los votos? **¿Cómo había llegado hasta allí?**

Los cascos de los caballos, que aún resonaban en el aire, indicaban que la entrada de Duncan no había sido un accidente. **Él había llegado a propósito.**

La madre superiora, con el rostro tenso, hizo un leve movimiento hacia adelante, pero Duncan no pareció inmutarse. Caminó con paso decidido hacia el centro de la iglesia, su mirada fija en Isabel, como si no hubiera nada ni nadie que pudiera detenerlo.

Isabel, paralizada por el miedo y la sorpresa, no pudo apartar la vista de él. **¿Qué significaba su presencia aquí, ahora, cuando ella estaba a punto de comprometerse con la vida que había elegido?**

Isabel lo observó con una mezcla de incredulidad y miedo. **¿Por qué estaba allí?** ¿Por qué había decidido irrumpir en ese momento tan crucial para ella? No podía entenderlo. No podía comprender cómo su hermano, su protector, podía estar allí, desafiando todo lo que ella había planeado para su vida, todo lo que había tratado de construir.

Las monjas seguían susurrando, pero Duncan las ignoró por completo. Su mirada estaba fija en Isabel, y, al verlo acercarse, ella sintió una oleada de emociones encontradas. **Lo había visto muchas veces, pero nunca de esa manera. Nunca con esa determinación, con esa expresión de quien ha venido a cambiar algo que no puede dejar pasar.**

La madre superiora dio un paso hacia él, su tono autoritario.

—¿Qué está sucediendo, hermano MacGregor? —preguntó, su voz clara, pero cargada de desaprobación.

Duncan la miró sin inmutarse. **No le importaba lo que pensara nadie más.** Lo único que importaba era Isabel. **Solo Isabel.**

—Vengo por mi hermana —respondió con voz baja pero firme.

Isabel sintió que su corazón se aceleraba. **¿Qué estaba diciendo?** ¿Cómo podía interrumpir la ceremonia de esa manera? ¿Cómo podía ignorar todo lo que ella había estado esperando, todo lo que había creído que sería su futuro?

Duncan se acercó aún más, y por un momento, **todo en el convento desapareció para Isabel.** Las paredes, las monjas,

las oraciones... todo se desvaneció, dejando solo el rostro de su hermano frente a ella, una figura familiar pero ajena en ese momento, como si la conexión entre ellos fuera ahora más frágil de lo que había sido antes.

—No vengo a obligarte a nada —dijo Duncan, su tono más suave, pero con una gravedad que le llegó al corazón de Isabel —. Solo quiero que seas libre para elegir. Quiero que estés con quien tú quieras estar.

Isabel se quedó inmóvil, sus ojos fijos en él, buscando alguna explicación, algún indicio de que lo que estaba haciendo tenía algún sentido. **¿Libre para elegir?**

El peso de las palabras de Duncan cayó sobre ella, y por un momento, se sintió como si hubiera sido liberada de una carga que ni siquiera sabía que llevaba. **Pero la liberación también la asustaba.**

Las monjas seguían observando en silencio, pero Isabel ya no podía escuchar sus murmullos. **Solo podía escuchar su propio corazón latiendo con fuerza en su pecho.** El tiempo parecía haberse detenido, y la iglesia, que antes había estado llena de tranquilidad, ahora se sentía como un campo de batalla, donde dos mundos se enfrentaban, donde el pasado y el futuro se chocaban con violencia.

Duncan dio un paso más hacia ella, su mirada fija, esperando algo que Isabel no podía comprender. **Esperaba que ella se levantara, que lo siguiera, que dejara atrás lo que había planeado, lo que había decidido.** Pero Isabel se sintió como si estuviera atrapada entre dos mundos, como si, en ese momento, todo lo que había conocido, todo lo que había sido, fuera un espejismo.

—Isabel —dijo Duncan, su voz ahora más suave, pero llena de una desesperación contenida—. **No quiero que tomes una decisión que no puedas desear.**

Isabel cerró los ojos por un momento, como si al hacerlo pudiera bloquear la realidad, como si pudiera escapar de lo que estaba sucediendo. **¿Era eso lo que quería?** ¿Una vida de libertad, de elección, de independencia, o estaba dispuesta a

seguir el camino que siempre había conocido, el camino que su hermano había trazado para ella?

El conflicto dentro de ella era insoportable. **Todo lo que había conocido parecía tan lejano, tan irreal, cuando la miraba a través de los ojos de Duncan.** Pero, al mismo tiempo, **sabía que no podía simplemente elegir por él.**

El silencio que siguió fue ensordecedor. Isabel sabía que, en ese momento, su vida cambiaría para siempre. No había vuelta atrás. **La decisión estaba delante de ella.**

Isabel se quedó allí, inmóvil, con los ojos fijos en Duncan, tratando de comprender lo que acababa de escuchar. **"Libre para elegir."** Las palabras resonaron en su mente una y otra vez, como un eco lejano que se amplificaba en su pecho. Durante toda su vida, había sido guiada, protegida, dirigida hacia lo que otros pensaban que era lo mejor para ella. Pero ahora, en este momento crucial, **Duncan le estaba dando algo que ella nunca había tenido: libertad.**

A pesar de la incomodidad, a pesar de la incertidumbre que la rodeaba, **algo en su interior comenzó a despertar.** La sensación de estar atrapada, de haber vivido bajo un yugo invisible que la había mantenido atada a decisiones que no había tomado por sí misma, comenzó a desvanecerse. **Era como si una puerta se abriera, permitiéndole ver la posibilidad de un futuro diferente.**

Isabel levantó la vista lentamente, buscando algo en los ojos de Duncan, algo que le indicara si realmente podía confiar en lo que él le estaba ofreciendo. **¿Era libertad lo que él quería para ella? ¿O estaba simplemente intentando imponer su propio concepto de lo que era lo mejor para ella?**

—Duncan, yo... —Isabel empezó a hablar, pero sus palabras se perdieron en el aire. **No sabía cómo decir lo que sentía.** Había tantas cosas que quería expresar, pero no encontraba la manera de articularlas.

Duncan no la interrumpió. Simplemente la miró, con una expresión que no mostraba más que una profunda

comprensión. **Como si estuviera esperando que ella misma se diera cuenta de lo que necesitaba hacer.**

Isabel sintió que el nudo en su garganta se aflojaba, pero no completamente. **¿Qué significaba ser libre?** ¿Cómo podría liberarse de lo que había conocido, de todo lo que la había formado, si ya no sabía quién era sin esa estructura a su alrededor? Había pasado tanto tiempo viviendo bajo las expectativas de los demás, bajo las reglas del convento, que la idea de ser verdaderamente libre le resultaba aterradora.

—Duncan, no sé si puedo hacerlo —dijo finalmente, su voz temblorosa, como si las palabras la traicionaran. **No estaba segura de estar lista para enfrentarse a la vida que él le estaba ofreciendo.**

Duncan dio un paso hacia ella, pero no la tocó. **Solo estuvo allí, firme, pero sin forzarla.**

—No tienes que hacerlo todo de una vez —dijo suavemente—. No estoy pidiéndote que tomes una decisión en este momento. Solo quiero que **sepas que tienes la opción.** No estoy aquí para obligarte, Isabel. Solo quiero que **tú decidas por ti misma.**

Isabel cerró los ojos por un momento, permitiendo que sus palabras se asentaran en su corazón. **Solo quiero que decidas por ti misma.** Eran palabras simples, pero llenas de un significado que la hizo sentir más vulnerable que nunca. ¿Realmente podía tomar una decisión por sí misma? ¿Podía elegir un camino sin miedo a lo que perdería?

Cuando abrió los ojos, **Duncan la miraba con la misma intensidad de siempre, pero había algo diferente en su mirada.** No la veía como una niña, ni como un ser débil que necesitaba ser guiada. La veía como una mujer, con la capacidad de tomar decisiones, de decidir su destino. **Y eso era lo que la aterrorizaba.**

El miedo a tomar la decisión equivocada, el miedo a decepcionar a aquellos que la habían guiado, el miedo a dejar atrás lo conocido... todo eso la envolvía como una niebla

espesa. **Pero ahora, frente a Duncan, sintió que algo en su interior se abría.**

Isabel miró a la madre superiora, que estaba observando en silencio desde el altar, y luego a las otras monjas, que seguían mirando con atención, como si esperaran que ella tomara una decisión. **Pero Isabel sabía que esta no era una decisión que pudiera tomar por ellas, ni por Duncan, ni por nadie más.** Era su vida, su futuro, y **solo ella podría decidir lo que quería para sí misma.**

—No quiero esta vida, Duncan. —Las palabras salieron con claridad, aunque temblorosas, como si finalmente se estuviera liberando de algo que había estado apretando su corazón durante mucho tiempo. **La verdad ya estaba en su interior.**

Duncan no se sorprendió. Su rostro se suavizó, y una ligera sonrisa apareció en sus labios. **No había juicio en él. Solo una aceptación tranquila de lo que ella estaba diciendo.**

—Entonces, ven conmigo —dijo Duncan con suavidad, extendiendo su mano hacia ella. **No había prisa, no había presión.** Solo la oferta de la libertad que Isabel había estado buscando.

Isabel miró la mano de Duncan, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que podía **tomar esa decisión.** No con miedo, no con dudas, sino con la certeza de que lo que había estado buscando era la oportunidad de elegir su vida. **Y finalmente, podía hacerlo.**

Con una respiración profunda, Isabel dio un paso hacia adelante y **tomó la mano de su hermano,** no porque estuviera huyendo, sino porque, por primera vez, **era su propia elección.**

Isabel sintió cómo sus piernas flaqueaban al dar ese paso. **El contacto con la mano de Duncan, su hermano, era un ancla que la mantenía en este momento de confusión, pero al mismo tiempo, el peso de la decisión que acababa de tomar se desplegaba en su interior como una tormenta.** Había sentido la necesidad de tomar el control, de liberarse de las

cadenas que la habían atado durante tanto tiempo, pero **ahora que lo hacía, se dio cuenta de lo profundamente que le dolía.**

Apenas había cruzado unos pasos hacia Duncan cuando, de repente, **una ola de emociones la abrumó.** Las palabras que había estado guardando dentro de sí, las que nunca se había atrevido a decir, comenzaron a salir con la misma fuerza con la que las lágrimas brotaron de sus ojos. **Se cubrió el rostro, incapaz de contener la angustia que la inundaba.**

Había pasado años de su vida sumida en la rutina del convento, buscando consuelo en las oraciones, en las promesas de obediencia, pero había llegado a un punto en el que **la vida que había conocido ya no era suficiente.** Aidan, el deseo que había sentido por él, el dolor de la distancia, todo se había acumulado y ahora, al estar frente a Duncan, todo lo que había reprimido durante tanto tiempo salió de golpe.

—Isabel... —La voz de Duncan, suave pero llena de preocupación, llegó a sus oídos, pero **ella no podía detenerse.** El dolor la envolvía, como si todo lo que había intentado ser, todo lo que había creído, se estuviera desmoronando a su alrededor.

¿Por qué? ¿Por qué había sido tan difícil dejar atrás el convento, si era lo que pensaba que deseaba? ¿Por qué, a pesar de la posibilidad de estar libre, de hacer lo que quisiera, sentía un vacío tan grande que nada parecía llenarlo? **¿Era esto realmente lo que quería, o simplemente estaba huyendo?**

Las lágrimas caían sin control, y Duncan, al verla, se acercó rápidamente. **Nunca había visto a Isabel tan vulnerable, tan rota.**

—No quiero esta vida —sollozó Isabel, su voz quebrada por la emoción—. **No quiero seguir huyendo de lo que siento, de lo que quiero. Pero no sé quién soy sin todo esto. No sé si estoy tomando la decisión correcta.**

Duncan la miró con una mezcla de comprensión y tristeza. **No podía culparla.** Duncan entendió que había sido él quien la había llevado a este punto.

—Isabel —dijo Duncan, su voz suave pero llena de un afecto profundo—, no tienes que tomar una decisión ahora. No tienes que decidir lo que quieres para el resto de tu vida en este momento. **Solo quiero que estés bien, que seas feliz.**

Isabel lo miró, y aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas, **por primera vez en mucho tiempo, sintió que podía respirar.** No tenía todas las respuestas, no sabía qué pasaría después, pero sentía que, al menos por un momento, podría encontrar la paz en su alma.

Pero eso no la calmaba por completo.

¿Cómo podía enfrentarse a la verdad de lo que sentía por Aidan, a la confusión que la había invadido? ¿Por qué, cuando todo estaba en sus manos, cuando todo debería ser más claro, sentía que su vida estaba rota en pedazos?

Isabel respiró profundamente y, mientras Duncan la sostenía, **se permitió finalmente dejarse ir.** No podía seguir siendo lo que los demás querían que fuera. No podía seguir atrapada entre lo que creía que debía hacer y lo que realmente sentía.

Isabel había tomado el primer paso hacia su libertad. Pero, al hacerlo, también se dio cuenta de que la libertad venía con su propio dolor.

La ceremonia había terminado, y la iglesia, que alguna vez le ofreció consuelo, ahora parecía más vacía que nunca. El sonido de las campanas que aún resonaban en el aire se convirtió en el eco de su propia indecisión, y todo lo que quedaba era la promesa de un futuro incierto.

18

El reencuentro con Aidan

El regreso al castillo fue un trayecto largo, marcado por la quietud del amanecer y el peso de las decisiones no habladas. Isabel caminaba junto a Duncan, el sol naciente iluminando suavemente el camino, pero su mente, inquieta, no encontraba reposo. A pesar de las montañas de Escocia que se alzaban majestuosas a su alrededor, llenas de paz y belleza, ella no podía encontrar esa misma calma dentro de sí misma. **El regreso a un lugar familiar, pero lleno de incertidumbre, le producía una sensación extraña de desconexión.**

Mientras avanzaban, el sol seguía su ascenso, tiñendo el cielo con colores cálidos. **La jornada transcurría en silencio, pero Isabel no podía evitar sentirse atrapada en la maraña de sus pensamientos.** No había querido huir del castillo, pero tampoco podía quedarse en un lugar que la limitaba, que la mantenía bajo el control de las expectativas ajenas. **El convento, al que había sido llevada años atrás, parecía ser un refugio lejano, algo que había dejado atrás para siempre, pero lo que había ganado al salir de allí también la dejaba perdida, buscando una verdad que no sabía si encontraría.**

A su lado, Duncan no dejaba de observarla de vez en cuando, aunque no le hacía preguntas directas. **Él sabía que Isabel necesitaba tiempo para procesar todo lo que había**

sucedido. Su hermano había querido ser el protector, el que decidía por ella, el que creía saber lo que era mejor para ella. Pero, con el tiempo, Isabel había cambiado. Se había dado cuenta de que el amor no tenía que ser una prisión. Aidan había sido la primera persona que realmente la había visto por lo que era. **La libertad que él le ofreció fue más de lo que el convento o el castillo pudieron darle.**

Isabel sentía una mezcla de emociones contradictorias mientras avanzaba por el sendero. **No podía negar que, al entregarse a Aidan, había tomado una decisión que la había cambiado.** Había roto con las expectativas que su familia tenía de ella, con los sueños que otros habían proyectado en su vida. Pero ahora, al regresar al castillo, sentía que algo dentro de ella se estaba rompiendo. **La responsabilidad que sentía hacia su familia, hacia su hermano, y hacia todo lo que había sido, estaba empujando su corazón hacia atrás, hacia un lugar al que no quería regresar.**

—**Isabel**, ¿realmente eres feliz con lo que has decidido? —preguntó Duncan después de un largo rato, sus palabras rompiendo el silencio de la mañana.

Isabel lo miró, sorprendida por la pregunta. Era la primera vez que Duncan la cuestionaba tan directamente sobre sus sentimientos. A lo largo de su vida, ella nunca había tenido el poder de decidir sobre su vida. Pero ahora, en ese momento, parecía que las cosas estaban cambiando. **Él ya no podía tomar las decisiones por ella.** Isabel sabía que su respuesta iba a cambiar la dinámica entre ellos. **Pero necesitaba ser honesta, necesitaba ser fiel a lo que sentía.**

—Nunca he sido más libre que cuando estoy con Aidan —respondió Isabel, su voz firme, pero suave. No había duda en sus palabras. **El deseo de libertad que había sentido en su corazón desde que era una niña finalmente encontraba eco en sus acciones. Aidan había sido el primer hombre que no la veía como una niña, sino como una mujer capaz de decidir por sí misma.**

Duncan la miró en silencio, evaluando sus palabras. **Había sido su hermano protector durante tanto tiempo que no podía comprender completamente lo que ella sentía.** Isabel no esperaba que él lo entendiera, pero lo que necesitaba era ser escuchada. **Había tomado una decisión, y esa decisión era suya.**

Duncan suspiró, mirando el horizonte por un momento antes de hablar de nuevo.

—No lo entiendo, Isabel. **Te veo como mi responsabilidad.** Pero no puedo hacer nada para cambiar lo que sientes. **Es tu vida, y lo que elijas, lo respetaré.**

Isabel lo miró fijamente, notando la tristeza en sus ojos. Duncan siempre había sido su protector, el hermano mayor que se encargaba de ella. **Y ahora, sentía que estaba perdiendo a esa persona, esa figura que siempre había sido su apoyo.** Pero al mismo tiempo, sentía que tenía que dejar ir esa relación, dejar ir la vida que había sido proyectada para ella. **Ya no podía seguir bajo el control de nadie.**

La conversación entre ellos quedó suspendida en el aire. Duncan no dijo nada más, pero Isabel sabía que, de alguna manera, él entendía. **Él también había cambiado, al igual que ella.** Había aprendido a dejarla ir, a permitirle tomar sus propias decisiones, aunque eso significara enfrentarse a sus propios miedos.

El camino hacia el castillo continuó en silencio, pero, en el fondo, Isabel se sintió más libre que nunca. **Aunque no sabía lo que el futuro le depararía, al menos sabía que ahora podía tomar las riendas de su vida. Había decidido no permitir que las decisiones de los demás la definieran.**

* * *

La cena transcurría como siempre en el castillo, un ambiente acogedor y familiar con las luces suaves de las velas reflejándose en los platos, pero Isabel no podía dejar de

sentirse fuera de lugar. **Había regresado al castillo, pero su mente estaba lejos, en el campamento de Aidan.** Las conversaciones a su alrededor parecían tan lejanas, como si todo lo que sucediera en el castillo no tuviera ya importancia. Isabel estaba allí, en cuerpo, pero su mente no dejaba de vagar hacia el hombre con el que había compartido una conexión que había cambiado su vida.

A su lado, Duncan comía en silencio, con una mirada distraída que Isabel bien conocía. **No dijo mucho desde que regresaron al castillo, pero podía leer la preocupación en su rostro.** Duncan no la presionaba, pero su actitud siempre protectora estaba allí, a la espera de que ella diera una respuesta definitiva sobre lo que había vivido, sobre lo que pensaba hacer ahora. Isabel sabía que él la había acompañado hasta ese punto, pero no podía evitar sentir que su regreso a la vida del clan MacGregor era una vuelta a algo que no pertenecía a su corazón.

Kate, sentada al otro lado de la mesa, también la observaba en silencio, como si estuviera esperando el momento adecuado para hablar. **Isabel sabía que Kate había notado el cambio en ella.** Las tensiones entre la libertad y las obligaciones familiares la rodeaban, y, aunque no había sido tan explícita con sus sentimientos, había algo en su actitud que dejaba claro que Isabel no estaba en paz.

Al principio, Kate intentó seguir con la cena, hablar sobre los asuntos del clan y las noticias que traían los sirvientes, pero pronto la conversación se desvió. **Kate no era de las que esperaban a que alguien abriera el tema. Ella siempre iba al grano.**

—Isabel, ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó Kate de forma directa, como solo ella sabía hacerlo. **La mirada de Kate era aguda, observadora, como si intentara leer cada uno de los pensamientos de Isabel.**

Isabel levantó la vista, sorprendida por la pregunta. Aún no se había permitido pensar en lo que sucedería después, en lo que debía hacer para adaptarse de nuevo a la vida que había

dejado atrás. No sabía cómo responderle a Kate, **porque ella misma no lo sabía.**

—No lo sé —respondió con un suspiro, su voz suave pero cargada de duda. **Lo que sentía por Aidan, la forma en que había cambiado todo en ella, le hacía difícil pensar en algo más allá.** Pero al mismo tiempo, no podía ignorar la vida que tenía en el castillo, la vida que Duncan esperaba que retomara. **El futuro parecía un lugar incierto.**

Kate la observó en silencio por un momento, su mirada intensa, pero no presionó. En lugar de eso, empezó a hablar consigo misma en voz baja, casi como si estuviera pensando en voz alta. **Isabel se dio cuenta de que Kate estaba haciendo lo que siempre hacía: analizar.**

—Isabel, no te estoy presionando, pero no puedes seguir así. **Sé que algo ha cambiado en ti.** No puedes ocultarlo.

Isabel la miró, sorprendida por la declaración. **No había hablado de Aidan con Kate, nunca le había contado lo que había experimentado en el bosque, lo que había sentido al estar con él.** Pero algo en su expresión, en sus ojos, la hizo pensar que Kate ya lo sabía. **Que ya lo entendía.**

—No puedo dejar de pensar en él —confesó Isabel, sin pensarlo. **No había dicho esas palabras en voz alta antes, ni siquiera a ella misma.** Pero al pronunciarlas, se sintió más ligera, como si finalmente pudiera reconocer lo que realmente sentía. **Aidan no era solo un amor pasajero, era algo más.**

Kate la miró fijamente, comprendiendo. No hizo ninguna pregunta directa, pero su mirada lo decía todo: **estaba esperando que Isabel se diera cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo en su corazón.** No había necesidad de palabras adicionales.

—Isabel —dijo Kate con suavidad—, creo que ya sabes lo que tienes que hacer. **No es fácil, lo sé. Pero, cuando uno encuentra lo que realmente desea, cuando uno siente que ha encontrado su lugar, no se puede seguir huyendo.**

Isabel bajó la mirada, las palabras de Kate resonando en su mente. **¿Realmente podía quedarse aquí?** Lo que había sentido con Aidan, lo que había descubierto de sí misma estando a su lado, era tan profundo, tan liberador. Pero **¿qué implicaba eso para su futuro? ¿Qué pasaría con el clan MacGregor?**

—Creo que estoy enamorada de Aidan —dijo Isabel finalmente, como si las palabras le salieran sin esfuerzo. **Era la verdad, lo que sentía en su alma.** Pero al decirlo en voz alta, también se dio cuenta de lo que eso significaba: que **la libertad que había encontrado en él la alejaba de todo lo que conocía.**

Duncan levantó la vista hacia ella, la sorpresa en sus ojos. **No estaba molesto, pero su rostro reflejaba una mezcla de desconcierto y aceptación.** Isabel vio en sus ojos lo que ya sabía: **él no entendía completamente, pero lo respetaba.**

Kate, al ver la expresión de Duncan, se levantó de su silla y se acercó a Isabel, abrazándola brevemente. **Era su forma de darle el espacio para procesarlo, pero también de mostrarle que no estaba sola.**

La cena continuó en un silencio lleno de comprensión, pero Isabel ya no se sentía atrapada. **Había admitido lo que sentía, y esa verdad la liberaba más de lo que nunca imaginó. La decisión estaba en sus manos, y aunque el futuro fuera incierto, ella ya no tenía miedo de lo que podría venir.**

* * *

Aidan estaba en su campamento, mirando el horizonte, sus pensamientos tan oscuros como la noche que se estaba apoderando del cielo. **Aunque los árboles a su alrededor ofrecían refugio y la quietud de la naturaleza lo rodeaba, Aidan no podía dejar de sentir un vacío que lo consumía.** Había esperado que Isabel regresara a él, pero, al igual que las

sombras que lo rodeaban, el tiempo seguía pasando sin respuesta.

La tarde había comenzado a caer, el fuego ardía en el centro del campamento, pero Aidan no podía concentrarse en nada más que en la imagen de Isabel, tal como la había visto partir. **La miraba en su mente, como si fuera la última vez, con sus ojos azules llenos de una tristeza que Aidan no había podido entender en su momento.** Había creído que las palabras entre ellos eran claras, que los sentimientos compartidos significaban algo más que un simple deseo pasajero. **Pero ahora, sin ella, todo lo que quedaba era incertidumbre.**

¿La había perdido para siempre? Eso era lo que más le dolía. Aidan nunca había sido un hombre que temiera perder algo, ni a alguien, pero Isabel era diferente. Ella había sido la única que había penetrado las barreras que él había construido alrededor de sí mismo, y ahora que ella se había ido, **su mundo volvía a ser tan frío y distante como antes.** La sensación de que había dejado ir lo que más deseaba lo envolvía con una tristeza silenciosa, más profunda que cualquier herida física.

La libertad que había encontrado en Isabel lo había marcado de una manera que no comprendía, pero ahora, **Aidan sentía que había perdido algo que no podía recuperar. ¿Qué haría sin ella?** Las noches sin su presencia, sin sus risas, sin esa conexión que había sido tan natural entre ellos, parecían interminables.

En su mente, imaginaba un último encuentro. **Habría querido detenerla, habría querido hacerle saber cuánto la necesitaba...** pero debía respetar su decisión, Isabel se había alejado, y aunque él había sido firme, el vacío que dejó en su corazón era innegable.

Aidan suspiró, mirando el fuego que se extinguía lentamente. La oscuridad avanzaba sobre el campamento, como el peso de sus pensamientos. **¿Había hecho lo correcto al dejarla ir?** Sabía que ella necesitaba encontrar su propio

camino, pero **no podía evitar la sensación de que, al liberarla, también se había liberado de su vida.**

El viento sopló con fuerza, y Aidan sintió un escalofrío recorrer su espalda. **En su corazón, la esperanza había comenzado a desvanecerse.** Isabel había vuelto al convento, había regresado al lugar que había conocido, pero él sentía que, de alguna manera, había sido el responsable de perderla. Había temido presionarla, había creído que la alejaría más, y ahora, **sentía que sus miedos se habían hecho realidad.**

Mientras Aidan se sumía en sus pensamientos, las luces del campamento parpadeaban con la luz de la fogata, pero él ya no sentía el calor de la llama. **Solo quedaba el vacío, una sensación de pérdida que lo atenazaba.** A medida que la noche avanzaba, la incertidumbre se apoderaba de su mente. **¿Y si nunca la volvía a ver?** La idea de que Isabel se había ido para siempre se instalaba en su corazón, y con ella, el peso de un dolor que no había experimentado nunca.

Aidan sabía que Isabel había tomado una decisión importante, pero no podía evitar preguntarse si esa decisión significaba que ya no había espacio para él en su vida. **¿Había hecho bien al dejarla ir?** El amor que sentía por ella no había desaparecido, no se había desvanecido con su partida. **De hecho, solo había crecido más fuerte con el tiempo.**

Con un suspiro profundo, Aidan se levantó del suelo y caminó hacia las sombras. **Sabía que la vida seguía, que debía seguir adelante, pero algo dentro de él le decía que, aunque lo intentara, nunca dejaría ir a Isabel.**

* * *

El camino hacia el campamento de Aidan se sintió interminable. Isabel caminaba al lado de Duncan, pero su mente estaba lejos. Aunque había tomado la decisión de regresar al castillo, algo en su interior le decía que **el verdadero reencuentro aún estaba por suceder.** Ella no sabía

cómo se sentiría al ver a Aidan nuevamente, pero las dudas seguían acechando su corazón. **¿Sería suficiente? ¿Había cambiado algo entre ellos o solo había sido una ilusión?**

Duncan caminaba a su lado, observando a su hermana con una preocupación que no podía ocultar. **Sabía lo que ella había vivido, lo que había sentido, pero no entendía completamente lo que pasaba por su mente.** Isabel había tomado una decisión, pero el peso de esa elección la había marcado, y Duncan lo veía en la forma en que sus ojos evitaban los suyos, como si estuviera buscando algo que no podía encontrar. **No era la misma Isabel que se había ido al convento.**

A medida que se acercaban al campamento de Aidan, Isabel sintió una mezcla de emociones que la desbordaba. **El aire fresco de la mañana se colaba entre los árboles, pero no podía evitar sentir que algo más grande estaba en juego.** Se acercaban al lugar donde todo había comenzado, pero también donde todo podía cambiar.

—**Allí está.** —Duncan señaló hacia la distancia, donde las sombras de los árboles se abrían y el campamento de Aidan se asomaba entre ellos. **Isabel lo vio, a lo lejos, de pie junto al fuego.** La luz del día comenzaba a iluminarlo, pero su figura permanecía oscura, como si el campamento estuviera rodeado por una atmósfera que reflejaba su propio estado interno.

Isabel detuvo su paso, observando la figura de Aidan. **Podía ver la silueta de su rostro, pero algo en él no estaba bien. Su expresión era sombría, como si la pérdida que había sentido lo hubiera marcado para siempre.** Isabel se quedó en silencio, sintiendo que el peso de lo que había sucedido entre ellos se acumulaba en su pecho. ¿Lo vería como antes? **¿Lo aceptaría ahora que ella había tomado el control de su destino?**

Duncan observó a Isabel, sabiendo que el momento estaba cerca, pero no dijo nada. **Este era su reencuentro, el paso que ella debía dar por sí misma. La libertad de Isabel era más**

importante que cualquier vínculo familiar o responsabilidad que pudiera tener.

Isabel dio un paso adelante, y Duncan la siguió, manteniendo su distancia. **Sabía que no podía interferir en lo que estaba a punto de suceder.** Aunque siempre había estado allí para Isabel, esta vez, ella tendría que decidir qué hacer con lo que sentía.

Cuando Isabel se acercó más, Aidan levantó la cabeza, y **sus ojos se encontraron.** Al principio, hubo una fracción de segundo en que todo pareció detenerse. Isabel lo vio como lo había visto antes, pero con algo más en su mirada. Había dolor, había sufrimiento, **pero también una luz tenue de esperanza.**

Isabel no sabía qué hacer. ¿Podía acercarse? ¿Podía abrazarlo después de todo lo que había pasado? Todo lo que había vivido la había cambiado, y ahora, al verlo, sentía que el pasado ya no era el mismo. Lo que había sido entre ellos había sido real, pero también complicado. Isabel tenía miedo de que, al acercarse a él, todo lo que había aprendido se desvaneciera, pero también sabía que **si no lo hacía, perdería lo que había encontrado.**

Aidan, al verla acercarse, dio un paso hacia adelante, su mirada intensa y llena de esa misma mezcla de emociones que Isabel sentía. **Parecía que el tiempo y el espacio entre ellos no existían, y el aire alrededor de ellos se cargaba con la tensión que siempre había estado allí.** Pero, al mismo tiempo, había algo más: una aceptación silenciosa de lo que había pasado, de lo que no podía cambiar.

Duncan observó desde la distancia, sin intervenir. **El camino que Isabel había decidido seguir la llevaba hacia Aidan, y él no podía hacer nada para detenerlo.**

Isabel dio otro paso, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, Aidan la miró con intensidad, como si la estuviera midiendo, buscando respuestas en sus ojos. **Pero Isabel no tenía las respuestas, no las había encontrado aún.** Sin

embargo, en ese momento, supo que debía actuar, que debía dar ese paso hacia él.

Finalmente, **la distancia entre ellos desapareció**. Isabel levantó su mano, y Aidan, con una suavidad que sorprendió a ambos, la tomó. No hubo palabras, no hubo promesas, solo un gesto silencioso de comprensión.

Isabel cerró los ojos por un momento, permitiendo que el alivio, la tristeza, la emoción y la pasión se fusionaran en una sola sensación. **Estaba con él, y por fin, no sentía miedo de lo que eso significaba.**

El reencuentro entre Isabel y Aidan fue todo lo que ambos habían imaginado y más. Cuando Isabel sintió la calidez de su mano, el roce de sus dedos entrelazándose, una oleada de emociones la invadió con tal fuerza que apenas pudo respirar. Aidan, al verla allí, frente a él, parecía igual de afectado. Su rostro, marcado por la lucha interna, se suavizó momentáneamente al reconocer la determinación en sus ojos. **Era ella. Estaba de vuelta.**

Aidan no había esperado que su corazón latiera tan rápido, ni que la mezcla de amor y dolor lo golpeara con tanta fuerza. Había vivido días, semanas, convenciéndose de que Isabel se había perdido para siempre, que la vida había tomado rumbos irreversibles para ellos dos. Pero ahora, al ver la mirada de Isabel, al ver cómo sus ojos azules brillaban con una intensidad que nunca había dejado de desear, **todo el tiempo perdido se desvaneció en un instante.**

Isabel, aunque tomada por la emoción, intentó recuperar el control de sí misma. **No podía dejar que su vulnerabilidad la dominara por completo, aunque el anhelo que sentía por él la hiciera temblar.** Aidan la miró, buscando algo en su rostro, como si quisiera asegurarse de que no era un sueño, de que todo lo que había ocurrido entre ellos no había sido solo una fantasía pasajera. **Pero lo que vio en sus ojos fue lo mismo que él sentía: amor, desesperación y la necesidad de un futuro juntos.**

Sin mediar palabra, Aidan la abrazó, envolviendo su cuerpo con fuerza, como si temiera que, al soltarla, ella desapareciera en el aire. **El abrazo fue una promesa silenciosa, una de esas que no necesitan palabras para ser entendidas.** Isabel, al sentir la seguridad de su cuerpo cerca, al sentir cómo sus corazones latían al unísono, se permitió cerrar los ojos y descansar en él, sintiendo que finalmente había encontrado un refugio, **su hogar.**

—No puedo vivir sin ti, Isabel. —La voz de Aidan se rompió ligeramente, la sinceridad en sus palabras era palpable. Isabel pudo sentir el dolor en su tono, la angustia que había cargado por tanto tiempo mientras ella estaba lejos.

Isabel, aún envuelta en su abrazo, le respondió en un susurro, su voz temblando por el torrente de emociones que la embargaban.

—Yo tampoco quiero vivir sin ti, Aidan. —Las palabras eran suaves, pero llenas de una determinación que hasta entonces le había costado encontrar.**Finalmente, comprendió lo que siempre había estado buscando.**

Aidan la miró, sus ojos recorriéndola, como si intentara memorizar cada detalle de su rostro, como si temiera que la realidad fuera a desvanecerse en cualquier momento. Pero al mirarla, se dio cuenta de algo más: **la incertidumbre que había sentido, las dudas que lo habían acompañado durante todo el tiempo que estuvo sin ella, se desvanecieron.** Ahora, lo único que importaba era el aquí y el ahora, lo que ambos podían construir juntos.

Isabel, sintiendo la conexión con Aidan más fuerte que nunca, se apartó ligeramente, pero sin soltarlo. **Lo miró a los ojos con una intensidad que reflejaba todo lo que había estado callado en su corazón.** No necesitaba palabras; **ya lo sabía**. **Él también la había esperado, había estado esperando este reencuentro tanto como ella.**

—Aidan, yo... —Isabel comenzó, pero las palabras se le escapaban, se perdían en el aire. No podía encontrar una

forma de describir lo que sentía, lo que había vivido, todo lo que había dejado atrás.

Aidan la interrumpió con una sonrisa suave, casi triste, pero llena de comprensión. **Él sabía lo que significaba ese silencio.** Sabía que las palabras no eran necesarias para expresar lo que ambos sentían.

—No hace falta, Isabel. **Sé lo que sientes.** —Y aunque su voz estaba llena de esa certeza que solo el amor verdadero puede traer, también había un destello de vulnerabilidad en sus ojos, como si, por fin, las piezas del rompecabezas se encajaran.

El reencuentro, aunque tan esperado, no se sintió como una llegada. **Era más bien un comienzo.** Los dos sabían que, aunque el amor que compartían era verdadero, el camino por delante no sería fácil. **Pero ya no había más dudas, ya no había más temores.**

Isabel, alzó la vista y vio a Duncan a lo lejos, observando el reencuentro. **No dijo nada, pero su mirada era de aceptación.** Isabel sabía que su hermano finalmente había entendido. Aunque había intentado proteger a Isabel, ahora comprendía que, como cualquier persona, ella necesitaba tomar sus propias decisiones.

Aidan, al notar que Isabel lo miraba, la abrazó nuevamente, esta vez con una fuerza renovada. **Nada más importaba.** La sensación de tenerla nuevamente en sus brazos lo hacía sentir que, al fin, todo tenía sentido.

—Quiero que seas feliz, Isabel. **Quiero que vivas la vida que elijas.**

Isabel sonrió, sus ojos brillando con lágrimas que no había dejado caer hasta ahora. **Finalmente, sentía que el amor no era una carga, sino un refugio.** Y cuando se separó de Aidan, sintió que el futuro, por fin, era suyo para elegir.

19

Un nuevo comienzo

La tarde se deslizaba suavemente sobre el campamento de Aidan, mientras Isabel y él caminaban juntos por el sendero que llevaba al borde del río. **Había algo en el aire, una tranquilidad nueva, como si la naturaleza misma les ofreciera su bendición.** Los árboles susurraban con el viento, pero lo que realmente importaba era el silencio entre ellos, un silencio que reflejaba más que las palabras, que definía lo que estaban compartiendo en ese preciso momento: el futuro.

Isabel miró a Aidan de reojo, su rostro iluminado por la luz suave de la tarde. **El hombre que había elegido, el hombre con el que había decidido compartir su vida.** Aunque el mundo a su alrededor seguía siendo incierto, había algo en su interior que le decía que, al menos ahora, había encontrado su lugar. **Aidan la había liberado de las expectativas, de los miedos que la perseguían, y al estar con él, por fin sentía que podía ser realmente ella misma.**

"Nunca he sido más libre que cuando estoy contigo", se dijo en silencio, recordando las palabras que había compartido con Duncan. Ahora entendía lo que realmente significaban, y también sabía que Aidan sentía lo mismo. **Juntos, podían enfrentar lo que fuera, podían construir algo nuevo, algo que les perteneciera a los dos.**

Aidan, notando el silencio de Isabel, la miró con una mezcla de preocupación y ternura. **Sabía lo que significaba este momento para ella, lo que había dejado atrás, y aunque no lo dijera en voz alta, también sabía que él mismo estaba cambiando.** La libertad que ella le ofrecía, la posibilidad de construir una vida juntos, era más de lo que había esperado alguna vez.

—**Isabel** —comenzó Aidan, su voz grave pero suave—, **¿qué es lo que realmente quieres para nosotros?**

Isabel lo miró, sintiendo que esa pregunta era más importante de lo que parecía. **No era solo sobre ellos como pareja, sino sobre lo que significaba vivir juntos en este mundo lleno de obstáculos.**

—Lo que quiero es simple —respondió Isabel, su voz firme y clara, pero con un leve temblor que Aidan percibió—. Quiero ser libre. Quiero que nuestro futuro sea el resultado de nuestras decisiones, no de lo que otros esperan de nosotros.

Aidan la observó en silencio por un momento, comprendiendo más de lo que ella misma podía explicar. **Sabía que Isabel no estaba huyendo de su familia ni de su pasado, sino que estaba tomando el control de su vida.** Era algo que Aidan admiraba profundamente.

—Y lo haremos, Isabel. **Juntos, enfrentaremos todo lo que venga.** No hay nada que desee más que eso: estar contigo, sin importar lo que el futuro nos depare.

Isabel lo miró, sus ojos brillando con una mezcla de gratitud y amor. **La decisión que había tomado no era fácil, y aunque el miedo seguía acechando, sentía que estaba en el camino correcto.** Juntos, Aidan y ella, **podían construir algo sólido, algo real.**

—Lo que más quiero es tener la oportunidad de vivir sin las sombras del pasado —dijo Isabel, y al pronunciar esas palabras, sintió cómo todo lo que había estado reteniendo dentro de sí se liberaba. **Aidan no solo había sido el catalizador de su liberación, sino el hombre que la había ayudado a encontrar su verdadero lugar en el mundo.**

Aidan, sintiendo la sinceridad en las palabras de Isabel, sonrió con una suavidad que Isabel solo había visto en él cuando estaban completamente a solas. Aidan no era un hombre que mostrara fácilmente sus sentimientos, pero cuando lo hacía, **era como si todo el peso del mundo se desvaneciera.**

—Entonces, comencemos de nuevo, Isabel —dijo Aidan, con un tono lleno de determinación. **Ya no había dudas entre ellos, ya no había temor a lo desconocido.** El futuro era incierto, pero **estaban dispuestos a enfrentarlo juntos.**

Isabel se acercó a él y lo miró a los ojos, sabiendo que lo que habían vivido hasta ese momento los había unido para siempre. **No importaba lo que el mundo dijera, ni lo que pensaran los demás.** Juntos, se enfrentarían a lo que viniera, porque al final, lo único que realmente importaba era que **se habían elegido el uno al otro.**

—Y juntos, construiremos un futuro. **Nuestro futuro.**

Aidan asintió, y con un gesto suave, **tomó su mano.** No era un gesto de promesa, sino uno de certeza: **el futuro era suyo para crear, sin restricciones, sin miedo.** Y al mirarla, supo que, por primera vez en su vida, **no había nada más importante que ella.**

* * *

El clima en el castillo había cambiado después la vuelta del campamento de Aidan. Aunque el ambiente seguía siendo el mismo, con las risas de los sirvientes y las conversaciones de fondo, Isabel sentía que algo se había transformado en su interior. Había hablado con Aidan, había reconocido lo que sentía por él, y ahora sabía que su vida seguiría un camino diferente. **Pero lo que más la preocupaba era la reacción de su hermano.**

Duncan había estado en silencio durante todo el viaje, observando sin decir una palabra. Cuando llegaron al castillo,

Isabel notó que él se había distanciado, sin hablar de inmediato sobre su relación con Aidan. **Isabel entendía que su hermano estaba preocupado, pero ella también sabía que no podía seguir viviendo bajo las expectativas de otros.**

Esa noche, después de la cena, **Duncan la buscó en los pasillos del castillo.** Isabel lo vio acercarse, su paso firme, pero en sus ojos, había algo que la hizo sentir incómoda. **Era la mezcla de amor fraternal y el peso de las responsabilidades familiares que siempre había sentido de parte de Duncan.**

—Isabel —dijo Duncan, deteniéndose frente a ella—, quiero hablar contigo.

Isabel, aunque no esperaba que fuera una conversación fácil, asintió, sabiendo que el momento había llegado. **Estaba preparada para enfrentar lo que viniera, pero no pudo evitar el nudo en su garganta.**

Duncan la miró fijamente, como si estuviera buscando la respuesta correcta en su rostro. **Isabel podía sentir la intensidad de su mirada, pero también algo más: un deseo de entender, de aceptar lo que ella había decidido.**

—No puedo evitar preocuparme por ti. —Duncan finalmente habló, sus palabras saliendo más suaves de lo que Isabel había anticipado—. **Sé lo que significas para la familia, lo que significas para mí. Pero ahora, al verte tomar esta decisión, me pregunto si realmente entiendes lo que significa.**

Isabel tragó saliva, sabiendo que Duncan no tenía malas intenciones, pero sus palabras la hicieron sentir como si todavía estuviera siendo evaluada, como si él aún la viera como la niña que debía ser protegida. **Pero ya no era esa niña.**

—Lo sé, Duncan —dijo Isabel con calma, levantando la vista hacia él. **Y sé lo que esto significa.** —Hizo una pausa, tomando aire antes de continuar—. **No se trata de rechazar a nuestra familia, o a ti.** Se trata de elegir mi propia vida. **Aidan me ha mostrado lo que significa vivir libre, y quiero esa libertad.**

Duncan se quedó en silencio, procesando sus palabras. Isabel podía ver la lucha en su rostro. **Él la quería, la protegía, pero también sabía que la vida que había elegido no era fácil.**

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Duncan asintió lentamente, sus ojos fijos en ella. **Era una aceptación tácita, una aceptación que venía cargada de amor y de preocupación, pero que también mostraba una resignación.**

—**Si eso es lo que deseas, Isabel**, si eso es lo que te hace feliz, entonces... no puedo detenerte. **Solo quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti.**

Las palabras de Duncan, aunque llenas de dolor, eran también un testimonio de su amor incondicional por ella. Isabel sintió una mezcla de alivio y tristeza al escuchar su aceptación. **Sabía que había tomado la decisión correcta para ella, pero también sabía que Duncan, su hermano, el hombre que siempre la había cuidado, debía aprender a dejarla ir.**

Isabel se acercó a Duncan y lo abrazó, un abrazo lleno de afecto, de entendimiento, de despedida y bienvenida al mismo tiempo. **Era el comienzo de una nueva etapa para ella, y aunque su relación con su hermano cambiaría, también sabía que siempre habría un lazo entre ellos.**

—Gracias, Duncan —susurró Isabel, sintiendo la presión en su pecho aliviarse un poco. **Aunque su familia no entendiera completamente lo que había elegido, su hermano le había dado algo fundamental: su bendición.**

Duncan, con la mano sobre su espalda, respondió con una sonrisa que no alcanzó sus ojos, pero que aún reflejaba el amor que siempre había tenido por ella.

—**Te quiero, Isabel.** Y quiero que seas feliz. **Tú y Aidan merecéis lo mejor.**

Isabel se separó de él, mirando su rostro por última vez antes de tomar su propio camino. **La decisión estaba hecha.** No había más dudas en su corazón. El futuro que ella había elegido con Aidan era incierto, pero **era suyo.** Ahora, con el

apoyo de Duncan, por fin podía avanzar sin el peso de las expectativas de su familia.

* * *

Los preparativos para la boda comenzaron con la rapidez de una marea imparable. El castillo MacGregor, que había sido testigo de tantas batallas y victorias, ahora se transformaba en el escenario de un evento que traería consigo un cambio profundo no solo para Isabel y Aidan, sino para todos los que formaban parte de su mundo. **Aunque el ambiente estaba lleno de actividad y emoción, Isabel no podía dejar de sentir que algo más grande estaba en juego.**

Mientras los sirvientes y artesanos se apresuraban para que todo estuviera listo para el gran día, Isabel se encontraba en el corazón del castillo, observando cómo su vida tomaba forma de manera tan acelerada. **La boda no era solo un evento social, sino el símbolo de todo lo que había elegido dejar atrás: el convento, las expectativas del clan MacGregor, las sombras de un pasado que ya no podía retener.**

Aunque Aidan estaba a su lado, ayudando con los preparativos y asegurándose de que todo estuviera en orden, Isabel sentía una mezcla de emociones encontradas. Por un lado, la decisión que había tomado la había liberado. **Estaba construyendo una vida a su manera, con Aidan como su compañero.** Pero, por otro lado, también sentía una presión invisible. **La tradición de la familia MacGregor, la espera de que todo se cumpliera según lo que ellos pensaban que debía ser, todavía la perseguía.**

La elección de Isabel de casarse con Aidan no había sido sencilla. A pesar del amor que sentía por él, no podía evitar preguntarse si alguna vez podría escapar completamente de las expectativas que su familia había puesto sobre ella. **El clan MacGregor, aunque leal a su familia, siempre había sido celoso de sus tradiciones, y aunque aceptaban la relación con**

Aidan, sabían que este matrimonio era un cambio importante en la dinámica familiar.

Mientras se preparaba, Isabel pensó en todo lo que había dejado atrás. **El convento había sido su refugio, pero también había sido una prisión.** Allí había crecido bajo la promesa de una vida de sacrificio y devoción, sin saber que había algo más que le esperaba. Ahora, al estar con Aidan, sentía que **había encontrado su verdadera vocación, su verdadera libertad.** Y aunque la incertidumbre seguía presente en su pecho, **sabía que este matrimonio no era solo un compromiso social, sino una reafirmación de lo que había elegido ser: una mujer libre.**

Isabel estaba en su habitación, rodeada de sus sirvientes que la ayudaban a vestirse. El vestido de boda, sencillo pero elegante, estaba preparado para ella, y la luz que se filtraba por las ventanas iluminaba la tela de manera que parecía brillar. **Ella observó el reflejo de sí misma en el espejo, sorprendida de lo que veía.** No era solo la mujer que había llegado al castillo hace un tiempo, insegura y atrapada entre dos mundos. Era una mujer que había tomado el control de su destino, que había elegido lo que realmente quería para su vida. Y en ese momento, no había nada que la detuviera.

Al entrar Duncan en la habitación, la miró con una expresión que no lograba descifrar, pero que sin duda era de afecto. **Isabel lo miró a los ojos, viendo la aceptación en su mirada, aunque sus palabras mostraban cierta incomodidad.**

—Te ves hermosa, Isabel —dijo Duncan, su voz llena de una mezcla de cariño y tristeza. Aunque aceptaba su decisión, no podía evitar sentir que su hermana se le escapaba entre los dedos. Isabel lo sabía, y aunque comprendía su preocupación, también entendía que ella no podía vivir bajo las expectativas de su hermano. Ya no era la misma.

—Gracias, Duncan —respondió Isabel, un poco nerviosa, pero también con una sonrisa tranquila. **Este día no solo era una celebración, era un momento de cierre, de despedida de una vida que ya no le pertenecía.**

Duncan dio un paso hacia ella y, en un gesto que sorprendió a Isabel, la abrazó con fuerza, como si quisiera retenerla por un instante más. **Era su hermana, la única que siempre había estado a su lado, y aunque comprendía lo que ella había elegido, le dolía verla alejarse.**

—Te quiero, Isabel —susurró Duncan al oído de su hermana, con la voz cargada de emoción.

Isabel sintió ese abrazo como un símbolo de todo lo que había sido, pero también de todo lo que dejaba atrás. Se separó de él con una sonrisa triste y, mirando a su hermano a los ojos, le dijo:

—Te quiero, Duncan. Y aunque no siempre te lo haya dicho, gracias por estar ahí. **Ahora sé que no puedo vivir bajo tus expectativas, pero siempre seré tu hermana.**

Duncan la miró por un momento y asintió, con una expresión que, aunque triste, reflejaba la aceptación. **La aceptación de que Isabel había tomado su propia decisión, de que su hermana finalmente iba a seguir su camino, sin las sombras de la tradición familiar.**

* * *

La boda había sido todo lo que Isabel había imaginado y más. La ceremonia, aunque sencilla, había sido llena de significado, de promesas que no solo se intercambiaron entre ella y Aidan, sino también con su futuro, con lo que ambos habían decidido crear juntos. **El castillo MacGregor, que alguna vez representó las expectativas de su familia, ahora se había transformado en el símbolo de su libertad y su nueva vida.** Al menos, eso era lo que sentía mientras caminaba por las murallas del castillo, su mirada perdida en el paisaje que se extendía ante ella.

El viento soplaba con suavidad, y Isabel cerró los ojos por un momento, dejando que la brisa acariciara su rostro. **El sol comenzaba a ponerse, tiñendo todo a su alrededor de un**

cálido tono dorado, y ella observaba el horizonte como si intentara comprender la magnitud de lo que había logrado. La boda había sido el cierre de una etapa, pero también el comienzo de algo completamente nuevo, algo que solo ella y Aidan podían definir.

Se había convertido en la mujer que siempre había deseado ser, una mujer que no temía seguir su propio camino. **Al mirar hacia las tierras que se extendían más allá del castillo, Isabel sabía que su futuro no dependía de lo que otros esperaran de ella.** Ya no vivía bajo las sombras del pasado, ni bajo las expectativas del clan MacGregor. Había tomado las riendas de su vida, y aunque el futuro seguía siendo incierto, en ese momento sentía que había encontrado su lugar en el mundo.

Su lugar no era solo al lado de Aidan, sino en su propia piel, en su propia verdad. La elección que había hecho, aunque difícil, la había liberado. Isabel ya no era la joven insegura que había llegado al castillo años atrás. Ya no se sentía atrapada entre las paredes del convento ni en las expectativas de su familia. **Había encontrado su propia voz, y esa voz la había guiado hasta este momento.**

La risa de los demás en el castillo llegaba a sus oídos como un murmullo lejano, y aunque la celebración continuaba, Isabel se sintió completamente en paz. **Todo había cambiado, pero de una manera que la hacía sentir más fuerte, más completa.**

Aidan, después de la ceremonia, la había llevado a un rincón tranquilo del castillo, donde, por fin, pudieron estar solos. **Había algo en esa soledad compartida que los unía aún más, algo que les decía que, aunque todo a su alrededor estaba cambiando, lo que sentían el uno por el otro era inquebrantable.**

A medida que el sol se escondía detrás de las colinas, Isabel se dio cuenta de que este lugar, este castillo, ya no era una prisión, como una vez lo había sentido. **Ahora, el castillo representaba un nuevo comienzo.** Isabel y Aidan, juntos, podían hacer que su amor floreciera, sin las restricciones del

pasado, sin las sombras que habían marcado sus decisiones hasta ese momento.

Isabel se apoyó en las murallas del castillo, observando las tierras que se extendían ante ella. **No sabía exactamente lo que les esperaba, pero estaba lista para enfrentarlo. El futuro era suyo para crear, y por primera vez, no sentía miedo de lo que vendría.**

Aidan apareció a su lado, su mirada fija en el horizonte junto a la de ella. **No había necesidad de palabras. Sabían lo que ambos sentían, sabían que este era solo el comienzo de una nueva etapa en sus vidas.** Isabel no necesitaba nada más en ese momento. Había encontrado su hogar, su lugar en el mundo, y era con Aidan a su lado. **Juntos, podrían enfrentar todo lo que viniera, porque, al final, lo único que realmente importaba era que se tenían el uno al otro.**

Isabel sonrió, y Aidan la abrazó por la cintura, acurrucándola junto a él mientras miraban el paisaje que se extendía ante ellos. **No importaba lo que el futuro les deparara. Isabel ya había encontrado la paz dentro de sí misma, y eso era lo que realmente contaba.**

20

La pasión y el conflicto

El día de su boda había sido todo lo que Isabel había imaginado y más. Aunque las celebraciones continuaron con el clan MacGregor a su alrededor, Isabel no podía dejar de pensar en lo que realmente importaba: **la unión con Aidan, la promesa de una vida compartida.** La idea de ser su esposa, de formar una familia juntos, era tan profunda, tan absorbente, que en el momento en que las puertas del castillo se cerraron detrás de ellos, el mundo exterior desapareció.

Aidan la miró fijamente a los ojos mientras se dirigían hacia sus aposentos. No había necesidad de palabras; ambos sabían lo que sucedía en ese momento. **La conexión entre ellos era eléctrica, palpable, como un fuego que había estado esperando a ser avivado.** Mientras cruzaban el umbral de la habitación, Isabel sintió cómo la ansiedad y el nerviosismo de la ceremonia desaparecían, dejándola solo con la sensación abrumadora de deseo y certeza.

Aidan la tomó de la mano con suavidad, pero la intensidad en su toque decía todo lo que necesitaba saber. **El deseo que había estado acumulándose durante tanto tiempo estalló en ese primer contacto.** Isabel había sido paciente, había guardado sus sentimientos, pero ahora, frente a él, en la intimidad de su propia habitación, nada parecía importarle

más que él. **No era solo su cuerpo lo que quería, era su alma, su ser completo.**

Aidan, al ver la vulnerabilidad de Isabel, la atrajo hacia él, su rostro tan cerca del suyo que podía sentir su aliento. El corazón de Isabel latía con fuerza, y sus manos temblaban ligeramente cuando las puso sobre el pecho de Aidan. **Él la miraba como si no pudiera creer que finalmente la tuviera allí, con él, a su alcance.**

—Estás tan hermosa —dijo Aidan, su voz grave, casi como un susurro, pero cargada de deseo. Isabel no dijo nada, pero sus ojos brillaban con la misma intensidad. **Sabía lo que él sentía, lo que compartían.** Y, por primera vez, Isabel no sentía miedo.

Aidan la abrazó, y **al tenerla tan cerca**, el deseo se apoderó de él con una intensidad que casi lo sorprendió. **Isabel no era solo su esposa, era la mujer que había tocado su alma, que lo había cambiado de maneras que él no podría explicar.** La besó suavemente al principio, como si quisiera probar si realmente estaba allí, con él, pero pronto el beso se profundizó, se hizo más urgente, como si ninguno de los dos pudiera esperar más.

Isabel lo abrazó con igual fuerza, dejándose llevar por el momento, por el torrente de emociones que fluían entre ellos. **Cada beso, cada toque era una promesa, una afirmación de que no había vuelta atrás.** El calor entre ellos se volvió abrumador, y con una sonrisa pícara, Isabel dejó que sus manos recorrieran el torso de Aidan, sintiendo la firmeza de sus músculos, el poder que él emanaba, pero también la ternura en su roce.

Aidan, sin poder contener más el deseo que ardía en su pecho, la empujó suavemente hacia la cama, pero nunca dejó de mirarla, como si en sus ojos pudiera encontrar la respuesta a todas sus preguntas. Isabel se recostó, su respiración acelerada, y vio cómo Aidan se quitaba lentamente su ropa. **No había prisa, no había necesidad de esconder lo que sentían.** Isabel lo observó con admiración y deseo mientras él

se despojaba de sus ropas, mostrando su cuerpo fuerte y definido, pero también vulnerable en esa intimidad.

Cuando Aidan se inclinó sobre ella, sus labios encontraron los de Isabel nuevamente, esta vez con un hambre que no podían contener. **No era solo una cuestión de deseo físico.** Era la necesidad de fusionarse en un solo ser, de compartir algo más allá de lo corporal, algo más profundo, algo que solo ellos comprendían. Isabel, sin pensarlo, le quitó la camisa a Aidan y acarició su piel con la suavidad de sus dedos, recorriéndolo lentamente. **Cada centímetro de su cuerpo parecía familiar, pero a la vez desconocido, como si descubriera algo nuevo cada vez que lo tocaba.**

—Te quiero —dijo Aidan entre besos, su voz baja, profunda, llena de un sentimiento que Isabel sabía que era verdadero.

Isabel suspiró, su cuerpo reaccionando a cada palabra que salía de sus labios. **¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo había llegado a ser tan completamente suya?** No lo sabía, pero sabía que, en ese momento, no había nada que quisiera más que a él.

El calor entre ellos aumentaba con cada movimiento, con cada roce de piel. Isabel sentía que todo su ser respondía a Aidan de una manera que nunca había experimentado. **Había sido una mujer que vivió bajo reglas, bajo las expectativas de su familia, pero en ese momento, con Aidan, no había nada más que su propio deseo.** El amor, la pasión, la conexión física y emocional se mezclaban en algo tan abrumador que Isabel apenas podía mantenerse en el presente.

Aidan la tocó con una suavidad que la desarmó, como si quisiera asegurarse de que ella estuviera completamente allí con él, en ese momento, sin reservas, sin dudas. Isabel se dejó llevar, su cuerpo y su mente entregándose por completo a él. **Cada beso que compartían, cada caricia, era como una promesa de algo más grande.** No solo era el deseo, era el compromiso que ambos habían hecho de estar el uno para el otro, de no dejar que nada los separara.

El silencio entre ellos estaba cargado de significados, de sensaciones, de una pasión que no podía ser contenida. Aidan se inclinó hacia ella, besándola nuevamente, con una urgencia que Isabel correspondió sin pensarlo. **Sus manos recorrieron su cuerpo, explorando cada rincón, cada parte de ella que deseaba conocer mejor.** Isabel lo miró, su respiración agitada, y vio el reflejo de su propio deseo en los ojos de Aidan. **En ese instante, todo lo que había en sus corazones, todo lo que se había acumulado durante tanto tiempo, encontró su lugar.**

Aidan se inclinó sobre ella, besando su cuello, dejando que su cuerpo se acercara al de Isabel con un deseo que no podía esconder. **Isabel sintió cómo cada fibra de su ser se encendía, cómo todo su cuerpo respondía a la pasión que Aidan le ofrecía sin dudar.** No había miedo, no había inseguridades, solo la certeza de que este momento pertenecía a ellos. **Ella había tomado la decisión de estar con él, y ese momento lo confirmaba.**

—Te quiero más de lo que las palabras pueden expresar — dijo Aidan entre besos, su voz grave y cargada de emoción. Isabel suspiró, sintiendo su cuerpo vibrar con cada palabra, con cada roce de su piel. **No había duda de lo que sentían el uno por el otro, y en ese momento, Isabel sintió que todo lo que había temido se desvanecía.**

Aidan, con una suave presión, la guió hacia una posición en la que se sentía completamente abierta a él, completamente vulnerable, pero también increíblemente fuerte. Isabel lo miró, su corazón latiendo con fuerza, y no pudo evitar sonreír, porque **en ese momento, no había lugar para los miedos, solo para lo que podían crear juntos.**

Isabel, sintiendo la presión de Aidan contra su piel, se dio cuenta de que todo lo que había dejado atrás había sido necesario para llegar a este punto. **Todo lo que había vivido, cada duda, cada miedo, la había llevado a este momento de total entrega.** No solo estaba entregando su cuerpo, sino

también su alma, su corazón, **y lo hacía con la certeza de que Aidan era la persona con la que quería compartir su vida.**

Cuando sus cuerpos finalmente se unieron, fue como si el mundo a su alrededor se desvaneciera, dejándolos solos en su propia burbuja de amor y deseo. **Cada movimiento, cada roce, estaba lleno de un significado profundo, como si pudieran comunicarse sin palabras.** Isabel lo abrazó con fuerza, como si no quisiera separarse de él nunca más, y Aidan correspondió con igual intensidad, como si también temiera que el momento se desvaneciera demasiado rápido.

El placer que compartieron fue más allá de lo físico. **Era la confirmación de todo lo que sentían, de todo lo que se habían prometido sin hablar.** La conexión entre ellos era total, no solo en el cuerpo, sino en el alma. Isabel sentía que había encontrado su lugar en el mundo, y ese lugar estaba con Aidan. **El amor que compartían era real, y nada ni nadie podría quitarles lo que habían construido.**

A medida que el momento llegaba a su clímax, Isabel cerró los ojos, dejando que el placer la invadiera por completo. **Aidan la rodeó con sus brazos, y juntos, alcanzaron ese punto donde el amor y el deseo se funden en una sola sensación.** Isabel sintió una paz profunda, como si todo lo que había estado buscando, todo lo que había deseado, estuviera finalmente completo.

Cuando sus cuerpos se separaron por fin, ambos respiraron con dificultad, pero sonrieron, sabiendo que **no solo habían compartido una noche de pasión, sino también una conexión que los unía para siempre.** Isabel miró a Aidan a los ojos, y en su mirada, vio todo lo que había querido encontrar. **El amor, la libertad, la promesa de un futuro juntos.**

Aidan la acarició suavemente, su dedo recorriendo su rostro con ternura.

—Te amo —dijo, su voz profunda y sincera, cargada de todas las emociones que no podían ser expresadas con palabras.

Isabel sonrió, y en ese momento, supo que su vida había cambiado para siempre. **Lo que compartían no era solo una pasión, sino un amor verdadero, algo que nunca había experimentado antes.** No había vuelta atrás. **El futuro estaba ante ellos, y juntos, podían enfrentarlo, sin miedo, sin dudas.**

La habitación estaba en calma después de la tormenta de sensaciones que ambos habían compartido. Isabel, recostada sobre el pecho de Aidan, aún sentía el latido acelerado en su pecho, pero también una profunda satisfacción, como si el mundo entero hubiera desaparecido para dar paso a un nuevo comienzo. **Nunca había sentido una conexión tan fuerte con otra persona, tan pura y liberadora.** Cada beso, cada caricia había sido más que un deseo físico: había sido una reafirmación de lo que ambos significaban el uno para el otro.

Aidan, al igual que Isabel, permaneció en silencio, dejando que el momento se asentara entre ellos. **Nunca había creído que pudiera sentir algo tan profundo, tan total, por otra persona.** Isabel había transformado su mundo, y no solo con su amor, sino con su valentía y su deseo de ser libre. **En su abrazo, Aidan encontró lo que había estado buscando toda su vida.** No se trataba solo de pasión o deseo, sino de una conexión emocional que trascendía todo lo que él había experimentado hasta ese momento.

—Nunca pensé que llegaría este momento —dijo Isabel, su voz suave pero cargada de una reflexión que la llenaba de una paz nueva. **Había estado luchando contra su destino, contra su corazón, pero ahora, con Aidan, todo encajaba.**

Aidan la abrazó con más fuerza, como si no quisiera soltarla, como si temiera que, al hacerlo, perdería la certeza que había encontrado en ella. **La había elegido, y ella lo había elegido a él.** Esa era la única verdad que necesitaban.

—**¿Qué piensas del futuro, Isabel?** —preguntó Aidan, su voz grave, pero sincera. **Aunque el amor era claro entre ellos, las dudas sobre lo que vendría después seguían flotando en el**

aire. La vida juntos no sería fácil, pero Aidan sentía que, si estaban juntos, podrían enfrentar todo.

Isabel levantó la cabeza, mirándolo a los ojos, y vio en él la misma incertidumbre que sentía. Aunque no lo dijeran en voz alta, ambos sabían que el camino sería difícil. **La aceptación del clan MacGregor, las viejas tradiciones, la presión de ser parte de algo más grande que ellos dos... todo eso estaba presente.**

—Quiero estar contigo, Aidan, no me importa dónde. — Las palabras salieron de sus labios como una afirmación, y aunque no era un camino fácil, Isabel estaba lista para enfrentarlo. **Ya no podía vivir bajo las expectativas del clan ni las restricciones del pasado.** Estaba decidida a seguir su propio camino, al lado de Aidan.

Aidan la miró profundamente, como si leyera cada uno de sus pensamientos. **Nunca había tenido que luchar por el amor, no de esta forma, pero ahora entendía que el amor no solo era una emoción, sino una decisión.** Una decisión que requeriría sacrificios, comprensión y mucho más que una simple promesa.

—Lo haremos juntos, Isabel. —La firmeza de sus palabras la reconfortó, aunque sabía que, a pesar de lo que decían, el futuro seguiría siendo incierto. El amor que compartían no era la cura para todo, pero al menos les daba la fuerza para seguir adelante. **Por primera vez en mucho tiempo, Aidan se sintió preparado para lo que vendría.**

El silencio que los rodeaba no era incómodo, sino lleno de entendimiento. **Ambos sabían que no podían predecir lo que sucedería después, pero el hecho de que estuvieran juntos les daba un sentimiento de seguridad que jamás habían tenido.**

El futuro no estaba escrito. Isabel se apoyó en el pecho de Aidan nuevamente, cerrando los ojos para sumergirse en la sensación de su cuerpo, de su calidez. **Todo lo que había pasado, todas las dudas y temores, se desvanecían en ese momento.** No necesitaban más palabras, solo estar allí el uno para el otro.

Aidan, al sentir la cabeza de Isabel descansando sobre su pecho, se permitió relajar los hombros, como si el peso de todo lo que había vivido hasta entonces finalmente comenzara a aligerarse. **A su lado, tenía la fuerza que necesitaba para enfrentar lo que fuera.**

A medida que el silencio se hizo más profundo entre ellos, Isabel se dio cuenta de algo: aunque el mundo fuera incierto, aunque el futuro estuviera lleno de obstáculos, **había encontrado su lugar.** Y su lugar estaba con Aidan, en este momento, en esta vida que aún tenían que construir.

Pero justo cuando Isabel se sintió más tranquila, el sonido de pasos interrumpió la quietud de la noche. Un mensajero, con rostro grave, apareció en la puerta de la habitación. Aidan se levantó, sorprendido por la llegada inesperada, mientras Isabel permanecía en la cama, observando la escena con atención. **El cambio de tono en el aire fue instantáneo.**

El mensajero entregó un pergamino a Aidan, que lo desató rápidamente. **El mensaje no era lo que esperaban recibir.**

* * *

—**¿Qué sucede, Aidan?** —preguntó Isabel, notando que la calma que había reinado entre ellos se rompía de inmediato. **Aidan no respondía de inmediato**, solo miraba la carta, su expresión cada vez más seria y preocupada.

Finalmente, Aidan levantó la vista y la miró a los ojos, la gravedad en su rostro reflejando la importancia de lo que acababa de leer. **Isabel sintió que el aire se volvía más denso, que algo en él había cambiado.**

—Mi hermano menor, Connor, ha sido secuestrado —dijo Aidan, su voz grave, marcada por la preocupación y el dolor. **El clan Brodie, al que había pertenecido una vez, lo había llamado, pero él había estado lejos de ese mundo durante años.** Aidan había elegido una vida bohemia, una vida sin

ataduras, fuera de las decisiones y los compromisos del clan que alguna vez se pensó que heredaría.

El golpe del secuestro de Connor fue un recordatorio cruel de que el destino de Aidan aún lo ligaba a su pasado. La vida que había escogido lejos de los títulos, las intrigas y las decisiones del clan ya no parecía tan fácil. Aidan había abandonado ese mundo, en gran parte, porque nunca le había interesado. Prefería la libertad, la independencia, pero ahora, **el deber llamaba nuevamente a su puerta.**

Isabel se acercó a él, sin poder evitar la preocupación que la invadía. **El Aidan que ella había conocido, el hombre que había elegido como compañero, ya no parecía el mismo.** La intensidad de su preocupación por su hermano, por su clan, lo estaba transformando de nuevo en lo que había sido antes: **el hombre que lideraría Brodie, el heredero que siempre había sido esperado, aunque él lo había evitado.**

—**¿Vas a ir?** —preguntó Isabel, sin poder evitar que su voz temblara. **Aunque entendía la importancia de la situación, el temor de perderlo la envolvía.** No quería que Aidan regresara a ese mundo que parecía ser una prisión, a un destino que él mismo había dejado atrás.

Aidan, al escuchar su pregunta, se giró hacia ella, sintiendo el peso de su mirada, el amor y el miedo que había en ella. **La decisión que debía tomar ahora sería difícil, porque, al regresar, no solo enfrentaría a su hermano, sino también a la responsabilidad que había intentado evitar.**

—No tengo opción. **Connor es mi hermano, y el clan necesita que tome mi lugar**. —La voz de Aidan, aunque resuelta, también llevaba un dolor profundo. **Había escapado de ese destino, pero ahora, la realidad lo obligaba a regresar.**

Isabel lo miró, con los ojos llenos de comprensión pero también de tristeza. **No quería perderlo, no quería que Aidan regresara a un mundo que lo había hecho sentir atrapado en el pasado.** Pero sabía que **él tenía que cumplir con su deber.**

Aidan dio un paso hacia ella, tomándola suavemente de las manos. **Aunque la preocupación lo consumía, lo que más**

deseaba en ese momento era sentir que Isabel no lo rechazaría, que aún a pesar de todo, ella lo apoyaría.

—Te prometo que lo haré lo más rápido posible. —Aidan le acarició el rostro, tocando su piel con una ternura que solo ella podía conocer. **No quería irse, no quería dejarla sola.** Pero la situación lo obligaba.

Isabel asintió lentamente, sintiendo el dolor de saber que Aidan debía enfrentarse a su propio destino, pero también entendiendo que era lo correcto. **La responsabilidad, aunque no la deseaba, era algo que debía asumir.**

—Yo estaré aquí, esperando —dijo Isabel, su voz firme aunque temblorosa. **Sabía que su amor por Aidan era fuerte, que juntos podían enfrentar cualquier cosa, pero también sabía que lo que venía a continuación sería un desafío para los dos.** El mundo de Aidan no era sencillo, y aunque su amor les daba fuerza, las dificultades seguirían llegando.

Aidan la miró una vez más, y aunque la incertidumbre seguía en sus ojos, **la decisión estaba tomada.** No podía evitar el dolor que le causaba separarse de Isabel, pero sabía que, al regresar, lo haría por ella, por su futuro.

—Te prometo que no será por mucho tiempo. **Te amo, Isabel.** Y no importa lo que pase, siempre regresaré a ti.

Isabel lo abrazó con fuerza, sintiendo el nudo en su garganta, sabiendo que, aunque el amor que compartían era sólido, el futuro seguía siendo incierto. **Sin embargo, en ese abrazo, Isabel comprendió que, aunque el mundo se interpusiera entre ellos, el amor que compartían era lo único que realmente importaba.**